ALFREDO DE BRAGANZA

ESPÍAS SIN MAÑANA

UN THRILLER DE DAVID RIBAS

ESPÍAS SIN MAÑANA

ALFREDO DE BRAGANZA

Título: *Espías sin mañana*
Copyright © 2022 Alfredo de Braganza
Todos los derechos reservados.

Maquetación: Autopublicamos.com

Este libro digital está licenciado exclusivamente para su uso personal. Este libro electrónico no se puede copiar, revender o entregar a terceros. En caso de desear compartir este libro con un tercero, por favor compre una copia adicional para cada receptor. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor vaya a Amazon y compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Web del autor:
https://alfredodebraganza.com/

Redes sociales del autor:

Suscríbete a mi lista de correo https://alfredodebraganza.com/ para mantenerte informado sobre noticias y futuras publicaciones.

Para Dino y Ariam.
A Vladi Golev, Yonatan, Oren y Boaz.

«Si vis pacem, para bellum».
(Si quieres paz, prepárate para la guerra).
Flavio Vegecio Renato

«Los errores inadvertidos y ocultos son más terribles que los abiertos y declarados».
Cicerón

«¡Estén listos! Vístanse y tengan las lámparas encendidas».
Lucas 12:35

PREFACIO

En la mayor planta generadora y de control de energía de España, situada en la Comunidad de Madrid, dos técnicos trabajaban examinando planos y escrutando sus pantallas digitales.

Los dos hombres llevaban gruesos uniformes de trabajo, cascos y auriculares de protección.

Sin embargo, ninguna de esas defensas fue de ayuda cuando se produjo una ensordecedora, profunda, atronadora y abrumadora explosión en el generador principal, y sufrieron los efectos de las ondas expansivas.

Gracias a las altas medidas de seguridad, como las puertas dobles y muros de contención, el resto de los empleados de aquella planta consiguieron salir con vida.

Toda la ciudad de Madrid y sus alrededores se quedaron sin suministro eléctrico. Había caído el sistema principal de distribución.

La presidenta de la Comunidad de Madrid atendió a los medios de comunicación.

—Lo que ha sucedido es una explosión muy severa en la planta principal de distribución energética. Dos empleados han fallecido. Se ha abierto una investigación sobre el suceso. Por ahora no tenemos más detalles.

Pero ¿qué había fallado? ¿Cuántas horas se prolongaría la carencia de energía eléctrica?

El presidente del Gobierno, en un alarde para ganar protagonismo y encumbrarse como el salvador de la situación, ofreció una rueda de prensa improvisada sin muchas respuestas porque no se permitió un turno de preguntas. Además de una expresión orgullosa, tenía un atractivo en su porte y un modo de encandilar al público que le habían ayudado a triunfar en política. Esbelto y elegante, con traje y corbata impecable, pidió paciencia y aseguró que la energía volvería. Pronto, muy pronto, prometió.

La realidad era que la solución estaba muy lejana. ¿Seguiría el apagón durante más horas?, se preguntaba más de uno.

Los aparatos electrónicos habían dejado de funcionar hacia dos horas. Las baterías, poco a poco, iban perdiendo sus reservas. Hubo quien comenzó a hacer uso de cargadores solares.

La situación se fue agravando en un efecto dominó.

Los generadores de las grandes compañías comenzaron a quedarse sin reserva de energía. Las compañías telefónicas anunciaron la

limitación de sus servicios a los usuarios.

Los españoles esperaban que pronto se normalizara la situación y del caos se volviera al orden.

Pero las horas pasaban.

Ya habían trascurrido cinco días.

Y de la espera habían pasado a la acción: las calles eran un hervidero de violencia.

Todo parecía haber sido planificado minuciosamente.

PARTE UNO

EL CAOS: VIOLENCIA Y SAQUEOS

1

Eran las nueve de la noche.

Debido a contenedores, papeleras y neumáticos en llamas, había mucha iluminación en las calles y muy pocos coches circulando, y pasaban muy de tarde en tarde. Un vehículo de la Policía Nacional, con los cristales rotos y la carrocería abollada, pasó a gran velocidad, como si sus ocupantes tuviesen prisa por llegar a un sitio o quisieran estar en cualquier otra parte menos allí, expuestos al peligro.

Varias farolas y semáforos, que no funcionaban por el apagón generalizado, y demás mobiliario urbano estaban volcados sobre el asfalto y las aceras.

Fabián, Tom y Óscar se encontraban dentro de una furgoneta aparcada junto a la acera, en un lugar apartado y envueltos por la penumbra.

El vehículo, con los cristales tintados, estaba pintado en un tono ocre con el que pasaba desapercibido. Tenía baterías alojadas en compartimentos camuflados en el doble fondo del suelo que alimentaban el motor cuando el depósito de gasolina se vaciaba. Podían recorrer más de mil kilómetros sin recargarlas.

Desde el oscuro interior estaban siendo espectadores silenciosos de lo que sucedía en el centro de Madrid.

Los pocos coches que circulaban lo hacían a toda velocidad por el aumento de los robos y pillajes. De repente, dos coches de gama alta colisionaron.

Los tres operativos pegaron un respingo en sus asientos, se giraron y observaron lo ocurrido con atención.

Uno de los conductores salió airado; llevaba un pañuelo de color rojo alrededor de la frente, una cadena al cuello, una camiseta interior blanca y unos holgados pantalones vaqueros; sin duda, el estereotipo de una banda latina. Prorrumpió en insultos como si estuviera rapeando. El otro conductor saltó a la calzada con un arma; tenía aspecto magrebí e iba sin camiseta.

—Esto ya va pareciéndose al lejano Oeste —dijo Óscar en tono quejumbroso, sentado al volante mientras miraba el suceso a través del cristal; movía un palillo en la comisura de los labios.

—Se va a poner muy feo —comentó Fabián desde el asiento del fondo.

—¿Intervenimos? —preguntó Tom con impaciencia—. Me gustaría empezar la acción de una vez.

Óscar se quitó el palillo e hizo una mueca, como si tuviera un sabor amargo en la boca.

—Ni hablar —contestó con voz inexpresiva.

Tan pronto como vio el hispano un arma en la mano del otro conductor, se dio la vuelta y entró corriendo en su vehículo. Mientras arrancaba y giraba en dirección contraria, el otro le disparó, impactando las balas contra la carrocería mientras se alejaba a toda velocidad. Luego, se subió en su coche y prosiguió su ruta.

—Madre mía, ¡cómo se está poniendo la cosa! —espetó Fabián.

—La anarquía ya es total y el gobierno no quiere tomar medidas duras que luego tenga que pagar en época de elecciones. Pronto el ejército tendrá que contralar las calles —dijo Óscar.

—Ya deberían de haberlo hecho —repuso Tom.

Tras un instante de silencio, Óscar se giró hacia los asientos de atrás y, señalándolos con el palillo, les dijo a sus dos compañeros:

—No debimos dejar a Rodrigo con Laura. Es muy competente al volante, pero no tiene nuestra experiencia en situaciones de peligro. Ya sabéis, esos momentos en los que te quedas quieto en estado de *shock* sin saber cómo reaccionar. El miedo es una enfermedad. Te paraliza. Te contamina.

—Fue ella quien insistió —repuso Fabián—. Decía que lo quería porque necesitaba moverse con rapidez por la ciudad en un coche pequeño.

—Tú lo que estás es celoso —comentó Tom, sonriendo.

Óscar simuló que se reía con tono sarcástico. Se ajustó un pinganillo en la oreja.

—A ver por dónde van. No conviene que estemos mucho tiempo aquí fuera.

—Buena idea —intervino Fabián—. El combustible es un bien preciado y alguien vendrá a echar un ojo a esta furgoneta con la idea de vaciar el depósito.

Tom tocó la culata de su fusil.

—Pues vaya la sorpresa que se encontrará dentro.

—El problema sería un grupo de veinte o treinta —dijo Fabián.

Desde que sucedió el apagón, pandillas de guerrilla urbana andaban por Madrid sembrando el terror. La escalada de violencia iba en aumento.

Desde el asiento del conductor, Óscar se giró de nuevo hacia atrás y levantó una mano hacia sus compañeros para que guardaran silencio mientras que, con la otra, mantenía un dedo pegado a su pinganillo.

—Silencio. —Al cabo de un instante, habló a través del aparato—: Laura, Laura, ¿todo bien? ¿Por dónde vas? ¿Por dónde?

La comunicación se cortó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tom.

—Esperemos lo mejor —respondió Óscar al tiempo que observaba el caos del exterior a través del cristal—, pero hemos de estar preparados para reaccionar a lo que se nos presente.

Desde la oscuridad del interior de la furgoneta observaron a un grupo de encapuchados corriendo por la calzada, vociferando y gritando fuera de control. Tiraron botellas contra escaparates y rociaron un líquido en la acera.

Los tres operativos observaron en silencio cómo el humo negro y espeso de los neumáticos quemados a pocos metros de distancia se elevaba con el aire frío de la noche.

Sentían el hedor acre, tan fuerte como la adrenalina que los impulsaba a lanzarse a la calle y barrer a aquellos criminales que llevaban cinco días cometiendo actos delictivos con absoluta impunidad.

2

Laura cortó la comunicación con Óscar. Había visto a su objetivo. Siempre reconocía que cuando se encontraba trabajando en una operación, era como un perro con un hueso.

Habían llegado varios grupos violentos. La mayoría llevaba el rostro tapado para protegerse de los humos tóxicos de los fuegos. A esa hora, los disturbios en toda la ciudad de Madrid se habían intensificado de manera alarmante.

También había violencia callejera en otros puntos del país, pero en mucha menor medida. A diferencia del resto de ciudades, la capital de España parecía tomada por guerrillas y aquel paisaje urbano era lo más parecido a un apocalipsis, al vivo reflejo de una película de ciencia ficción.

Laura se giró y le levantó el índice a Rodrigo, sentado al volante de un Audi A3 de color blanco.

—No se te ocurra salir del coche —ordenó.

El operativo mostraba señales de nerviosismo.

—De acuerdo, me quedaré aquí esperándote —musitó; en su tono mostraba su inseguridad.

Laura lo agarró por el mentón y lo obligó a mirarla a la cara.

—Limítate a conducir tan bien como lo haces y no salgas del coche, ¿de acuerdo?

Él abrió los ojos; el pulso le latía con fuerza.

—¿Y tú vas a salir ahí fuera? ¿Sola? —preguntó con la respiración entrecortada.

Ella hizo un gesto al aire con la mano.

—Yo ya estoy acostumbrada.

Laura García estaba convencida que aquellos días de asaltos, pillaje y arrebatos violentos debían de zanjarse de la manera más rápida y dura posible.

Pero el Gobierno era débil y, en vez de poner al ejército en las calles, con su pasividad había dado rienda suelta a grupos radicales.

Aquella situación que vivía la capital de España debía de pasar como una tormenta de verano, algo esporádico que había surgido tras el apagón eléctrico.

Sin embargo, la violencia en las calles se estaba prolongando sin que las fuerzas de seguridad adoptasen alguna medida y,

paulatinamente, se estaba extrapolando al resto del país.

El descontrol en competencias y comunicaciones entre la policía nacional, la policía autonómica y la guardia civil había agravado aún más la situación. El Gobierno había pedido a los ciudadanos permanecer en sus casas y se había declarado el toque de queda.

El resultado había sido que las calles del centro de Madrid se habían convertido en un auténtico campo de batalla. Día a día, la situación de alarma se agravaba. Algunas comisarias habían sido asaltadas y los coches de policía, quemados. Ni los bomberos actuaban.

La organización antiterrorista y de inteligencia Cervantes había descubierto al líder radical que alentaba actos de violencia y crímenes.

Ese hombre era el objetivo de Laura García. En ese momento, estaba en medio de la avenida, instruyendo a un grupo de jóvenes de aspecto magrebí, todos fuertemente armados: quien no tenía cuchillos o machetes, lucía un rifle de asalto H&K.

Lo llamaban el Chino, no porque fuera asiático, sino por sus ojos oblicuos. Era un experto en lucha de guerrillas, en poner bombas y en manipular a la gente con el objetivo de desatar el caos y avivar la anarquía social.

En el Cervantes habían detectado una serie de comunicaciones en las que se afirmaba que un grupo armado pretendía entrar en el Ministerio de Hacienda y robar toda información digital clasificada.

Gracias a varios confidentes lo habían estado siguiendo. Desde que se inició el apagón, había asaltado varias sucursales bancarias y asesinado a una veintena de personas, entre las que se incluían tres policías nacionales.

Julián Fernández, el director del Cervantes, había dado orden de asesinarlo. Una vez eliminado el líder, su grupo armado acabaría desintegrado en las calles de Madrid. Al menos momentáneamente, hasta que se reinstaura la energía eléctrica en todo el país y se impusiera de nuevo la ley y el orden en las calles.

Rodrigo era un hábil conductor. Según lo establecido, debía recoger a Laura en cierta calle, al otro lado de la manzana, y huir de la zona antes de que las guerrillas urbanas los detectaran. Tom, Fabián y Óscar permanecían en otro lugar estratégico del recorrido como escudo protector una vez que se produjese la huida: eran los encargados de abrir fuego en caso de persecución.

—Laura, esa gente es un peligro —le advirtió—. Cuando vean a una mujer como tú, sola en la calle, van a lanzarse como animales depredadores contra ti. Déjame salir contigo ahí fuera.

Ella sacó una pistola y se la guardó bajo el faldón de la camisa. Puso un cargador en su fusil de asalto y lo cubrió con un poncho, abrió la puerta y salió del vehículo.

El estruendo del gentío era ensordecedor.

—Tú sigue con el plan y todo saldrá bien —dijo en voz alta para hacerse oír, y añadió, contundente—: Te veo en cinco minutos.

Caminó entre varios vehículos aparcados. Uno de ellos había sido quemado y aún salía humo de la carrocería.

Entonces, se decidió.

Mientras se acercaba, Laura pensó que el rostro del Chino estaba tatuado. Pero, al aproximarse más, se dio cuenta de que se trataba de cicatrices.

Debajo de la gorra del terrorista, sus ojos, iluminados por las llamas de los fuegos, parecían brillar con tonos más propios de un animal salvaje que de un hombre.

Varios jóvenes se subieron sobre el techo de unos vehículos y comenzaron a gritar repetidas veces «*¡Allahu akbar!*».

La multitud, enloquecida y frenética, recibía aquellas soflamas con fervor y las repetía una y otra vez más fuerte.

Laura se abría camino con los codos. Varios jóvenes, al notar la presencia de una mujer, comenzaron a señalarla.

Alguien la agarró por detrás. Ella se giró.

Un hombre con barba y con los ojos inyectados en sangre le apuntó con el dedo. Profirió algo a gritos en árabe. Laura lo entendió. Un insulto y luego otro.

Levantó la mano para abofetearla, pero, antes de que pudiese descargar su brazo contra ella, Laura le metió una patada entre las piernas, sacó el fusil escondido entre su ropa y le golpeó en la cabeza antes de volver a cubrir el arma con el poncho. Antes de que pudieran rodearla, salió de la multitud con el paso acelerado.

Miró a todas partes. Había perdido al Chino.

De repente, se percató por el rabillo del ojo de que una figura se le aproximaba: con la astucia de un búho, se giró hacia Laura y se la quedó mirando fijamente. Era su objetivo.

El Chino había percibido algo en aquella mujer. No parecía una inocente ciudadana yendo a toda prisa a su vivienda, pillada *in fraganti* buscando comida o volviendo de visitar a familiares y amigos.

Había en ella una clara intensidad, decidida y alerta. Además, su mirada era especial: los ojos eran ansiosos. Por un momento, se quedó paralizado como si se estuviera preguntando quién era y de dónde demonios había salido aquella mujer.

En cualquier caso, no tenía tiempo para intentar hallar una respuesta.

Laura vio que levantaba la mano derecha: llevaba una pistola. Se echó a un lado al tiempo que, bajo el poncho, sujetó el rifle con ambas manos, lo levantó y apretó el gatillo sin más miramientos.

El Chino parecía un monigote electrocutado: según las balas le

perforaban el cuerpo, danzó como una marioneta manejada con hilos y cayó desplomado en el suelo, convertido en un amasijo de sangre.

La gente se alejó corriendo, espantada. Al cabo de un instante, unas cincuenta personas llegaron al lugar desde otras calles, espoleados por el sonido de los disparos y las ganas de participar en un enfrentamiento con violencia.

Laura se vio rodeada. Unos lucían pasamontañas y pañuelos alrededor de los rostros para evitar la inhalación de los humos de neumáticos y contenedores quemados y muchos otros iban a cara descubierta y con el torso desnudo. Comenzaron a increparla y a escupirle.

Supuso que muchos de ellos estaban bajo la influencia de alguna sustancia psicotrópica. Que tuvieran aquella actitud temeraria sabiendo que ella estaba armada no era normal.

El uso de estimulantes entre los terroristas era muy común; uno, producido masivamente en el Líbano y Siria al estilo del popular captagón o biocapton, pero más conocido como «la droga de los yihadistas», había sido distribuido desde el primer día del apagón de forma masiva en la calle.

Sin embargo, el factor de impulsión más potente para un terrorista islamista solía ser su propio obcecado convencimiento. Así lo hacían los líderes al creer que no había necesidad de consumir nada que los ayudara a cometer actos criminales extremos, ya que creían que estaban justificados por los objetivos que perseguían. Pero los jóvenes, a quienes sí les distribuían la droga, estaban dispuestos a matar y morir, a morir matando y a matar muriendo.

Sus efectos secundarios eran muy graves, desde una estimulación excesiva del sistema nervioso central hasta psicosis tóxicas o anfetamínicas e, incluso, dependencia. Esta píldora milagrosa les hacía perder el miedo y olvidar el dolor y, por lo tanto, eran más intrépidos al cometer acciones suicidas y violentas.

En el servicio de inteligencia Cervantes eran conscientes que, desde el comienzo del apagón, algunos miembros de células terroristas se mantenían sin dormir y sin apenas comer gracias al consumo de esta píldora, compuesta por una combinación de cafeína, metanfetamina y anfetamina. No solo les causaba la supresión del apetito y la desaparición del cansancio, sino también un aumento de la energía.

El captagón y otras tantas drogas sintéticas eran utilizadas por los islamistas como medio para financiar las operaciones militares y comprar armas. Se popularizaron gracias a la guerra de Siria, donde las milicias consumían una parte y exportaban otra, especialmente a los países del Golfo.

Un hombre se adelantó y le lanzó una botella, pero ella fue lo bastante rápida como para esquivarla.

Si no tomaba iniciativa, podría caer al suelo de un golpe, y eso sería su perdición.

Con rapidez, se aproximó al hombre que tenía enfrente, un joven delgado y moreno de poco más de veinte años. Laura le dio un codazo y le partió la nariz. A otro que le bloqueaba el camino, lo pateó en la ingle. Luego, levantó el fusil y disparó al aire. La gente corrió a protegerse.

Se quitó el poncho para tener mejor movilidad. Lanzó otra ráfaga de disparos al aire. Cuando la multitud se dispersó, echó a correr.

Jamás habrían pensado que una mujer pudiera estar en la calle con un arma, y menos de ese calibre.

Un hombre enfurecido fue hacia ella, desbocado y con la adrenalina corriéndole por las venas. Sin duda, su temeridad daba muestras de que estaba bajo los efectos de algún tipo de droga.

Sin aminorar el paso, Laura levantó el arma y le metió una bala en la cabeza. Cayó al suelo como un pelele.

Otra persona, y otra, y otra. Si intentaban agredirla, ella disparaba. La profesionalidad con la que se movía los pillaba por sorpresa.

Se paró detrás de un árbol y recargó el fusil. Tenía que seguir moviéndose con rapidez. La turba le había hecho desplazarse por calles más alejadas del punto de recogida.

—¿Dónde estás? Oigo disparos —escuchó a Rodrigo en su pinganillo.

—Dos calles más abajo.

—Voy a buscarte.

—No. Te quedas donde estás. Aquí no puedes entrar con el coche.

A poca distancia de Rodrigo, un grupo de personas apareció en medio de la calzada gritando e inspeccionando cada vehículo aparcado a ambos lados de la acera. Uno de ellos lanzó un cóctel molotov a una moto. Rodrigo se agachó en su asiento, y susurró:

—Esto se está poniendo feo. Date prisa.

—En dos minutos estoy ahí. Corto.

Giró la esquina y salió corriendo. Un hombre cruzó la calzada a toda velocidad; se aproximaba con una barra de hierro levantada al aire. Antes de que se abalanzara sobre ella, Laura se giró y le metió tres tiros en el pecho. El cuerpo cayó hacia atrás.

Prosiguió con su frenética huida.

3

Mientras tanto, en Jodhpur, la segunda ciudad más grande del estado de Rajastán, en el noroeste de la India, ubicada en el desierto de Thar, el científico iraní Malik Khan entraba en una mezquita.

Tenía la nariz puntiaguda, el pelo canoso, aunque era calvo por la coronilla, y llevaba gafas. Era delgado y el traje le quedaba dos tallas demasiado grande. La corbata era de color marrón claro. Llevaba colgando de un hombro un maletín de cuero. Parecía nervioso, el sudor le caía por la frente, pero daba la impresión de no molestarle.

Después de echar un largo vistazo en derredor, se quedó quieto y en silencio en un lateral oscuro fuera de la vista de la gente. Un ventilador de techo le lanzaba aire a su máxima potencia.

Por un momento, se sintió relajado en el interior del edificio, a pesar de encontrarse empapado de sudor. Se quitó la chaqueta y se remangó. El maletín se lo colocó en bandolera.

Era consciente de que, si permanecía mucho tiempo en el exterior, en cualquier momento podría aparecer un vehículo rechinando las llantas al detenerse, y que hombres armados a los que nunca había visto antes saldrían de un salto, lo agarrarían, lo meterían a la fuerza en el maletero y se lo llevarían a alguna parte para torturarlo. Eso siendo positivo; lo más probable era que, sin mediar palabra, le metieran una bala en el cráneo.

La llamada del almuecín para la oración de la tarde comenzaría pronto.

Un instante después, el exoperativo español David Ribas subía los escalones y pasaba bajo la bóveda de la entrada.

De una gorra de color blanca sobresalía el cabello rizado y negro con muchos mechones grises. Tenía los ojos negros y una piel que siempre estaba bronceada.

Debía mantener su personalidad ficticia. No le agradaba rezar al dios del islam, pero no tenía otra opción.

Cuando entró, unas cien personas ya estaban de rodillas, inclinadas hacia La Meca. El aire era denso, el olor pestilente, a sudor rancio. Los ventiladores movían sus aspas con tanta violencia que parecía que de un momento a otro saldrían propulsadas sesgando cabezas.

Tras el lavado ritual, se quitó la gorra de color blanco y la dejó a un lado en el suelo, se arrodilló y se unió a las oraciones. Acababa de

ver a la persona que buscaba.

Entonces, se inclinó y tocó con la cabeza la alfombra pretendiendo no prestar atención. De hecho, nadie estaba interesado en él. No parecía importarle a nadie porque sabía cómo comportarse. Parecía que nunca hubiera estado allí.

Además, como pasaba en todos los lugares de culto en la India, tanta gente le proporcionaba un anonimato que lo ayudaba a moverse sin llamar la atención.

Desde una prudente distancia, Malik vio la gorra blanca y observó al español con detenimiento.

Al cabo de un instante, David notó la presencia de un hombre a su lado mientras repetía como él las alabanzas a Alá. El español no le prestó atención.

—Soy Malik —susurró el iraní entre las salmodias. No tenía dudas acerca de David. La descripción que le habían hecho de él era correcta: vaqueros azul claro, camiseta de algodón azul en pico y gorra deportiva color blanco. Aun así, le preguntó con nerviosismo—: Eres mi contacto, ¿verdad?

—No deje de orar, podría haber gente observando —musitó David como si estuviera hablando con el suelo.

Malik trató de mantener la calma y siguió orando.

Los devotos comenzaron al unísono una nueva oración y ambos se unieron durante unos minutos.

—Apenas acabe esta plegaria, cuando yo me levante, me sigue. ¿Lo ha entendido?

—Sí.

David se puso en pie con agilidad y se abrió paso entre la multitud.

Malik hizo inmediatamente lo mismo, pero al intentar mantenerse cerca, se tropezó con los pies de un hombre mayor. Creyó perder contacto visual con David, pero enseguida alcanzó al español.

Bajaron las escaleras de piedra.

La calle estaba abarrotada y el estruendo era igual al de todas las ciudades de la India.

David miró alrededor: no detectó peligro alguno. Se volvió y le hizo un gesto con la mano a Malik para que lo siguiera.

Entraron en una cafetería.

David tomó asiento al lado de la ventana.

—Soy el profesor Malik Khan —espetó el hombre nada más sentarse frente a él; le entregó su pasaporte.

David pidió dos tés. Sabía que era la persona a la que tenía que contactar, pero, para que se sintiera más cómodo y tranquilo con él, revisó cuidadosamente el documento. El camarero les sirvió enseguida las bebidas. Le devolvió el pasaporte.

—Bien, señor Malik. Preste atención. Me tiene que hacer caso a

todo lo que yo le diga. Ahí fuera, en la calle, hay gente que quiere impedir que salga vivo de esta ciudad. ¿Entiende el inglés con mi acento?

—Sí, sí, perfectamente.

—Entonces, cuando salgamos a la calle, si le digo yo que se pare, usted me hace caso y se para. Si le digo que salga corriendo a mi lado, usted se pega a mi lado y corre. Hace lo que yo le ordene. Bajo ningún concepto quiero que se separe de mí, ¿lo ha entendido?

—Lo he entendido.

—Tómese el té, le vendrá bien.

—No, no, gracias.

—Cálmese. Haga lo que yo le diga y todo saldrá bien.

—Quiero irme ya.

—A su debido tiempo.

—¿A qué esperamos?

—Me tienen que informar que ya podemos dirigirnos al lugar donde le van a recoger.

Un grupo de jóvenes entraron hablando en voz alta. Pidieron zumos y se sentaron al fondo. Uno de ellos sacó una guitarra y comenzó a cantar una popular canción de Bollywood.

El iraní se inclinó sobre la mesa.

—¿Por qué no nos adelantamos y esperamos donde me van a recoger?

—Porque no conviene que delatemos el lugar.

Malik miró con nerviosismo por la ventana.

—¿Tan seguro está usted de que hay agentes ahí fuera?

David se echó hacia delante.

—Mire, usted es un científico muy importante de Irán. No creo que ellos lo dejen pasearse por un país extranjero como un simple turista sin estar vigilado en todo momento. Usted es una persona muy valiosa. El servicio de inteligencia de su país tiene fama de ser muy profesional. Pero también lo soy yo. Yo sé lo que digo y lo que hago. Confíe en mí. Déjeme hacer mi trabajo y limítese a obedecer mis órdenes. Estoy aquí para protegerlo.

El iraní asintió. De su maletín sacó una tableta Apple y la puso sobre la mesa.

—Aquí tengo toda la información clasificada sobre cómo una ojiva nuclear va a ser transportada a Afganistán. —Encendió el dispositivo y le mostró correos electrónicos y ficheros con gráficas y mapas. David no conocía los datos científicos, pero era consciente de la importancia de aquella información—. Tengo agrupados los correos, mensajes y conversaciones por *chats* privados sobre cómo planean evadir la detección internacional, los desafíos técnicos, los mecanismos de disparo, etcétera. Si los talibán o grupos terroristas islámicos se hacen

con un arma nuclear, ya se puede imaginar lo que son capaces de hacer.

Hubo un silencio.

—No tengo duda —dijo David.

—¿Tendré asilo aquí, en la India?

Malik Khan, veterano científico en afianzar el proyecto nuclear iraní, nunca había imaginado que huiría de su país. El modo en el que los gobernantes de Irán estaban haciendo uso de sus conocimientos chocaba con su conciencia. No podía emplear la ciencia para hacer el mal. Era una carga que le pesaba sobre los hombros.

No se había armado de valor para lo que tenía por delante hasta hace unos días.

—Tiene usted mi palabra —dijo David—. Por este motivo me encuentro aquí, para llevar a cabo su fuga.

El teléfono móvil vibró y sonó en su bolsillo. David contestó. Desde Bombay, Hassena, la jefa del crimen organizado y protectora del español, le dio instrucciones para llegar a una determinada dirección.

Mientras, Malik prestaba atención al televisor de la pared; daba la noticia de un apagón generalizado en España. La periodista comentaba que la comunidad europea alertaba de un posible efecto colateral en el resto de los países europeos. Un reportero entrevistó a un analista geopolítico y este habló del exceso en el consumo, del exceso de población, del exceso en demandas de productos contaminantes. Y acabó con el cambio climático. No se mencionaba un posible sabotaje terrorista.

Cuando David colgó la llamada, Malik señaló a la pantalla.

—No me parece casualidad.

David se giró y alzó la cabeza hacia la pantalla del televisor.

—¿El qué?

—El apagón.

—Quizá haya sido un fallo en alguna central. —David le restó importancia a la noticia.

—No, no lo creo. Ha sido intencionado.

—Bueno, pues nosotros no vamos a quedarnos aquí a ver cómo se desenvuelve este suceso en Europa. Tenemos que irnos.

Ambos se pusieron de pie.

David pagó la consumición y desde la cristalera miró en ambas direcciones de la abarrotada calle.

Un estruendoso autobús pasó por delante. *Autorickshaws*, motocicletas y demás vehículos hicieron sonar los cláxones de manera intermitente.

David miraba arriba, abajo, a derecha e izquierda. Había personas por todas partes, cruzando la calzada de manera temeraria pero con una naturalidad inusitada, caminando por la acera e, incluso, por el

asfalto. Intentaba detectar peligro en los rostros de conductores y peatones.

Malik se quedó de pie junto a él.

—Cuando salgamos, hágame caso en todo lo que le diga —le ordenó.

—Un momento.

—¿Ahora qué?

—¿Tendré asilo y protección?

—Se lo he dicho. Mi misión es sacarlo de aquí y llevarlo a Bombay, donde estará protegido.

—Comprendo que usted está arriesgando su vida para ayudarme. Siento si le estoy causando tantas molestias.

—Yo hago mi trabajo. No lo hago porque me caiga usted bien. De hecho, no le conozco.

—Aun así, quiero decirle que le estoy muy agradecido.

David lo observó. Aquel hombre era sincero.

—Usted haga lo que yo le he dicho. Sígame.

Cuando salió a la calle, el científico iraní caminó pegado a su lado.

4

Sentado frente al volante de aquella furgoneta de vulgar apariencia, Óscar tomó de nuevo un sorbo de la lata de Monster y volvió a mirar con los ojos entornados hacia la calle.

—¿Os habéis dado cuenta de por qué este tipo de escalada de violencia en las calles se produce más en unas épocas del año que en otras?

—Nunca nos hemos enfrentado a una situación como esta —comentó Fabián.

—No me refiero al corte de suministro de energía eléctrica y las consecuencias que ha traído, sino a la violencia, al pillaje y a las bandas armadas por las calles —reflexionó Óscar.

—A ver, listo. Somos todo oídos —dijo Tom.

—Ocurren siempre cuando hace calor —declaró Óscar—. Claro está que todo se debe al apagón, pero si hiciera frío, ¿las bandas callejeras estarían por las calles saqueando y cometiendo crímenes? El calor hace que se le salten los fusibles a la gente.

—Eso es cierto —admitió Fabián—. Los motines de las cárceles y los disturbios en las ciudades ocurren siempre cuando hace calor, no durante una ola de frío. Sin embargo, estoy convencido de que, aunque hiciera frío ahí fuera, los terroristas, los delincuentes, los pandilleros, los saqueadores y la demás ralea aprovecharían la debilidad en la que se encuentra sumido el país para cometer crímenes.

—Eso sin duda —añadió Óscar, y tomó otro trago de la lata—. Pero lo que vengo a decir es que el calor, el bochorno, el sudor, la humedad, agudiza nuestra natural irritabilidad.

—Mira, después de tanto tiempo aquí sin movernos —intervino Tom—, lo que os puedo garantizar a los dos es que lo que más quiero es estar en un lugar con aire acondicionado y una buena cerveza fría.

—No creo que Laura tarde mucho más en cumplir con su objetivo —comentó Fabián.

—Yo aún sigo pensando que ha sido una mala decisión dejarla con Rodrigo —dijo Óscar.

—Si se encontrara en una situación que no pudiera controlar, nos lo diría —repuso Fabián—. Ya sabes cómo es ella, no quiere que nadie se inmiscuya en sus operaciones.

—Eso es lo que me preocupa, que hasta que no se agrave una situación hasta el límite, ella no nos lo haga saber —dijo Óscar.

Agazapado en el asiento, Rodrigo levantó lentamente la cabeza.

A través del parabrisas veía a un grupo de personas saqueando una tienda de ropa deportiva. Las llamas de la moto incendiada a pocos metros de donde se encontraba iluminaban su rostro y el interior del coche. Si alguien se acercaba, podría verlo.

En la acera de enfrente, un joven se subió sobre un capó y derramó gasolina. Saltó al asfalto justo cuando otro lanzaba una botella de vidrio con una mecha en llamas.

El vehículo se envolvió en fuego e iluminó toda la calle.

Aquello se ponía bastante feo.

Rodrigo presintió que, de un momento a otro, notarían su presencia. Sacó una pistola de debajo de su asiento, la amartilló.

Puso el dedo índice en el pinganillo del oído, como si aquel gesto pudiera hacer que el receptor lo escuchara mejor.

—¿Laura? ¿Dónde estás? —susurró nervioso sin dejar de observar la calle con el cuello levantado, agazapado en el asiento.

Alguien lanzó una piedra contra su ventana. El cristal voló. Rodrigo apuntó e instintivamente disparó su arma hacia donde había advertido la figura del atacante.

Silencio. No sabía si le había dado a alguien o si, por el contrario, lo había ahuyentado.

Abrió la puerta y salió a la calle apuntando a todas partes. En el suelo yacía el cuerpo de la persona abatida.

Por un lateral, un hombre se abalanzó sobre él, pero recibió dos disparos en pleno pecho.

Rodrigo se irguió. Había matado a dos personas, sus cuerpos yacían sobre el asfalto. Estaba muy nervioso. ¿Y si vienen más? Había delatado su presencia.

Vio a lo lejos a un grupo de gente corriendo en dirección opuesta, sin duda temerosos de recibir un disparo.

No tardarían en volver y cuando lo hicieran, estarían armados y envalentonados.

Debía moverse con rapidez, pero ¿dónde estaba Laura? ¿Por qué tardaba tanto?

—Laura, esto se pone feo —dijo a través del micrófono—. Me pongo en movimiento. Repito. Me pongo en movimiento.

Volvió a sentarse frente al volante, cerró la puerta.

Tenía que moverse. Sabían su ubicación y no tardarían en volver. Sus manos comenzaron a temblar. ¿Por qué Laura no se comunicaba con él? ¿Le habría pasado algo? ¿Debía llamar a Óscar? Pero este no era el plan. Laura le había dado instrucciones y le había comunicado que en breve estaría ahí. ¿Y si necesitaba ayuda?

Decidió irse del lugar e ir en su busca. Tan pronto como arrancó, alguien lanzó una piedra a su ventana posterior. El cristal se hizo añicos. Rodrigo giró el volante y chocó con una motocicleta antes de detenerse.

Otra pesada piedra penetró en el vehículo. Rodrigo se giró, levantó la pistola y disparó al atacante.

Dio marcha atrás y atropelló a un agresor, cambio de marcha y aceleró.

Circuló varios metros hasta que un coctel molotov impactó contra la carrocería. Las llamas comenzaron a consumir el asiento posterior. Giró con violencia el volante y chocó con un vehículo aparcado junto a la acera.

Alimentado por la gasolina, el coche estaba casi envuelto en llamas. Rodrigo intentó salir, pero la puerta no se abría. Se desplazó rápidamente al siento de al lado. Abrió de un golpe y salió levantando la pistola, apuntando en todas direcciones.

El fuego le impedía ver quién se acercaba. Llegó a la acera y pegó la espalda contra la pared del edificio. Disparó al aire. Estaba mareado por el golpe. Las manos le temblaban y el rostro lo decía todo: el miedo le consumía y no podía controlarlo.

Tres hombres llegaron corriendo y se abalanzaron sobre él. Enceguecido, Rodrigo cayó de espaldas al suelo. Uno le quitó el arma. Sin que pudiera recomponerse, los tres comenzaron a golpearle indiscriminadamente en la cabeza, en el rostro y en el estómago.

Uno de ellos dijo algo en árabe y se apartaron los otros dos. El que había hablado a voz en grito apuntó a Rodrigo con el brazo extendido hacia abajo, pero, cuando iba a pulsar el gatillo, su cabeza explotó de un disparo.

Los otros dos no tuvieron tiempo de reaccionar. Una bala perforó el cráneo de uno y el otro recibió un disparo en el ojo derecho que salió por detrás.

Laura llegó corriendo a auxiliar a su compañero. El rostro de Rodrigo comenzaba a hincharse. Su visión era borrosa y se encontraba semiinconsciente.

—Aguanta —le gritó ella, y presionó el botón para hablar por el micro de su pinganillo. Le dio a Óscar la señal de alarma para que les fueran a recoger.

Una botella de vidrio cayó a poca distancia. Laura se levantó, apuntó hacia el final de la calle y efectuó varios disparos. Escuchó rechinar unas llantas, se dio la vuelta. Un Audi se dirigía a toda velocidad hacia ellos.

Dio unos pasos hacia adelante, hacia la calzada, apuntó con el fusil y disparó varios tiros.

La carrocería del coche que se aproximaba recibió un aluvión de

proyectiles. El parabrisas se hizo añicos y el conductor giró bruscamente. Recibió dos disparos, uno en el cuello y otro en la cabeza. Antes de morir, le dio tiempo a frenar en medio de la calzada.

La puerta lateral se abrió y dos hombres con machetes salieron de un salto.

Laura no se lo pensó y corrió hacia ellos. Tiró el fusil al suelo y sacó su pistola. Disparó indiscriminadamente. Abatidos los dos hombres, registró el vehículo. El conductor yacía muerto. Había una caja llena de botellas de vidrio, sin duda, para hacer bombas incendiarias.

Se volvió hacia donde había dejado a Rodrigo. Vio a lo lejos a un hombre forcejeando desesperadamente con el cargador de la pistola que ella había dejado en el suelo.

Laura alzó el fusil, no tenía munición. Corrió al auxilio de su compañero mientras recargaba.

Aquel hombre no sabía cómo manejar una pistola. Sin embargo, consiguió desbloquear la recámara y volvió a tirar del gatillo. Apuntó a la cabeza de Rodrigo, que, incapaz de defenderse, cerró los ojos y contuvo la respiración.

Laura le agarró la muñeca al tiempo que le golpeaba una pierna, lo que lo puso de rodillas. Invirtiendo el cañón de la pistola, apretó el gatillo, metiéndole a bocajarro una bala en la cabeza.

Rodrigo, con los pulmones a punto de explotar, expiró ruidosamente. El sudor le pegaba el cabello a la frente y tenía la cara abotargada de tantos golpes.

Laura se inclinó y le agarró el mentón, obligándole a volver la cabeza hacia ella. Le estaba saliendo un derrame en un ojo. Ambas mejillas estaban muy hinchadas.

—Te recuperarás —dijo, incorporándose, atenta al peligro que pudiera surgir en cualquier momento y desde cualquier lugar.

Observó los edificios de oficinas de enfrente. La mayoría tenía los ventanales rotos, formando una hilera de bocas desdentadas. Un montón de cristales estaban esparcidos por la acera y la calzada. Daba la impresión de que un terremoto había sacudido toda la ciudad como si fuera una coctelera.

—Por Dios, Laura, solo pido que todo esto acabe de una vez —murmuró Rodrigo. Se sujetó la cabeza con las manos y perdió el conocimiento.

Un momento después, la furgoneta del Cervantes apareció a gran velocidad. Fabián y Tom lo colocaron en el asiento de pasajeros, mientras Laura recogía su fusil del suelo y saltaba al asiento delantero. Cerraron la puerta corredera. En unos segundos estaban fuera de la zona.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

Óscar, moviendo frenéticamente el volante, se quitó el palillo y se giró un instante.

—¿Y me lo preguntas tú, jefa?

Laura se ladeó en el asiento para mirar hacia atrás.

—Darme un par de cargadores.

Tom le tendió la munición. Ella recargó el fusil.

5

David se abría paso por la acera.

Malik caminaba pegado a su lado.

—¿A dónde vamos? —preguntó con nerviosismo.

—A la azotea de un centro comercial —respondió David—. Es un lugar muy concurrido, pero es el mejor plan que tenemos.

Cruzaron la abarrotada calle y avanzaron lentamente.

—Vamos a tardar una eternidad —espetó Malik, observando los rostros de las personas con las que se cruzaban. No dejaba de pensar que cualquiera podría ser un asesino contratado por el temido VEVAK, el servicio de inteligencia iraní, para evitar su fuga.

—Necesitamos un coche para bordear el centro de la ciudad.

David miró a su alrededor. Un hombre aparcaba su Toyota Corolla en la acera opuesta. Agarró de la manga a Malik y cruzaron la calzada sorteando los vehículos.

David se acercó al hombre por detrás, le hizo una palanca en un tobillo y lo tiró de bruces al suelo. Le quitó las llaves de las manos y le ayudó a ponerse de pie. Antes de que se percatara de que le habían robado, David se sentó en el interior del vehículo con Malik. Arrancó, giró el volante, se subió al bordillo, hizo un cambio de sentido y se metió por la calle congestionada.

El dueño del coche gritó como un energúmeno desde la acera. Pero ya era tarde, se habían alejado.

David no dejaba de tocar la bocina. Todos los conductores le abrían paso y lo maldecían. Aceleraba y frenaba, aceleraba y frenaba, zigzagueando a gran velocidad. Malik se agarraba con una mano al reposabrazos y con la otra, a la guantera. Con un frenazo y súbito acelerón, salió despedido bruscamente hacia atrás.

—¡Casi me parte las cervicales!

—Bueno, si no conseguimos llegar a tiempo, nos matarán.

—¿Qué quiere decir? —gritó entre el sonido de los estridentes bocinazos.

—¡Que nos siguen!

Malik volvió la cabeza y vio a dos vehículos sospechosos conduciendo de la misma forma temeraria.

—Póngase el cinturón —ordenó David.

Pegó un volantazo y saltaron a la acera. Los peatones gritaban y se

apartaban del camino a medida que el Toyota Corolla golpeaba tenderetes de productos y artículos puestos a la venta, que eran propulsados al aire.

Giró de nuevo y regresó a la calzada. Malik estiró el cuello y echó un vistazo para ver dónde estaban sus perseguidores.

David continuó esquivando el tráfico, que era ya muy denso, entorpecido por innumerables coches y *autoricksaws*, además de por una flotilla de motocicletas.

«Maldito tráfico. Siempre igual». Por un momento se preguntó cuántas personas estarían pensando lo mismo que él. Sin duda, ninguna o muy pocas. Los indios ya tenían adherido aquel caos a su ADN: casi nadie maldecía el tráfico, simplemente se dejaban llevar por la monotonía. Quien podía amenizaba el tiempo con auriculares o con el estéreo de su vehículo, haciendo más llevaderos los atascos con un poco de música estridente de Bollywood.

David pasó volando un semáforo en rojo y estuvo a punto de colisionar con un coche que circulaba en sentido contrario.

Un camión de reparto de botellas de agua de veinticinco litros estaba parado enfrente. El conductor se disponía a cargar sobre sus hombros un bidón cuando vio que se le venía encima el Toyota Corolla. David frenó justo a tiempo; después, aceleró a fondo, subió las ruedas laterales a la acera asustando a los peatones. Tras recorrer de aquel modo varios metros, movió el volante con brusquedad para volver a la calzada, desatando una avalancha de maldiciones de los peatones que trataban de cruzar la calle. A David no pareció importarle, no era la primera vez que conducía así en la India.

Sonaron sirenas.

—La policía —dijo Malik, temeroso.

—Quédese tranquilo, que ya estamos cerca.

Se aproximaban a un gran edificio situado a su derecha.

—¿Es ese el centro comercial? —preguntó Malik.

David no pudo responder a la pregunta: tenía un camión averiado justo frente a él. No había posibilidad de girar a la izquierda ni a la derecha sin ocasionar un accidente.

—Debo crear una distracción.

—¿Qué ha dicho?

—Prepárese para el impacto.

Levantó el freno de mano al tiempo que giraba el volante con fuerza hacia un lado. El Toyota Corolla coleó, rechinó y chocó dos veces. Primero, contra una fila de coches aparcados en la acera y después, contra la patrulla de policía que los seguía y que no pudo advertir aquel movimiento a tiempo. Por detrás, los coches de los perseguidores golpearon brutalmente al de los policías, retorciendo y abollando las carrocerías.

El *airbag* saltó con el impacto. David se quitó el cinturón con rapidez. Humo y gases, sirenas, gritos y olor a motores incendiados impregnaban el ambiente.

—¿Está usted bien?

—Mi cabeza.

—Eso es por el *airbag*. No se ha roto nada. Quédese aquí.

La puerta del conductor estaba tan dañada por el impacto que no se abría. Trepó al asiento de atrás, lleno de fragmentos de vidrio roto, y, dando patadas, consiguió abrir. Saltó al asfalto y examinó con rapidez la escena.

La patrulla de policía era un montón de escombros. Corrió hacia el vehículo, abrió la puerta. Los dos policías se encontraban vivos pero golpeados. Uno de ellos sangraba por la frente. No tenían *airbag*.

Con rapidez, sacó uno a uno a los agentes y los trasladó a la acera, lejos de la gasolina desparramada en la calzada y de los cristales destrozados.

Los que los seguían eran la amenaza. Tenía que reaccionar deprisa. Necesitaba hacer uso del elemento sorpresa. Con la pistola pegada a la pierna derecha, salió disparado hacia el primer vehículo de sus perseguidores.

Un hombre había salido de su coche colisionado y se parapetaba detrás de la puerta abierta. Levantó un arma, pero David fue más rápido; le metió un tiro en la cabeza sin dejar de correr hacia ellos. Debía aprovechar aquel momento de incertidumbre.

Otro hombre surgió del lateral de la carrocería. No le dio tiempo a sacar el arma, estaba confundido debido al impacto. Un tiro en el pecho, otro en la cabeza. David continuó.

Al llegar al segundo vehículo, dos hombres saltaron al asfalto. Un tiro, otro. Los dos cayeron al suelo.

Unos disparos impactaron contra la puerta de una furgoneta a escasos metros de David, que se tiró al suelo y se escudó detrás de la carrocería. Las balas seguían lloviendo, haciendo pedazos el parabrisas y las ventanas. Se protegió de la lluvia de cristales tapándose la cabeza con los brazos.

Cuando dejaron de acribillar el furgón, se levantó tratando de averiguar dónde estaba situado quien estuviera disparando. Enseguida obtuvo el ángulo; levantó la pistola, apretó el gatillo, y la bala impactó en la cabeza de aquel hombre.

Enseguida, otro disparo le pasó zumbando cerca de la oreja, y acabó dando a la carrocería. Se agachó y pudo ver por debajo del vehículo a un hombre que se aproximaba con el paso acelerado con la intención de pillarlo desprevenido.

Nuevos disparos dieron a su lado. Si no entraba en acción, estaría perdido. Sin más dilación, saltó a un lateral y efectuó dos tiros. Le dio

en el pecho. Cargado de adrenalina, el hombre rehusó rendirse y levantó la pistola. David se incorporó, apuntó y le disparó una bala a la cabeza, matándolo al instante.

Lo registró. No llevaba ningún documento, pero no tenía dudas de que, al igual que los demás, pertenecía a un comando pakistaní infiltrado en la India con la intención de evitar la fuga del científico. Habían sido entrenados profesionalmente en tácticas militares; de lo contrario, no habrían tenido la sangre fría de realizar aquella persecución.

David regresó con Malik mientras ponía otro cargador en la pistola. Se fijó en que salía gasolina del depósito del Toyota Corolla. Se había formado un charco en el asfalto: una sola chispa lo haría saltar por los aires.

—Vámonos de aquí.

—Ayúdeme. Tengo una pierna paralizada.

Las sirenas se acercaban. Pronto el lugar se llenaría de ambulancias y unidades de la policía.

En la ciudad de Jodhpur había un fuerte contingente militar, pero también unidades antiterroristas de rápida actuación por la cercanía a la frontera con Pakistán, siempre en alerta ante los terroristas infiltrados. No tardarían en llegar. Aquella élite era conocida por su método para acabar de manera drástica con situaciones de conflicto: disparaban primero, preguntaban después.

David agarró a Malik por los hombros, ayudándolo a caminar con rapidez hacia el centro comercial. Los peatones se apartaban a un lado al verlo con un arma en la mano.

Llegaron varios furgones de la policía. Entonces, David se giró, levantó el brazo y efectuó un tiro al aire. El gentío se dispersó. Luego, apuntó hacia la parte trasera del Toyota Corolla y efectuó dos disparos.

El vehículo se incendió y explotó en una bola de fuego.

Un *autorickshaw* que estaba aparcado y varias motocicletas prendieron a su vez y se convirtieron pronto en un montón de escombros que ardía.

Se escuchó el ruido de un helicóptero. Alzaron la cabeza y vieron que sobrevolaba el lugar hacia la azotea del edificio.

—Ya está aquí. Vamos —espetó David, manteniendo sujeto a Malik al tiempo que avanzaban.

Entraron por la rampa del *parking*. La gente corría en todas direcciones y salía por las distintas puertas para observar el espectáculo de las llamas. Muchos, obsesionados por el caos y el fuego, lo grababan con sus móviles.

David pulsó el botón del ascensor. La puerta se abrió. Cuando entraron, un hombre apareció corriendo hacia ellos. Realizó un

disparo desde varios metros de distancia antes de que David lo abatiese. Los ecos retumbaron por todo el aparcamiento.

La puerta del ascensor se cerró y ascendieron. La bala había perforado la garganta del científico, que sangraba a borbotones. David colocó una mano para frenar la hemorragia, pero era inútil. Sus ojos se apagaron.

Cuando llegaron a la planta superior, David agarró el maletín de Malik y salió corriendo por el pasillo. Al llegar al final, cruzó la puerta de emergencias y subió las escaleras hasta la azotea.

Un pequeño helicóptero estaba a la espera. Nada más verlo, el copiloto abrió la puerta de atrás. David entró de un saltó, ascendieron unos metros y desaparecieron del lugar.

6

Julián Fernández no era hombre dado a especulaciones. Si tenía que tomar una decisión contundente y rápida con el menor porcentaje posible de error, lo hacía una vez obtenida la mayor información posible.

«Analízalo mentalmente y hazlo lo mejor que puedas. Si el resultado no es como tú hubieras querido, entonces esfuérzate para hacerlo mejor la próxima vez». Este era su lema en Cervantes, la organización clandestina de inteligencia y lucha contra el terrorismo.

Dada la amplitud de asuntos a los que tenía que hacer frente a diario, exigía a sus empleados que le elaborasen informes de inteligencia siguiendo la metodología BLUF (*Bottom Line Up Front*). En esencia, se trataba de decir lo más sustancial al principio del informe y que la importancia fuera decreciendo según se avanzaba en la lectura.

Al director del Cervantes le entregaban los dosieres de sus analistas por la mañana temprano, nada más salir del ascensor del *parking*. Antes de que Julián apretara el botón del ascensor, su secretaría, que lo esperaba en el aparcamiento, ya le había dado en mano los papeles.

Exigía la información concisa, al grano, al meollo. Ya habría tiempo después de ampliar el conocimiento sobre ese asunto. De esta forma, y según su conocimiento previo, podía no necesitar leer el documento al completo si las conclusiones le convencían o si ya tenía una decisión tomada.

Debido al sistema de seguridad y el tipo de ascensor, duro, pesado, ancho y lento como un montacargas, este tardaba dos minutos y veinte segundos en subir hasta la última planta del edificio, donde Julián tenía su despacho. Si en ese tiempo no tenía las ideas claras sobre los acontecimientos a tratar y las conclusiones más importantes, ese informe de inteligencia había fracasado.

Aquella mañana, Julián arrugó la comisura de los labios, con expresión de contrariedad, mientras leía un informe al que se adjuntaban mapas del norte de la India especificando los distintos escenarios de la situación, emplazamientos y estrategias en previsión de que los terroristas infiltrados llevasen a cabo con éxito sus objetivos.

En otro resumen, tenía el informe de la última misión de David Ribas en la India junto con la valoración de los documentos que había

conseguido del científico iraní Malik Khan.

Nada más abrirse la puerta del ascensor, fue directo a su despacho con andares rápidos. Se hizo un café Nespresso en la máquina que había pedido instalar en un lateral. Mientras disfrutaba de él, pidió a su secretaria que llamara a la sala de reuniones a Laura García y al informático indio Varun Grover.

Se hizo un segundo café. Se llevó consigo la taza a la sala y tomó asiento. Mientras esperaba a sus empleados, continuó leyendo otros documentos y dio algunas instrucciones a través de un teléfono fijo.

La sala de reuniones constaba de una larga mesa de caoba en el centro y sillones de piel acolchados en derredor. Había monitores de ordenador para cada asiento, con sus teclados y ratones inalámbricos. Era una habitación sin ventanas dotada de un sistema único de blindaje electrónico. Era imposible que desde el exterior alguien pudiera detectar una sola palabra que se pronunciara en el interior. Si todo el edificio ya estaba protegido en este sentido, aquella sala garantizaba aún más la seguridad. Había sido rediseñada hacía poco. De hecho, cada cierto tiempo lo desmontaban todo y sustituían el mobiliario. Aunque las posibilidades de ser víctimas de cualquier escucha eran mucho menos que mínimas, toda precaución era poca para evitar la posibilidad de ser espiados. También la cambiaban de ubicación. Unas veces, la sala de reuniones estaba en la segunda planta, otras, en la quinta y, en ocasiones, se congregaban alrededor de una mesa de café en el despacho de Julián Fernández.

El edificio tenía, además, un enorme generador alimentado por unas placas solares que el servicio de inteligencia israelí les entregó gracias a un proyecto secreto de una empresa de tecnología punta de defensa llamada RAFAEL. De este modo, operaban de manera independiente sin depender del exterior.

La colaboración internacional entre Cervantes y los servicios secretos era casi nula porque Cervantes era una organización clandestina. Oficialmente, no existía. Sin embargo, sí que intercambiaba datos operativos e informaciones relevantes con el servicio secreto israelí, con el cual mantenía una estrecha relación para evitar peligros para ambos países. Se había creado una red de relaciones, fluida y profesional, que permitía actuar en tiempo real contra cualquier situación de riesgo que se pudiera generar en cualquier parte del mundo.

Siempre a la vanguardia, la empresa israelí RAFAEL Advanced Defense Systems Ltd., dentro de su programa para la detección, toma de decisiones y reacción a las amenazas a infraestructuras críticas, como puertos marítimos e instalaciones de energía, entre otros, habían desarrollado un proyecto de alto secreto contra los fallos en el suministro eléctrico.

El resultado fue un tipo de placas solares tan potentes que eran capaces de proporcionar la energía que podía consumir una estación de tren o, incluso, un aeropuerto internacional. En los días del apagón, el del Cervantes era el único edificio fuera de Israel que tenía tal sistema.

En las paredes de la sala de reuniones había varias pantallas. En una de ellas aparecían puntos rojos que indicaban aquellos lugares de toda España donde se estaban produciendo incidentes en las calles: saqueos, disparos, quema de contenedores y demás actos delictivos. En otra pantalla aparecían puntos verdes, que señalaban peligros latentes.

Laura García y Varun Grover entraron y, tras saludar, tomaron asiento, observando con atención los acontecimientos en tiempo real que mostraban las pantallas.

Debido a la volátil situación que se vivía en España por el apagón, en Cervantes trabajaban sin descanso. El único que había salido del edificio desde el inicio del apagón había sido, esa misma mañana, Julián Fernández, que tuvo que ir escoltado a su residencia para recoger ropa limpia.

—El caos llama al caos —dijo el director señalando una alerta en la pantalla.

Laura, sentada a su derecha con los brazos cruzados, tenía cara de pocos amigos. Se enfadaba muy a menudo y no lo ocultaba. Que fuese ambiciosa no significaba, necesariamente, que estuviese equivocada.

—Esos grupos de terroristas callejeros luchan sin reglas y sin miedo —comentó—. No solo con cuchillos y machetes, van también armados con pistolas y rifles. No temen matar ni morir. Los hay muy preparados, con entrenamiento militar. Nos hemos encontrado durante estos días a grupos paramilitares con cascos de camuflaje, cinturones y anillas para hacer rapel en edificios públicos y centros comerciales, con chalecos antibalas de kevlar, botas militares ventiladas de asalto para climas calurosos e, incluso, gafas de sol con cristales inastillables. Están armados hasta con subfusiles HK MP5 y pistolas Glock 19. Es obvio que esta gente ha sido enviada especialmente a las calles de Madrid para crear una absoluta anarquía aprovechando el gobierno débil que tenemos para hacer frente esta situación de emergencia.

La capital estaba llena de gente de origen magrebí llegados en coches y autobuses desde el País Vasco, Cataluña y Andalucía. Todos ellos, excepto algún grupo procedente de Francia y Bélgica, muy armado y preparado en tácticas de guerra urbana, habían llegado a España gracias al tráfico de personas que la organización Open Flower, con sede en Barcelona, llevaba a cabo con sus barcos. Recogía pateras y trasladaba a sus ocupantes hasta las costas españolas, donde eran acogidos por la Cruz Roja.

Otro tipo de bandas callejeras formadas por grupos de jóvenes ecuatorianos, colombianos, peruanos, bolivianos y dominicanos muy violentos se habían unido al pillaje y al caos, como los Ñetas, los Latin King, los Trinitarios y los DDP (Dominican Don't Play). También los Blood, los Forty Two, la Mara Salvatrucha y La 18. Estos pandilleros recorrían armados las calles y, en ocasiones, se mataban entre ellos. Pero quienes alentaban la situación de anarquía total eran los grupos formados por magrebíes.

—Como se prolongue este problema de suministro eléctrico —intervino Varun—, Europa se verá en peligro y todos volverán la mirada a Estados Unidos en busca de ayuda.

Julián se recostó en el respaldo, visiblemente hastiado.

—Que proporcionarán gustosos —admitió—, por supuesto, pero no podemos permitir que los terroristas fragmenten nuestro país.

—Lo que no llego a comprender es la razón de que países occidentales que presumen de democráticos miren a otro lado cuando, por ejemplo, Irán envía armas a grupos terroristas de todo el mundo —añadió Varun.

—Muy simple —terció Laura—, porque les proporciona aliados en otros lugares. Es perverso reconocerlo, pero es así. De este modo se garantizan aliados en la lucha antiterrorista.

—Vayamos al asunto que nos concierne, Varun —dijo Julián mientras pasaba las páginas de un documento tras otro de un fichero. Apuró el café, lamentándose de que el último sorbo no fuera tan delicioso como lo fue el primero. «Ni con el café ni con la vida», pensó. Dejó la taza a un lado de la mesa—. He consultado el banco de datos meteorológicos y estudiado el mapa geofísico que adjuntas a tu informe. Gran parte de esa zona del norte de la India es tan seca como una tostada de pan integral y está desierta. Has mencionado las pruebas realizadas por la India con armas nucleares en su territorio, como en el estado de Orissa y áreas deshabitadas. Pero ¿qué hacía allí el científico iraní? Ya sé que lo has mencionado en tu informe muy brevemente, pero explícale a Laura, que no lo ha leído, quién es y qué importancia tiene para nosotros la información que te ha pasado David Ribas.

—El doctor Malik Khan era iraní.

—Eso es importante, que sea persa y no árabe —lo interrumpió Laura.

—Como también lo es que no sea de Afganistán ni de Pakistán, donde surgieron los ataques del 11S —añadió Varun—. Ni sunita como Mohamed Atta, el cabecilla de los secuestradores. Ni wahabí como Bin Laden.

—Ni que tengamos a un exagente español en la India a nuestra disposición para encargarse de este asunto —espetó Laura.

—Laura, por favor, ¿has acabado? —le inquirió Julián. Ella alzó la mirada al techo y asintió cruzándose de brazos. Entonces, el director se dirigió de nuevo a Varun—: Bien, prosigue.

Varun Grover, de origen indio, no solo era un experto informático, sino que había estudiado al Estado Islámico, a los talibanes, a al Qaeda, a los paquistaníes e iraníes, y todo tema referente al terrorismo en otros países musulmanes, como Marruecos, por dentro y fuera. Era un gran experto en geopolítica, inteligencia y seguridad.

—Malik Khan ha sido director adjunto de la Agencia de Energía Atómica de Irán. En sus comienzos, creía ingenuamente que su trabajo estaba para ayudar a los habitantes de su país.

—¿Qué trabajo? —preguntó Laura.

—Construir un impresionante sistema de energía nuclear civil. Irán no dependería del petróleo ni de la gasolina y sería el primer país independiente en cuanto a energía.

—¿Y qué pasó para que decidiera escapar de su país? —volvió a preguntar.

—Que, en realidad, lo estaban usando. Él entendió que su gobierno quería utilizar sus avances científicos para enriquecer uranio rápidamente con el que construir armas nucleares con el fin de amenazar a otros países, y no para uso civil. Comprendió que lo querían para lanzar misiles balísticos equipados con ojivas nucleares. Por lo visto, supo de la intención del Gobierno de Irán de ofrecer un arma nuclear táctica y pequeña a Hezbolá y a Hamas para atacar las ciudades más importantes de Israel, pero también para poner en jaque las instalaciones, refinerías y campos de petróleo en los Emiratos Árabes del golfo, Kuwait y Arabia Saudita.

Julián lo interrumpió levantando el índice al tiempo que echaba un rápido vistazo a un documento.

—Su fuga se produce en una ciudad rodeada de desierto, al norte de la India. ¿Por qué ahí?

—Cuando Pakistán solicitó cooperación a los iraníes para modernizar su energía nuclear, ellos enviaron a Malik Khan y este no se lo pensó dos veces. Aquella era la oportunidad de su vida. Nunca quiso ser parte de que cientos de miles de civiles inocentes pudieran morir por su trabajo.

—¿Y cómo fue que dio con Hassena para que ella y David organizaran su defección? Sus movimientos en Pakistán debían estar fuertemente vigilados.

—Por lo visto, entabló conversación con un pakistaní, científico y empresario, proveedor de condensadores eléctricos. Este fue quien hizo llegar la información a Hassena. Lógicamente, estaría en la extensa red de personas que pasan información confidencial a la jefe del crimen organizado. Ella exporta a Pakistán muchos productos de

la India de manera ilícita: tabaco, oro… En fin, que la única persona que podía esconder en la India a un científico nuclear de la talla de Malik Khan sin duda alguna era ella. Así fue como Hassena planeó su fuga a Rajastán.

—Pero ¿por qué a Rajastán?

—Malik utilizó como excusa la visita a la casa donde nacieron sus antepasados. Al parecer, su abuelo nació y se crio en Jodhpur antes de emigrar a Pakistán tras la independencia de la India de los británicos en 1947. Después, emigró a Irán, donde ya nació la nueva generación. El abuelo era sunní, pero acabó siguiendo a la rama del chiismo.

—¿Por qué a Pakistán le interesan los servicios de Irán? —preguntó Laura.

—Para desestabilizar la región, por supuesto —contestó Julián.

—Sí, sí, así es —continuó Varun—. India y Pakistán siempre han estado a la carrera, compitiendo por construir armamento nuclear.

—Creo recordar que fue a finales de la década de los noventa cuando ambos hicieron pruebas con armas nucleares con pocos días de diferencia —dijo Julián.

—Por entonces, las agencias de inteligencia no tenían ni idea de que Pakistán e India tuvieran tal arsenal ni de que hubieran llegado tan lejos —continuó Varun—. Lo mismo sucedió una década antes en Irak, cuando Sadam estuvo a punto de construir armas nucleares, pero los israelíes fueron muy inteligentes al destrozar el reactor nuclear Osirak antes de que llegara a calentarse.

—No tan inteligentes fueron las agencias de inteligencia extranjeras, como la CIA, cuando convencieron a Bush de que Irak poseía peligrosos arsenales de armas de destrucción masiva —añadió Laura.

Julián intervino.

—Se encontraron, Laura, pero no del tipo y de la cantidad que el mundo entero esperaba.

—Peor, sin duda, fue el resultado final —aclaró ella—. Un error garrafal que echó por tierra la credibilidad de la CIA y de otras tantas agencias hermanas.

—No nos desviemos del tema que nos atañe —dijo Julián, haciendo un gesto con la mano hacia Varun para que continuara.

—Los iraníes mantuvieron buenas relaciones con A. Q. Khan —explicó—, el padre del programa de armas nucleares paquistaníes. Basados en los diseños de su mayor experto, Pakistán ha construido cerca de doscientas ojivas hasta la fecha. Durante los últimos días me he metido en las estaciones de monitorización sísmica auxiliares y primarias en todo el mundo y he detectado movimientos provocados en zonas montañosas y en desiertos de Pakistán.

—¿Quieres decir que han sido provocados por explosiones

nucleares? —preguntó Julián.

—Sí, porque si fueran movimientos sísmicos naturales, hablaríamos de terremotos.

—¿Cómo diferencias ambos? —preguntó de nuevo Julián.

—Es fácil de discernir.

—Ilústranos —le conminó Laura.

—Cuando se produce una prueba nuclear, la actividad sísmica es tremendamente intensa en un comienzo, pero luego baja de intensidad muy rápido. Pero, en un terremoto, la actividad sísmica es lenta al principio e inmediatamente se intensifica sin freno según las placas tectónicas se van rozando unas con otras.

—Vayamos resumiendo. —Laura mostró su impaciencia mientras de reojo leía unos mensajes en la pantalla de su teléfono móvil—. Mis operativos me esperan abajo. Dime, ¿cómo valoras la información obtenida gracias a David Ribas?

—Máxima. Daos cuenta de que el doctor Malik Khan tenía en su poder información sobre cómo acoplar ojivas a un sistema de expulsión de largo alcance. Y los pakistaníes querían hacer mejoras, actualizar sus resultados, ya que tienen dudas de que hayan conseguido el impresionante diseño al pie de la letra del que presumen. Por este motivo, pidieron al Gobierno de Irán que le cedieran al doctor Malik Khan para actualizar sus avances a sus científicos y a los administradores encargados del programa nuclear de Islamabad. Ahora, los pakistaníes ya no podrán presumir de poder disparar misiles balísticos con esas ojivas en ellos.

—Es decir, que antes de dar la información clave —intervino Laura —, Malik se largó a Rajastán con la excusa de visitar en un fin de semana el lugar de nacimiento de sus antepasados y se intentó dar a la fuga con David, pero fue asesinado.

—Sí, así es. Los pakistaníes deseaban tener su información para amedrentar a la India, apuntando los misiles hacia Nueva Delhi, pero agentes del VEVAK infiltrados en esa ciudad de Rajastán se cargaron al científico.

—Tiempo al tiempo —comentó Laura, reclinándose en el asiento —. Un día sabremos que han conseguido ese tipo de armamento, lo han transportado en camión o en barco a cierto lugar estratégico, una isla o cerca de la frontera, y conseguirán amenazar a los indios con que las pueden accionar por control remoto si no se cumplen sus demandas. Chantaje puro y duro.

—Recapitulando —dijo Julián.

—Irán está construyendo instalaciones nucleares —siguió exponiendo Varun—. Tienen a científicos nucleares trabajando para enriquecer uranio a un ritmo vertiginoso y están avanzando en la construcción de modernos misiles balísticos. No solo esto, sino que

está enviando a sus científicos a otros países musulmanes. En lo que nos concierne, han llevado a cabo reuniones con Marruecos.

—¿Con Marruecos? —preguntó Laura.

—Así se detalla en la información conseguida por David Ribas y que guardaba en su ordenador el doctor Malik Khan —contestó Varun —. Ha habido contactos entre el Gobierno de Irán y el marroquí, ofreciéndoles actualizar sus ordenadores y recibir la asistencia técnica necesaria, pero también para entrenar a sus científicos.

Julián se reclinó en su asiento, se oprimió la frente con las yemas de los dedos. De pronto, dejó caer las manos sobre la mesa.

—Cuando los ojos de la comunidad internacional están enfocados en el programa nuclear iraní, ellos meten en Marruecos a un experto en el campo del uranio deuterio.

Laura dio un ligero golpe con la palma de su mano sobre la superficie de la mesa para acentuar lo que iba a decir.

—Una finalidad cuyo objetivo será, ni más in menos, que chantajear y amenazar a España.

—Marruecos carece de expertos en uranio deuterio —expuso Varun—, y así se menciona en la correspondencia que tenía Malik Khan en su ordenador. Hay correos en los que miembros del Gobierno de Marruecos hablan de España como un árbol podrido y seco al que hay que cortar y eliminar. Mencionan que el tiempo de riqueza y el imperio de poder alauita ha comenzado. Que deben apoderarse de las islas Canarias, Ceuta y Melilla.

Julián comenzó a tamborilear con los dedos en la superficie de la mesa.

—¿Cómo nos puede ser útil la presencia de David Ribas en la India?

—Lo más inmediato… —contestó Varun mientras miraba la pantalla táctil de su tableta—. En el ordenador de Malik Khan hay documentos que mencionan un comando terrorista que estará, si no ha pasado ya, a punto de infiltrarse en la India con el propósito de llevar a cabo un atentado de falsa bandera y crear una tensión entre Pakistán e India. David podría encargarse de este asunto.

—¿Y de la planta de energía saboteada? —preguntó de nuevo Julián.

Varun se quedó callado un instante.

—Habla, hombre —le espetó Laura.

—Estamos estudiando las grabaciones durante el sabotaje a la planta generadora y de control de energía. Poco antes de que inutilizaran las cámaras de seguridad, se pudo ver al autor entrar en el *parking*. Ahí tenemos unas imágenes que estamos estudiando. Su altura estaba camuflada y la ropa que llevaba puesta podía despistar a cualquier investigador que viese las grabaciones. Sin embargo…

—¿Sin embargo…? —le interrumpió Laura.

—Tengo ciertas posibilidades de conseguir el trayecto que hizo antes de entrar en el *parking*. Voy a solicitar la colaboración de un colega informático ruso, ya que en ese momento había un satélite merodeando por las alturas. Podría haber captado su rostro.

Julián resopló.

—Y ese ruso, ¿dónde está?

—Trabaja en Israel para los servicios de inteligencia. Hizo la *aliá* con sus padres por la década de los noventa, cuando comenzó la inmigración en masa de los judíos rusos a Israel gracias al gobierno liberal de Mijaíl Gorbachov, que abrió las fronteras de la URSS.

—Mientras sea de confianza, tienes mi aprobación —dijo Julián—. Entonces, tenemos tres frentes. —Fue señalando a uno y a otro—. Tú, Laura, sigue con las operaciones que estás llevando a cabo con tus operativos, cortando la cabeza de las células terroristas. Tú, Varun, consigue tan pronto como te sea posible la identidad de ese saboteador y habla con Hassena para que David Ribas neutralice a esos terroristas infiltrados en la India.

—¿Tú crees que conviene ponernos de nuevo en contacto con David? —preguntó Varun—. Dándonos el disco duro del ordenador del científico iraní nos ha ayudado bastante.

—Podríamos hacer una lista de las misiones en las que David Ribas nos ha ayudado —dijo Laura—. También podríamos traer aquí a personas cuyas vidas ha salvado. ¿Es necesario? Por Dios, no es una cuestión de confianza hacia él, es apreciar el trabajo y dedicación que ha mostrado con hechos. Por eso hay que descartar cualquier duda que pudiera plantearse hacia él. Claro que se encontrará dispuesto a eliminar a cualquier terrorista que le hagamos saber, y más aún sabiendo que planean desestabilizar la región donde él se encuentra.

Julián entrelazó las manos sobre la mesa.

—Valoro tu lealtad y que sigas considerando a David como un activo imprescindible para esta organización.

El director apreciaba las diferencias de opinión. En el pasado había tenido una relación algo conflictiva con Laura y Varun respecto a unas decisiones drásticas que había tomado sobre David Ribas. Con el paso del tiempo, se había percatado de que, si no podía encauzar las fricciones personales en su organización, mal afrontaría retos y enfrentamientos políticos e internacionales.

—Pienso que David es, sin lugar a dudas, la persona correcta —añadió Laura—. Ha mostrado su estado de forma en Jodhpur. Aunque consiguieron matar a Malik Khan, David consiguió salir con la información tan valiosa que poseemos.

Julián miró a Varun y preguntó señalándole con el índice:

—¿Crees tú que los iraníes no saben que tenemos la información?

—Todo en el ordenador estaba cifrado. Malik Khan la tenía escondida de una manera muy inteligente. Estoy seguro de que los iraníes, al saber que han matado al científico, creen que han evitado que este pasara información clasificada. Así pues, estamos por delante.

—De acuerdo —sentenció Julián—. Adelante. Contacta con Hassena y ponte a disposición de David en todo lo que pueda necesitar interceptando ese comando terrorista. Pero debemos de concentraros en la protección de España, no podemos descuidarnos. Hay algo que no podemos ignorar.

—Que es endurecer nuestra vigilancia en territorio español hasta que la situación del apagón se restablezca —lo interrumpió Laura.

Julián sonrió sin ganas.

—Así es. No hay que plegar velas. Esto es algo que no podemos ignorar. Si iraníes, pakistaníes o hindúes no quieren unirse a Occidente en el crisol de la democracia, pueden liarse a tiros, matarse unos a otros e inmolarse bajo el hongo atómico hasta que lleguen todos al paraíso, se reencarnen en el vecino o lo que les dé la gana. Pero aquí estamos nosotros, al pie del cañón para proteger España.

—El presidente del Gobierno es un perro con un enorme hueso —dijo Laura—. Ha convertido esta situación en rédito político. No deja de azuzar a la oposición por oponerse a sus políticas y así desviar la atención de la causa del apagón. Y, mientras tanto, el ministro del Interior ya está buscando empleo en el sector privado.

—El Consejo de Ministros ha decidido reunirse para decretar un toque de queda hasta que se restablezca el funcionamiento eléctrico —comunicó Julián.

—También se va a proponer movilizar al ejército —anunció Varun —, la única forma de impedir a toda costa el pillaje y la delincuencia que el apagón ha traído a las calles.

—Si movilizan al ejército, no tendremos autonomía para movernos por las calles sin que nos topemos con patrullas —dijo Laura.

Julián enarcó las cejas y resopló.

—Pues habrá que llevar cuidado, Laura. Por cierto, os informo que el presidente va a hacer que rueden cabezas. De este modo, se limpiará las manos ante la opinión pública por su mala gestión. Cuando la electricidad vuelva y se consiga capear el temporal, habrá una reestructuración en el Gobierno.

—Igual hasta cambian al director del Centro Nacional de Inteligencia, por incompetente —dijo Laura.

Varun tosió forzadamente, y dijo:

—De la Unión Europea se recibieron millones de euros para lanzar una nueva serie de satélites espía. Este proyecto se fue por la borda porque el dinero, cuando llegó a España, desapareció o se desvió a otras cuentas.

—Bueno, eso no es nuevo en organismos gubernamentales —dijo Laura—. La CIA también miente acerca de sus finanzas. La contabilidad se maquilla entre otras partidas presupuestarias; así se evita que trascienda a la opinión pública.

Julián cerró las carpetas y dio una palmada sobre la mesa.

—Vayamos concluyendo —dijo—. Varun, encárgate de inmediato de la India. No quisiera saber que en Asia se están tirando bombas nucleares porque no pudimos evitar que unos infiltrados terroristas causaran un atentado de falsa bandera.

—Muy bien, jefe. Entonces me marcho a ponerme manos a la obra.

Una vez que se hubo ido, Julián señaló con el índice a Laura.

—¿Qué sabemos de la situación actual en las calles?

Ella señaló a su vez las pantallas digitales de la pared, que informaban de los altercados en tiempo real.

—Hemos estudiado muy bien el perfil psicológico de los terroristas que operan en España. Si actúan por motivaciones religiosas, quiere decir que sus integrantes consideran un honor sacrificar sus vidas a la primera oportunidad y, por lo tanto, pueden atacar en cualquier parte en el momento menos oportuno. Nos encontramos ante situaciones imprevisibles. Ahora, si actúan por motivaciones políticas, es menos probable que acometan ataques suicidas. Hasta ahora, excepto los pandilleros latinos, los grupos con los que nos hemos enfrentado pertenecen a este último perfil. Son jóvenes, fuertes, muchos de ellos con experiencia militar, y todos han llegado ilegalmente a nuestras costas desde el norte de África. Desde luego, estaban a la espera de que el sabotaje a la planta de energía diese el pistoletazo de salida a esta anarquía que están causando. Nuestra mayor ventaja ante lo que estamos viviendo en las calles españolas es el factor sorpresa. No tienen ni idea de que sabemos quiénes son y dónde están y que, incluso, podemos predecir sus movimientos.

—Me gusta verte enfrentándote a dificultades —dijo Julián.

—Por eso estoy aquí. Me estimulan los retos y ya estoy acostumbrada. —Miró su reloj de pulsera—. Creo que me tengo que ir. Me espera mi equipo operativo para volver a las calles. Entonces, recapitulando, hemos acordado que Varun contactará con Hassena para movilizar en la India a David Ribas.

—Así es —sentenció Julián.

—Buena suerte a David Ribas, entonces —Laura se levantó—, porque la va a necesitar en cantidades industriales.

—Y tú también.

—¿Yo? Yo soy artífice de mi propia suerte. Dependo más de la habilidad que de la suerte.

Tras un instante de silencio, Julián la miró a los ojos.

—Laura, quiero que sigas barriendo de las calles cualquier intento

de atentado terrorista.

Ella asintió.

«Lo vas a hacer», sintió el impulso de decirle Julián.

—Descuida. Ya tengo a mi equipo abajo, a la espera. Tengo mucha experiencia en afrontar situaciones difíciles y extremas. Ni mis operativos ni yo padecemos presión emocional ni desorientación alguna. Estamos muy enfocados. De hecho, actuamos como si las calles de España fueran parte de un videojuego. No nos hemos enfrentado nunca a algo parecido. Salen grupos armados en cada esquina.

—Durante los próximos días, semanas o lo que este apagón dure, tenéis que conservar la sangre fría, estar concentrados en todo momento, no bajar la guardia un instante y no cometer errores. Recuerda, Laura, nunca dejes que la compasión afecte a tu juicio; de lo contrario, puedes poner en peligro a los tuyos.

Ella respiró hondo y asintió antes de irse.

Julián se quedó sentado en la sala de reuniones. Se movía a sus anchas en las antesalas del poder tanto nacionales como internacionales. Pero ¿cómo había llegado a poder decidir sobre la vida o la muerte?

Conocía la respuesta. Adoraba el mundo de la inteligencia y de los servicios secretos. Además, creía en sus decisiones, por muy amargas que estas fueran.

Observó las imágenes en las pantallas. Aprovechó para repetirse, resignado, que la muerte de operativos del Cervantes era consustancial a la labor de los servicios de inteligencia y lucha contra el terrorismo.

En ocasiones, algunos operativos eran asesinados en el interior del país o en el extranjero. La muerte era un riesgo aceptado, sin duda. Pero para los supervivientes resultaba brutal. Por este motivo, en el Cervantes tenían un psicólogo, cuyos objetivos eran evitar que los empleados cayeran en una depresión severa, incapaces de cumplir con los trabajos más sencillos.

Por su larga experiencia en el mundo de los servicios secretos, Julián conocía el despiadado e implacable sentimiento de culpa que podía abrumar a sus profesionales.

Los supervivientes habían compartido momentos de compañerismo con los muertos. Ese recuerdo podría llevar al sentimiento de culpabilidad: no habían hecho lo suficiente para protegerlos, les habían fallado.

Había leído el expediente que el psicólogo del Cervantes había elaborado tras entrevistarse con Laura para averiguar si había algún daño emocional tras la operación en la que su operativo Rodrigo había resultado gravemente herido.

El psicólogo afirmaba que no había detectado ninguna anomalía en

la personalidad de Laura. Sin embargo, dejaba cierto margen para la duda al afirmar que sabía que ella era una experta en no exteriorizar cualquier aspecto negativo durante las sesiones psicotécnicas.

A pesar de que podía esconder algún tipo de trauma que le imposibilitara cumplir sus funciones, Julián mantenía su plena confianza en ella. Era consciente que la adversidad hacía a los líderes fuertes más fuertes aún.

Cuando por fin dejó de compadecerse, se levantó y salió de la habitación para seguir de cerca el trascurso de los acontecimientos.

7

Los tres terroristas pakistaníes habían excavado un túnel oculto por una trampilla que, cuando estaba cerrada, pasaba desapercibida en el suelo de tierra. Su interior había sido recubierto por pesadas capas de goma dura; de este modo, si alguien la pisaba, no sonaba a hueco.

El túnel se prolongaba en dirección norte, cruzaba la frontera entre Pakistán e India y continuaba hasta una pequeña garganta de escarpados bordes y anchas cornisas, que impedían que se viese desde el aire o desde lejos. Había sido especialmente estudiado aquel trayecto.

Habían instalado bombillas a lo largo del techo. También una serie de ventiladores para remover el aire, muy húmedo y pegajoso. El interior era cuadrado, dos metros de alto por tres de lado. Las paredes estaban cubiertas por telas metálicas y el suelo era de tierra.

Hazeem Ahmad, el líder del grupo, se limpió el sudor de los párpados con los dedos. El viento atravesaba como agujas su largo y liso cabello y embestía sus hombros con fuerza. Al adentrarse en la India, había experimentado una nueva sensación, un cosquilleo, como cuando se tomaba los polvos mezclados con agua que su monitor en el campo de entrenamiento les hacía beber para soportar el intenso ejercicio físico.

Como los dos jóvenes corpulentos que lo acompañaban, procedía de Pakistán, de una desesperada situación de las antes fértiles tierras de sus pueblos de origen. Aquel pasado de pobreza y desesperación era lo que los había impulsado, como a muchos otros de su edad, a una activa participación en organizaciones terroristas.

Los tres eran muy parecidos. Hazeem era más alto y mayor, pero todos tenían pómulos salientes, narices largas y caras estrechas y eran delgados aunque fibrosos debido al duro entrenamiento militar. Una ensortijada y negra media melena les rozaba los hombros.

Según ellos, solo los que vivían acorde a la santa palabra y sus mandamientos se unirían a las hermosas y virginales huríes del paraíso. Y aquellos que no hubieran vivido de acuerdo con la palabra de Dios arderían sin piedad alguna en el infierno.

Esta era la asentada fe que inspiraba a los tres terroristas que acababan de infiltrarse en la India.

Al salir del túnel, habían eludido las patrullas indias fronterizas y

entrado en el estado de Rajastán.

Los militares indios encargados de la vigilancia en la frontera con Pakistán eran oficiales mal pagados que se comportaban como si tuvieran la exclusiva de la defensa del país. Mal alimentados y con ganas de ser relevados para irse a sus casas de permiso, descuidaban la seguridad.

Compartieron la comida diaria. Habían sido entrenados para mantener una disciplina férrea a pesar de que sus estómagos rugieran, recordándoles que sufrían una deficiencia de calorías.

Recelosos de encontrarse a una patrulla del ejército indio, evitaban los caminos que llevaban a casas de agricultores y ganaderos, rodeaban pequeñas poblaciones y atravesaban campos de cultivo.

Notaron el aire caliente en sus pulmones. El cálido sudor empapaba sus espaldas. Rajastán era un horno en verano.

—Este calor debió estimular a los profetas —dijo Hazeem a sus compañeros.

Zabir Hussain y Ayamin Mohammed se pararon a su lado y observaron el desierto que tenían enfrente.

Ninguno de los jóvenes superaba los veinte años. Tenían la misma estatura. Ambos habían sido seleccionados en campos de entrenamiento en lo que se denomina como PoK (*Pakistan occupied Kashmir*), la región noroccidental controlada por Pakistán.

Aunque Hazeem sudaba a mares, aparentaba un aplomo insólito. Su rostro estaba castigado por la larga exposición al sol y los años de estrés.

Ante ellos tenían una tierra seca, agrietada. Más allá veían colinas y ruinas de antiguas poblaciones y una desierta carretera asfaltada que reverberaba con el calor de la mañana.

Hazeem hizo pantalla con la mano para contemplar el polvoriento entorno.

En aquellas carreteras encontrarían cada cierto número de kilómetros sucias gasolineras y algunos cobertizos donde vendían té y comida casera, regentados por gente local. El desierto indio siempre había atraído a caravanas de vendedores de animales domésticos. Debían de evitar ser vistos caminando con aquellas mochilas solos por el desierto y los campos de cultivo. Los habitantes podían alertar a las autoridades.

Hazeem se secó el sudor de la frente, que le caía hasta los ojos. Ladeó el cuerpo y dirigió la mirada hacia un punto donde se levantaba polvo en la carretera de tierra.

—Viene un vehículo —anunció—. Estad atentos.

Mientras él permanecía en medio de la carretera, sus dos compañeros se escondieron detrás de unos arbustos.

Hazeem respiró hondo la cálida brisa.

El sonido aumentaba de intensidad.

El conductor frenó al verlo.

Hazeem se aproximó a la ventana del vehículo guardando una prudente distancia.

—¿Quién es usted? —preguntó el conductor en un hindi con marcado acento rajastaní.

Hazeem susurró algo ininteligible. El indio, en actitud inocente, sacó la cabeza por la ventana con la intención de prestar mayor atención al extraño.

Con un rápido y ágil movimiento, Hazeem le agarró el cabello y le disparó a bocajarro en la nuca. Abrió la puerta y tiró al delgado y alto indio al suelo.

—Podemos meterlo dentro del maletero —dijo Zabir, saliendo de la cuneta—. Dentro de unas horas abandonaremos el coche.

—No —dijo Hazeem—. Siempre hay que estar atentos a nuestros enemigos. No sabemos si habrá satélites dando vueltas por ahí arriba. Esos aparatos pueden detectar hasta huellas de pisadas en la arena o medir la profundidad a la que se hunden los neumáticos. Lo dejaremos detrás de esos matorrales.

—Por la noche, los animales salvajes se lo comerán —comentó Ayamin, agarrando de una pierna al cuerpo muerto mientras Zabir cogía la otra.

—Para entonces, nosotros no estaremos —dijo Hazeem. Se montó en el coche y lo sacó fuera de la carretera—. Descansemos un rato —ordenó luego—. Está anocheciendo. Cuando esté oscuro emprendemos nuestro viaje.

Desde muy pequeño, Hazeem acompañaba a su padre a los pueblos vecinos para vender telas. Tenía dieciséis años y ya había aprendido el negocio. Sabía seleccionar las que tejían los artesanos, comprarlas y revenderlas a los clientes de la comarca. El futuro próspero que le esperaba era regentar una tienda textil y llevar pedidos a domicilio.

Un amigo de su padre le propuso que el joven Hazeem estudiase un curso de exportación financiado por la corporación municipal. El futuro estaba en exportar productos del hogar, en participar en ferias internacionales donde los compradores extranjeros y agentes acudían a hacer pedidos a gran escala; contenedores de veinte y cuarenta pies, decía. Pero, para eso, tenía que estudiar, perfeccionar el inglés y tener unos conocimientos que se reforzarían con la experiencia, saber la terminología mercantil, qué era una carta de crédito, los procesos burocráticos para iniciar una empresa de exportación, registrarse con las asociaciones textiles pakistaníes…

El padre de Hazeem entendió que ese era el futuro de su hijo e invirtió una buena cantidad de dinero en aquel curso.

Sin embargo, todo se truncó.

Viajaron a Cachemira para visitar unas empresas de exportación de productos textiles y conocer cómo hacían negocios con clientes extranjeros.

Si aquella región estuviera en paz, si no hubiera disputas entre Pakistán e India, Cachemira sería un lugar idóneo para el turismo como lo fue hacía años, cuando era comparada con Suiza por sus bellos paisajes. Y ese dinero gastado en seguridad, armamento y demás, los políticos lo podrían utilizar en educación y en ayudar a la población a obtener oportunidades profesionales, creando empleos y financiando la economía.

Caminando por una calle de Srinagar, un grupo de militares indios les dieron el alto, ya que su rudimentaria vestimenta no era del lugar y les causaba suspicacia.

Al mostrar su identificación, el padre de Hazeem dejó a la vista el dinero en metálico, obtenido gracias a un crédito bancario para sufragar los estudios de su hijo, y se lo arrebataron antes de ordenarles que siguieran su camino.

Trató de resistirse, pero su padre se lo impidió.

A los pocos metros, en aquella empedrada y fría calle de Srinagar, el padre de Hazeem tuvo un ataque al corazón y murió.

Él no tuvo otra opción que dejar los estudios y ponerse a trabajar para mantener a su madre y a su hermana. Encontró empleo en el taller de un amigo de su padre. Allí tuvo tiempo de pensar sobre lo sucedido. Escuchó a los clientes maldecir a los indios y comentar la situación política entre Pakistán e India. Así fue alimentando su odio.

Un día, se presentó en el taller un desconocido.

Su forma de hablar el urdu, su aspecto y su vestimenta denotaban que no era de la zona. Desprendía un aura, como si fuera una estrella de cine. Pidió al gerente que Hazeem lo acompañara al lugar donde decía haber dejado su vehículo averiado.

Hazeem ya no volvió. Aquel hombre conocía su pasado y fue hasta allí con la intención de reclutarlo.

Fueron a las montañas, donde le presentó a muchos jóvenes que habían participado en enfrentamientos con los indios.

Ya desde el primer día supo que aquel era su lugar. Alá le había guiado. Todos aquellos muchachos tenían una historia particular que contar de robos, asesinatos e incluso torturas.

Desde entonces, Hazeem entrenó con aquel grupo terrorista. Participó en emboscadas a patrullas indias, boicoteó centros de comunicaciones, se infiltró en numerosas ocasiones en la zona controlada por la India en Cachemira y ejecutó atentados.

Ahora le habían encomendado una misión mucho más peligrosa e importante y sabía que no habría retorno.

Hazeem sonrió para sus adentros.

Ya había oscurecido. Era momento de iniciar el viaje por carretera.

—Vámonos —ordenó a los dos hombres bajo su mando—. Tenemos muchos kilómetros por delante que recorrer. Yo conduciré hasta nuestro destino. Ahora, todo depende de Alá.

8

Hassena había enviado copias del ordenador y de la tableta del científico Malik Khan al Cervantes, pero no había tenido tiempo de analizar la información. Era conocedora de que contenía datos muy importantes, y por eso quiso compartir el material con los españoles, ya que ellos serían capaces de darle mejor uso. No pensaba que los españoles volverían a contactarla por el mismo asunto.

Varun Grover, como le había instruido Julián Fernández, le confirmó que la información era de suma gravedad y le hizo saber que contaban con David Ribas para evitar que el comando terrorista infiltrado cometiese el atentado de falsa bandera mencionado en los archivos secretos de Malik Khan para desestabilizar la región.

Cuando David entró en su despacho, Hassena estaba reunida con un grupo de exportadores textiles.

—Los hombres de negocios necesitáis armonía comunal —dijo Hassena con tono tajante. Ellos movieron la cabeza, asintiendo—. ¿Por qué no entendéis que el beneficio de vuestras transacciones comerciales depende del intercambio entre comunidades?

Todos guardaron silencio. El empresario que dirigía la asociación de comerciantes se atrevió a tomar la palabra.

—¿A qué se refiere?

—A cuidar a vuestros empleados porque son la fuente de vuestros ingresos. No dejo de recibir noticias sobre situaciones precarias y falta de oportunidades en el sector textil. Del transporte, ¿quién se encarga? Los sijs. ¿De coser y bordar? Los musulmanes. ¿Los vendedores? Hindúes en su mayoría. Quiero que mejoréis por igual las condiciones salariales. Con un número de días de vacaciones lógico y aceptable y bonos como recompensa durante las festividades.

—Garantizaremos un salario adecuado… —comentó el empresario.

—Y ayudaremos a mejorar el nivel de vida de nuestros trabajadores con oportunidades de ascender y de ganar más —dijo otro, interrumpiendo a su colega.

Hassena los señaló con el índice.

—Hacerlo y haré que el nuevo ministro de textiles os conceda mejores subsidios y ayudas a la exportación.

Para los indios, el ansia de dinero no representaba ninguna vergüenza. En la fiesta del Diwali, la Navidad para los hindúes, se

daba por supuesta esta actitud. En la celebración, con la que se busca la bendición de Lakshmi, la diosa de la riqueza y la prosperidad, suele ser habitual decorar la deidad con billetes.

La pobreza y el bienestar económico habían crecido parejos en la India. David Ribas, en silencio en un lateral, de pie, apoyado en la pared y con los brazos cruzados, se preguntaba cómo a los empresarios españoles todavía les resultaba casi imposible hacer negocios en la India.

Pensaba que quizá se debía a la suposición implícita de la visión que suelen tener en Occidente: un país lleno de enfermedades, pobreza, adoración a Mahatma Gandhi, encantadores de cobras, elefantes. En definitiva, un país exótico y eterno.

Pero, como se daba cuenta ahora, siendo espectador de aquella reunión, la India era un país incapaz de ayudarse a sí mismo. Hacía falta una mujer como Hassena, jefa del crimen organizado de Bombay, para defender a los desfavorecidos. «¡Qué dicotomía social! El criminal poniéndose en el papel de benefactor, defendiendo al necesitado». Quizás, su capacidad y el poder de cambiar el destino de la gente fueran razones añadidas al motivo por el que el español permanecía a las órdenes de aquella enigmática mujer:

En la India todo estaba corrupto. Los tentáculos del soborno serpenteaban por todas las instituciones y empresas, hasta en la burocracia, de manera aplastante. Políticos, militares y funcionarios públicos se quedaban con dinero destinado a acuerdos de defensa, por ejemplo. Pero los más desprotegidos sufrían la corrupción a niveles desproporcionados: para vivir de manera ilegal en una choza de un suburbio, tenían que pagar a la policía para que les dieran permiso. Para mendigar en una esquina, tenían que pagar cierta cantidad al matón de turno que les amedrentaban. El entramado de la corrupción siempre había estado ligado al desequilibrio social y a la pobreza.

Como el exoperativo español David Ribas había conocido a lo largo de los años, la India podía ser una fuente de entretenimiento para los occidentales. Si una cadena de televisión española o una productora quería tener un programa sobre la trata de niños o la situación de las mujeres, mandaban a un equipo a rodar en algún rincón con una ONG española asentada en el país.

También había visto cómo las celebridades, con un somero conocimiento del subcontinente, visitaban el país para salvar algo, lo que fuera: un elefante, al tigre, el agua potable, una zona devastada por el monzón, un suburbio lleno de miseria o, incluso, a sí mismos.

Paralelamente, hacían postureo en Instagram compartiendo fotos en un *áshram* presumiendo de la práctica de la meditación y el yoga. «El poder de la relajación», «La quietud», «Rejuveneciendo la mente y el cuerpo».

En una ocasión, comiendo en un puesto callejero tuvo la oportunidad de ver unos minutos de *Slumdog Millionaire*. Hacía muchos años, fue premiada en los Óscar, pero nunca había tenido ni interés ni tiempo para verla. Le pareció entretenida, pero se dio cuenta de una cosa curiosa: entendió por qué la película tuvo poca acogida en la India a pesar de su éxito internacional. Los protagonistas no tenían el acento de los niños de los barrios pobres. De hecho, excepto dos de ellos, los demás actores tenían un acento típico de los jóvenes de clase alta.

A pesar de que la situación real en ciertos lugares de Bombay era aún más degradada que la representada en pantalla, por el trozo que pudo ver, le resultó una acertada combinación entre entretenimiento y apunte social crítico.

Los occidentales buscaban y rascaban algo para ganarse la vida narrando historias trágicas. En muchos casos, sacadas de contexto y presentándolas ante un público sumiso como «esto es la India». Hipnóticas historias de marajás, ilustraciones eróticas del Kamasutra, el curry, el demencial tráfico, la desgarradora pobreza, los niños harapientos en los semáforos, el cáncer de la corrupción, la burocracia parasitaria, los bailes de Bollywood, los problemas estomacales, las melodías de las canciones, el sofocante calor, los desvergonzados y estrafalarios multimillonarios, los colores chillones, los relatos sobre el sufrimiento humano extremo, los fuertes olores, los crímenes y asesinatos… En definitiva, un país intimidante.

David era consciente de que todo aquello y más era la India: un lugar excesivo donde el visitante podía tener intensas experiencias en todos los sentidos.

Un empresario sij, con su característico turbante, dio un paso adelante y tomó la palabra. Explicó que los empleados hindúes tenían una cultura abierta; comían carne y bebían alcohol, y todo esto lo consideraba él intolerable.

Hassena sonrió.

—Ya, y tu propones que coman bayas, frutas y verduras. —Todos los hombres se rieron entre dientes.

—Quiero decir que las normas sociales se están relajando. Y esa modernización que imitan de países extranjeros implica valores cristianos, que ni son de los hindúes ni de los sijs ni de los musulmanes.

—Por quejarnos —añadió Hassena—, vamos a hacerlo criticando a los musulmanes que viven con un código civil aparte, el cual les permite tener cuatro esposas. O vamos a hacerlo contra la música *bhangra* que está de moda entre los jóvenes y la bailan en las calles, ¿no te parece?

El empresario asintió avergonzado.

Hassena cambió de tono a uno más relajado, paternalista.

—Debéis empaparos de ideas económicas modernas, actuales, progresistas, como hizo en su día Nehru. Él no creía en absoluto en la idea de Gandhi: una rueca en cada casa y una industria aldeana. Tenéis que emplear a gente dispuesta a compartir y empapar vuestros negocios con optimismo y respeto a los nuevos avances tecnológicos, rápidos, científicos. Imponeos a los tópicos y agravios religiosos. —Todos asintieron como niños pequeños en la escuela ante la regañina de la profesora llamándoles la atención por algo que habían hecho mal —. Y no os olvidéis de que debéis cuidar a vuestros trabajadores, fomentar la estabilidad con buenos salarios, premiarles con ascensos y ayudas y prevenirles de que no caigan en deudas con los bancos. —Alzó la voz mirando fijamente a cada uno de los empresarios para que calaran aún más hondo sus palabras—. Vuestros empleados deben tener igualdad de oportunidades, independientemente de la religión que profesen, su origen, su estatus social o su casta. Quiero que rompáis esas barreras que imponen los de puestos más altos para que sigan estando ahí abajo. Hay que evitar ese sistema de castas en el que el nacimiento determina el futuro de las personas. Tenéis que promover la armonía comunal por encima de todo, os repito. Rodeaos de empleados prácticos, influenciados por las nuevas tecnologías.

—Me han llamado desde España —dijo Hassena a David cuando se marcharon los empresarios.

—¿Qué quieren ahora? —preguntó él, tomando asiento.

—Te habrás enterado del apagón.

—Sí, lo vi en televisión en Jodhpur mientras esperaba tu llamada con el iraní en una cafetería.

—«La hora del islam ha llegado». Es el eslogan que han publicado en ciertas redes sociales grupos proislam en el extranjero, haciéndose eco del apagón en Europa.

—¿Crees que se prolongará? Es muy extraño que aún no lo hayan solucionado.

—Varun me ha dicho que fue un sabotaje. Pero el Gobierno español evita pronunciarse sobre ello y comenta que ha sido un fallo técnico.

—¿Y quién te ha dicho Varun que ha sido?

—Del autor del sabotaje, que lo están investigando. De los autores intelectuales, que son gente en el extranjero. Quieren infundir miedo y tener relevancia internacional. Dicen que todos los musulmanes deben unirse, chiitas y sunitas. En una ciudad de Bélgica ha ocurrido algo similar. Las autoridades evitan mencionar que han atentado contra instalaciones eléctricas y hablan del alto consumo de la población, el cambio climático, las energías renovables… La realidad es que los radicales que buscan la creación de un pueblo islámico quieren

utilizar el nuevo orden mundial que predican los mandatarios sobre la agenda globalista y el reinicio para imponer sus reivindicaciones. De hecho, han enviado hordas de grupos magrebíes de distintos lugares a tomar las calles de Madrid. —Tras un breve silencio, añadió mirando al español a los ojos—: Tu amiga Laura debe de estar al límite. Conociéndola, tiene que estar desenvolviéndose muy bien entre tanta acción.

—Ven a Occidente débil y quieren subirse a la ola —dijo David, ignorando el último comentario de Hassena.

—Quieren que Occidente vea, oiga y entienda el islam radical —dijo Hassena con el semblante airado y en un tono muy duro—. Imponer la *sharía* en toda Europa. Sabotean plantas de energía y saben que los gobiernos no dirán nada para no crear desestabilización social; islamofobia, lo llaman ahora.

—Creo que lo tendrán difícil.

—¿El qué?

—Imponer la *sharía* en toda Europa. Es muy improbable que unan a Irán con los Estados del golfo y Arabia Saudita. No todos los musulmanes son iguales.

—¿Es esta tu opinión?

—Quiero decir que son grupúsculos de musulmanes radicales que pretenden crear una especie de nación musulmana. Un califato irreal. Es todo tan irrisorio que hasta los mandatarios del Golfo se opondrían. Poner en el mismo grupo a mulas y clérigos de distinto grupo étnico y nación y a emires sunitas y chiitas ignorando las divisiones y luchas internas entre ellos es una misión incoherente e irracional.

—Pues, por lo pronto, no dejan de insistir a los jóvenes y no tan jóvenes que el deber de un musulmán es hacer la *yihad* contra los infieles. Según estos locos predicadores, Alá los ha condenado a convertirse en cerdos, en monos, en siervos de las fuerzas del mal. Ellos son de la opinión de que el islam será predominante en toda Europa y las enseñanzas del Corán prevalecerán. A mí, como musulmana, me entristecería mucho ver cómo acaba Occidente bajo el yugo del islam.

—Los israelíes ya mantienen en vigilancia a los iraníes. Pero la situación aquí, en la India, ya es bien distinta. El mundo se quedaría de brazos cruzados viendo una escalada de tensión entre Pakistán e India porque no hay intereses importantes de por medio, como pasó en su día entre Ucrania y Rusia. India tendría la responsabilidad moral de ir a la guerra con su vecino.

—Cuando Varun me informó que está investigando la identidad del saboteador de la planta de energía de Madrid, añadió que hay intereses poderosos que han financiado a ese terrorista, y que son la misma gente que pretende causar una guerra entre Pakistán e India. Si

esto sucediera, incendiaría la región y tendría un grave impacto en la economía global. Y yo no voy a permitir que un grupo de terroristas infiltrados anden sueltos por la India y que sus acciones decidan el destino de millones de habitantes de este planeta.

—Y el Cervantes quiere que me encargue yo.

—Yo quiero que te encargues.

—De acuerdo. ¿Te ha dado alguna sugerencia de por dónde debo empezar?

—Por lo visto, en el ordenador de Malik Khan había nombres y apellidos. Varun los ha estado monitorizando, controlando sus movimientos y actividades. Me ha dicho que un comando infiltrado debe de estar ya en Rajastán y puede que llegue mañana mismo a Jaipur.

—Pues tendré que marcharme ya.

—Te he reservado un asiento en el tren de esta tarde. Llegas mañana temprano. —Hassena puso sobre la mesa una bolsa de plástico—. Aquí tienes una Glock y tres cargadores. Le di a Varun un número de teléfono. Se pondrá en contacto contigo. Actívalo para que sepa que estas en movimiento. —Abrió un cajón y sacó un teléfono móvil con la apariencia de un diseño habitual en el mercado; sin embargo, había sido manipulado para que las llamadas no fueran detectadas por servicios de inteligencia y su uso pasara desapercibido en el ciberespacio.

Tras revisar la pistola, David se levantó y cogió el móvil, lo encendió y se lo guardó en el bolsillo.

—Me pongo en marcha. Me ducho, me cambio de ropa y me voy para la estación.

—Un momento. Tienes tiempo de tomarte un té conmigo. —Chasqueó los dedos. Un sirviente, un hombre mayor pero fiel y buen trabajador, salió de la habitación de al lado, donde esperaba cualquier orden. Para sus siervos, Hassena tenía una presencia tan hipnotizante como autoritaria. El sirviente se acercó y ella dijo sin mirarlo—: Té.

—Muy bien —dijo el hombre, con el rostro agachado.

Cuando se hubo marchado, miró fijamente a David.

—No me voy a andar con rodeos, así que voy a decirlo. Me han diagnosticado cáncer.

La noticia lo dejó perplejo. La habitación quedó en un profundo silencio.

—¿Y no me has dicho nada hasta ahora? —preguntó, enojado.

—No quería que estuvieras preocupado por mí. Así que estuve esperando los resultados de los análisis finales.

Apesadumbrado, la escuchó describir los síntomas que había estado experimentando las semanas anteriores, el agresivo plan de tratamiento que le habían indicado los médicos y las diversas pruebas

a las que se estaba sometiendo.

—No tengo ningún temor a morir.

David alzó las manos.

—Por favor, Hassena, no digas eso. Tú no vas a morir. Saldrás de esta. Todo saldrá bien. De alguna manera, todo estará bien. No pierdas las ganas de luchar.

El sirviente volvió a entrar, les sirvió a ambos el espeso té *masala* y se marchó.

—Sí, todo irá bien —dijo ella, suspirando—. Pero, aun así, he hecho mis preparativos. No quiero acabar sedada y no ser consciente de qué hace la gente a mi alrededor con toda la organización que he creado y mantenido desde hace años. No voy a permitir que herede mi red de negocios una persona sin experiencia. ¡Como sucedió con Rajiv Gandhi tras la muerte de su madre! Siempre he pensado que debió de ocupar el cargo de primer ministro de la mayor democracia del mundo el entonces ministro de Economía, Pranab Mukherjee. Por lo menos, que hubiera asumido el puesto de forma provisional, porque la India jamás debería haber sido liderada por un principiante.

Tras el asesinato de Indira Gandhi, los acontecimientos mostraron lo sucio que estaba la política de la India. Rajiv Gandhi, nieto de Nehru y popular piloto de Indian Airlines, sin ninguna experiencia, se hizo con el poder alentado por un séquito de sátrapas que querían seguir manteniendo sus privilegios. De esta forma, se perpetuó el nepotismo. Alabar a los líderes dinásticos ya se encontraba en declive. Y, en la India contemporánea, asumir el nepotismo ya no calaba en las nuevas generaciones.

Por esta razón, Rahul Gandhi, hijo de Rajiv, no conseguía seguir los pasos de su padre a pesar de que los aduladores del Partido del Congreso, de ideología socialista de centroizquierda, querían catapultarlo, como en su día hicieron con su padre, y utilizar el apellido familiar para seguir manteniendo sus privilegios en el poder político.

Las nuevas generaciones ya veían el juego político de distinto modo. Ya no se dejaban manipular con tanta facilidad gracias a los medios de comunicación, al acceso de las redes sociales y a sus experiencias en viajes al extranjero. Iban adquiriendo nuevos conocimientos en el campo de los negocios, donde se valoraban más los méritos.

—Hassena, de verdad… yo…

Ella levantó la mano.

—No quiero oírte hablar sobre lo que te he comentado. Solo quería informarte. Así pues, cambiemos de tema. —Levantó la taza y dio un par de sonoros sorbos al dulce líquido marrón y añadió—: Estos locos radicales islámicos se creen que pueden establecer un nuevo orden

mundial a su antojo. Se aprovechan de la economía débil en Occidente, de la crisis de identidad nacional que hay en países como España, donde ya hasta aborrecen su propia bandera. Pretenden establecer en toda Europa sus interpretaciones de las enseñanzas islámicas de virtud y justicia. Quieren que haya una sola religión y un solo gobierno, el suyo. Mira los países musulmanes que hay en el mundo, ¿hay libertad, tolerancia o respeto a los derechos humanos?

—Yo creo que de entre los mulás, los ayatolás, los sunitas o los chiítas, con sus mentes llenas de corrupción y violencia, los peores son los líderes de Irán, que niegan el Holocausto mientras planean otro.

—Y ¿cómo una religión puede avalar este comportamiento? Yo soy musulmana y lo aborrezco, lucho contra ellos. Esa gente no me representa. Esa gente debe de ser sentenciada a una muerte eterna, a la maldición eterna.

—Es un hecho constatado que el islam depende de la *yihad* para expandir su religión. Lo hizo en el pasado con la espada y lo está haciendo en la actualidad.

—La presencia de Malik Khan, huido de Irán, hubiera contradicho la percepción que el público en general tiene de los científicos iraníes. No era una persona terrible como los colegas que le rodeaban. Se consideraba fiel a Alá y era religioso en su justa medida. Pero creía en la humanidad. Iba a la mezquita a rezar cuando podía y era piadoso y fiel.

—En realidad, era algo mejor que esos otros compañeros de laboratorio que se quedaron. Y, mientras tanto, en Occidente nadie es capaz de levantarse con valor y convicción y decir «Hasta aquí hemos llegado».

—Varun me ha hecho un breve resumen de la situación de tu país. Están desbordados con la inmigración ilegal procedente del norte de África. La verdad es que escucharle me abruma. Detrás hay gente con mucho poder que quieren manejar a las poblaciones y que sigan sus mandatos. Esas personas entre bastidores que mueven los hilos quieren implantar una tecnocracia feudal. Una vuelta a las cavernas, pero con las comodidades de la digitalización, manipulando términos como la sostenibilidad, la resiliencia y la inclusividad. Esas figuras oscuras, representados por las multinacionales y los gobiernos, que chupan de la teta pública, saqueando el dinero de los contribuyentes, consideran a la gente como animales a los que hay que castrar y sacar a pasear un rato para que sigan produciendo.

David era consciente de que cuando Hassena se ponía a hablar, no tenía fin. Apuró su té y se levantó.

—Así es. Bueno, dejémonos la conversación para otro día, que tengo que coger un tren.

—Estamos viviendo tiempos extraordinarios —dijo ella, con un

suspiro pesado, poniéndose también de pie—. Pero por lo menos hay gente como tú y tus compatriotas del Cervantes —añadió con voz esperanzada y optimista.

—Yo no soy más que una pieza del engranaje de tu organización, Hassena.

—Una pieza bien preciada —sonrió Hassena—. Cuídate, español.

—Hazlo tú también. Eres demasiado dura para morir. Lo superarás.

Ella le dio una leve palmada en la mejilla, volvió a sonreír y asintió.

PARTE DOS

A PRUEBA DE FUEGO

9

Se quitó los zapatos y subió a la litera.

El vagón estaba lleno y la gente iba y venía buscando su compartimento. Vendedores de *snacks* y bebidas ofrecían sus productos mientras se movían con agilidad por el concurrido pasillo para pasar al siguiente coche.

David se acomodó en su litera. Pronto, el tren se puso en marcha. Encendió el pequeño pero potente ventilador de techo y trató de poner orden en sus emociones.

Un hombre con dos cajas y un cubo cargados con cuerdas sobre sus hombros le ofreció una *samosa*. Le dijo que no. Le ofreció té caliente. También le dijo que no, pero le pidió agua fría. El hombre asintió, salió al pasillo, lanzó un extraño silbido que se pudo escuchar entre el tumulto de pasajeros y, al cabo de un instante, otro vendedor con una nevera le tendió una chorreante botella de litro de agua fría.

Una vez pagada, le echó un largo trago y se tumbó boca arriba.

La verdad es que le costaba asimilar que Hassena pudiera sucumbir al cáncer. Cada vez que pensaba en ella, se daba cuenta de cuánto le debía.

En realidad, la había apreciado en los últimos años, que habían pasado en un abrir y cerrar de ojos. Fue ella quien le dio una nueva vida rescatándolo del asedio en el hotel Taj Mahal Palace, donde los terroristas asesinaron, entre otras muchas personas, a su esposa embarazada.

Se estaba quedando amodorrado. Puso la alarma en el móvil. El cansancio, junto con el traqueteo del tren y el aire del ventilador, le hizo quedarse dormido poco a poco. Estos viajes en tren lo ayudaban a recomponerse de la falta de descanso.

En el sueño se encontró con su esposa durante el ataque.

David corrió a abrazarla.

—Cristina, ¿estás bien? —preguntó sin aliento—. Pensé que habías muerto.

Ella lo apretó con fuerza entre sus brazos.

—David, estoy muerta —susurró.

—No, no puede ser. Estas aquí conmigo.

—Cariño, lo siento. Escúchame, no hay tiempo.

Él agachó la cabeza y vio sangre saliendo a borbotones del pecho

de su mujer.

—Estas sangrando.

—Es algo que ya no puedes cambiar. Presta atención. Tienes que despertarte.

—No.

—Tienes que mantenerte vivo, ¿lo recuerdas? Hiciste un pacto: debes seguir viviendo para mantener el recuerdo de tu esposa y castigar a los culpables. Despierta. Despierta…

Abrió los ojos de manera súbita, como si hubiera descendido a la profundidad del mar y ahora sacara la cabeza para tomar oxígeno.

El teléfono móvil sonaba dentro de su bolsillo. Lo sacó y vio que tenía cinco llamadas perdidas. «*Unknown*» aparecía en la pantalla. Al siguiente tono contestó.

—Sí.

—David, menos mal que te has despertado —dijo Varun.

—¿Cómo sabes…? —Se dio cuenta de lo hábil que podía ser el informático del Cervantes; monitorizaba el teléfono y podía saber no solo la exacta ubicación del aparato, sino el movimiento y pulsaciones de su portador. Evidentemente, sabía que se había quedado dormido —. Vale, dime.

—Bájate en Ajmer. No van a Jaipur.

David observó por la ventana: las luces lejanas anunciaban que se aproximaban a una población grande.

—Entonces… El objetivo será Ajmer Sharif Dargah —reflexionó en voz alta.

La población de Ajmer, en el estado de Rajastán, es conocida por estar cerca de la ciudad sagrada hindú de Pushkar. Sin embargo, es importante para los musulmanes, ya que es donde se encuentra el Sharif Dargah, la tumba del maestro sufí Khwaja Moinuddin Chisti, herencia del sufismo musulmán, práctica heterodoxa del islam con muchos seguidores en la India. Los creyentes indios y extranjeros acuden a este santuario a pedir favores y ofrecer regalos como flores, telas e incienso. Es muy glamuroso, ya que las estrellas musulmanas de Bollywood suelen acudir antes de un estreno de una superproducción para rogar que sea un éxito en taquilla. Esto hace que el lugar se llene de fotógrafos intentando conseguir una instantánea de los populares actores.

—Estoy seguro de que esa es la intención —repuso Varun—. Con un atentando de falsa bandera allí, generaran un odio sin precedentes en los indios hacia Pakistán. La población, tan patriota, no dejará de pedir al gobierno una retaliación. El gobierno pakistaní no sabrá qué demonios ha sucedido, pero, ante las amenazas de los indios, también se pondrá chulo.

—Sí, desde luego. En un centro comercial o un mercado

cometerían una masacre, pero, sin duda, en el santuario sufí conseguirían el efecto que se proponen: dividir a musulmanes e hindúes y crear esa escala de tensión que buscan. Ambos países sacarán sus armamentos nucleares.

El tren entraba en la estación.

—Mantente en contacto, David. Cuídate.

Cogió su mochila, que había colocado a modo de almohada, y saltó de la litera.

Todavía no había amanecido y en el andén había una auténtica marabunta. Muchos pasajeros se bajaron y otros tantos se subieron.

Cruzó el andén y fue al baño público a la entrada de la estación. Se metió en un cubículo, sacó la pistola, la cargó y se la colocó en la cintura, cubriéndola con la camiseta. Se guardó los cargadores en los bolsillos. Al salir, tiró la mochila vacía a una papelera.

10

Ya había amanecido.

Hazeem Ahmad conducía despacio. No quería que se produjera una avería, ya que otros vehículos podrían parar para auxiliarles y entonces se darían cuenta de que no eran de la zona. Ante la posibilidad de que fueran pakistaníes, alertarían a las autoridades.

El acento en la India identifica la procedencia de la persona. De esta manera, un autóctono, por el uso de las palabras y la pronunciación, sabría de inmediato el origen, la casta y la educación de su interlocutor. Por este motivo, debían evitar mantener comunicación con ciudadanos indios.

La carretera estaba sin asfaltar en muchos trechos, ya que cogieron una bifurcación para evitar la vía principal que conectaba las grandes ciudades. Abrir la boca, incluso hablando en hindi, los delataría.

Cruzaron muchas aldeas asentadas al borde de la carretera como grupos de hongos silvestres y adelantaron a tractores y carros tirados por camellos.

Hazeem miró hacia el sol, que comenzaba a levantarse: pronto les dirigiría abrasadores rayos.

—Alá nos está guiando —dijo con la mirada fija en la carretera; grandes retazos de hierba invadían el asfalto descolorido—. Nuestra operación será celebrada por nuestros líderes. Este será el principio del fin del orden mundial.

—*Inshallah* —espetaron al unísono Ayamin y Zabir.

—Continuemos.

Cruzaron un pequeño pueblo con una espectral población. Solo vieron unos camellos, cabras, perros esqueléticos y un grupo de ancianos sentados bajo la sombra de un árbol. Al salir, se toparon con una fila de mujeres con cubos y cuencos llenos de agua sobre sus cabezas; habían salido horas antes al pozo o embalse más cercano y ahora regresaban a sus casas.

Siguieron un tiempo por el camino de tierra hasta que se incorporaron a una carretera de asfalto.

Con una mano al volante, Hazeem bajó la ventanilla para que el aire le golpeara en el rostro. Bostezó, se quitó las gafas de sol y las dejó en el salpicadero. Luego, se masajeó la nuca y con vigor se frotó el enmarañado cabello.

—¿Quieres que conduzca?

Los ojos de Hazeem se posaron en el redondo y moreno rostro de Ayamin Mohammed para devolver su atención enseguida a la carretera.

—No. Ya debemos estar muy cerca.

La fuerza y convicción de Hazeem infundía ánimos a sus dos compañeros.

Vieron los primeros edificios, brumosas siluetas grisáceas de una sola planta que reverberaban con el calor abrasador de la mañana.

—Somos los instrumentos elegidos por Dios para atacar a los infieles indios —comentó Hazeem—. ¿Qué nos dice el Corán?

—Nos enseña la justicia —contestó Zabir.

—Muy bien.

—Nos enseña la justicia y no la compensación —añadió Ayamin—. Pero también la lealtad y la devoción.

—Muy bien los dos. Y ¿estáis listos y dispuestos a seguir adelante?

—Sí —contestaron a la vez.

—Entonces, paremos a rezar.

Hazeem vio un pequeño desvío, redujo la velocidad y entró en el camino. Detuvo el vehículo entre los arbustos silvestres.

Salieron del coche. Miraron hacia el sur, hacia la ciudad de La Meca. Se inclinaron reverentemente hacia el polvoriento suelo y ofrecieron sus plegarias.

Permanecieron unos minutos repitiendo en silencio versículos del Corán. Luego, Hazeem elevó una serie de oraciones secundado por sus compañeros. Cuando hubieron terminado, se levantaron, regresaron al coche y partieron de nuevo.

No iban a limitarse a cometer un atentado testimonial, uno de muchos. No. Iban a causar una guerra entre ambos países.

Por orden de sus líderes en Pakistán, manejados por los intereses geoestratégicos de otra gente que movía los hilos tras bambalinas, habían irrumpido en territorio indio para asestar un audaz golpe que mantendría en vilo a todas las naciones.

Que murieran era inevitable y un hecho asumido, pero que hubiera un arrepentido entre los componentes del grupo terrorista era un punto peligroso que había que evitar. Hazeem, como líder, era consciente de ello.

Tenía más experiencia que Ayamin y Zabir. Además, desde joven había tenido un entrenamiento intensivo.

Si un compañero moría durante un enfrentamiento con fuerzas de seguridad del Estado u otro grupo armado, solo había dos posibilidades de insuflar ánimo a los demás, ya que estos se encontrarían diezmados moralmente tras haber visto a un compañero moribundo, incluso desfigurado por una bala o explosión.

Uno, había que enviarlos de inmediato a una operación de venganza, apoyándose en la determinación de los hombres aún con el recuerdo de sus compañeros caídos y la sangre caliente.

Dos, que el líder arriesgara su propia vida organizando una matanza en un lugar público o asesinando a militares extranjeros, lo que proporcionaba un empujón a la moral de los miembros de su célula terrorista.

Esto último es lo que Hazeem prefería, ya que fortalecía el vínculo de camarería. Así, obedecerían sus próximas órdenes sin dudar y sin importar lo peligrosas que fueran.

En Madrid, Varun se volvió hacia su consola y comenzó a teclear como un experto pianista. Al cabo de unos momentos, apareció en pantalla la imagen de David Ribas saliendo de la estación de tren de Ajmer.

—Dime, Varun —saludó David, tras contestar a su llamada, abriéndose paso con rapidez entre el gentío. Su voz llegaba a través de los altavoces adosados al monitor; ruidos de vehículos y algarabía se escuchaban de fondo.

—Han entrado en Ajmer. Date prisa. Suerte.

David hizo caso omiso a un grupo de conductores de taxis que avasallaban a los recién llegados para contratar sus servicios, corrió por el *parking* y cruzó la carretera, esquivando el tráfico con absoluta destreza, como si lo hubiera hecho toda su vida.

Vio un conductor de pie junto a su *autorickshaw*, se subió al vehículo y le dio instrucciones, apremiándole para que llegara con urgencia al Sharif Dargah.

Aparcaron en Ander Kote Road, a pocos metros de distancia del objetivo.

Zafir sacó de una mochila cinco cartuchos de dinamita y se los dio a Hazeem, que los unió firmemente con cinta aislante a un temporizador.

Luego, pasó el índice por los cables y los fusibles con sumo cuidado para comprobar las conexiones.

Todo estaba en perfectas condiciones.

Cogió granadas de mano y se las guardó en los bolsillos.

Miró a sus compañeros.

Zafir y Ayamin le observaban en silencio.

—Pronto nos veremos en el paraíso.

—*Inshallah* —respondieron los dos a la vez.

Hazeem puso el temporizador en diez minutos. Guardó el explosivo dentro de la mochila y salieron del vehículo.

Los tres terroristas llevaban sus fusiles de asalto en bandolera cubiertos por finos chalecos de algodón largos hasta la pantorrilla.

Estaban exultantes, convencidos del éxito de su próxima acción.

Ninguno estaba dispuesto a echarse atrás. Se habían infiltrado en la India con un objetivo. En pocos instantes estallaría la bomba.

Varios devotos musulmanes se cruzaron con ellos en sentido contrario. Por un instante, los observaron: las vestimentas, con unos chalecos que no pegaban con las túnicas, y la musculatura que se marcaba en los anchos hombros de los tres eran llamativas. Pero, por respeto, desviaron la mirada y prosiguieron su camino. Siempre había devotos musulmanes ciertamente raros, con costumbres distintas, llegados de otros países.

Conforme llegaba a su destino, David observaba a toda persona que andaba por las calles. Tres veces ordenó al conductor del *autorickshaw* que aminorara la velocidad para observar con más detenimiento a posibles sospechosos.

Entonces, los vio. Sin duda, eran ellos. Sacó la pistola. El conductor lo vio por el espejo, y se volvió, asustado.

—Yo no quiero problemas. No quiero tu dinero. Bájate aquí —dijo atemorizado pero contundente; frenó en seco junto a la calzada.

David saltó. Con el paso acelerado y el brazo extendido con el arma pegada a su cuerpo se dirigió hacia ellos sorteando el tráfico. El conductor del *autorickshaw* aceleró, giró en sentido contrario y se perdió entre los vehículos.

Caminó con la cabeza alzada. No los perdía de vista. Iban por la acera contraria. Los tres con espaldas anchas, uno junto al otro. Llevaban una ropa que no era del lugar, mochilas al hombro y ocultaban un brazo entre sus vestiduras; sin ninguna duda, un arma.

Siguió atento al movimiento de los terroristas mientras cruzaba la calzada y enfilaba hacia ellos dispuesto a inmovilizarlos.

A Hazeem, que estaba con todos sus sentidos en alerta, le llamó la atención un hombre caminando hacia ellos: percibió peligro en aquel extraño. Bajó la mirada y se percató de que iba armado. Antes de que pudiera advertir a sus compañeros, David disparó al pecho de Ayamin Mohammed.

Hazeem y Zabir se parapetaron tras un coche, sacaron sus armas, apuntaron y comenzaron a disparar.

La gente echó a correr, el tráfico se detuvo. Conductores aprisionados entre el embotellamiento salieron corriendo de sus vehículos a salvaguardarse en el interior de los comercios.

David se resguardó tras un *autorickshaw* abandonado en medio de la calzada. Los proyectiles hacían que el cacharro se estremeciera. Los neumáticos estallaron. No podía hacer nada, excepto protegerse lo máximo posible.

Cesaron los disparos.

Hazeem ajustó un nuevo cargador en el fusil, ladeó el cuerpo hacia la izquierda. La perspectiva del paraíso no le impedía luchar por su

vida, sobre todo, por el privilegio que sentía de seguir con la obra de Alá en este mundo. No se lo iban a dejar fácil a aquel desconocido, quien quiera que fuera. Zabir y él lucharían hasta el último esfuerzo.

David se levantó detrás del acribillado *autorickshaw*. Al disponerse a disparar de nuevo, oyó un ruido metálico y miró hacia abajo. Una granada. Inmediatamente, otra rodaba por el suelo hacia él. Corrió hacia atrás y saltó sobre el mostrador de una tienda de comestibles.

Explotaron muy seguidas, haciendo que el *autorickshaw* diese varios brincos sobre el asfalto.

Fragmentos de piedra, metal y esquilas saltaron en todas direcciones.

En medio de aquel caos, David debía apresurarse para cazar a los desprevenidos terroristas. Volvió a la calzada, echó cuerpo a tierra y apuntó.

Vio que uno de los terroristas yacía en el suelo; la explosión le había destrozado un brazo, pero seguía empuñando su fusil con el otro. Su compañero intentaba apuntar. Sin embargo, no se había percatado de que su adversario se había movido con rapidez.

Antes de que Hazeem pudiese reaccionar, recibió dos proyectiles que le atravesaron un muslo. Se desplomó sobre el suelo, dejando su cuerpo a la vista.

«Este es mi momento», pensó. El dolor que sentía no hacía más que reforzar la sensación de santidad que lo embargaba.

David no esperó, corrió hacia el terrorista apuntándole a la cabeza. Al aproximarse, vio que tenía una granada en la mano derecha, sobre el pecho, y había tirado de la anilla. Dos granadas más entre sus piernas.

Se giró rápidamente y salió corriendo para cubrirse tras un pequeño vehículo.

Hazeem sonreía. Estaba preparado para cuando llegara ese preciso momento. No podía moverse ni respirar.

«He fracasado, Alá», pensó, afligido. La conciencia dejó de importar, y el fracaso, al igual que el éxito, pasó al olvido.

Pero ¿podría considerarse un fracaso reunirse en el paraíso con sus compañeros asesinos?

La granada explotó.

La explosión fue tan fuerte que el vehículo tras el que se había protegido David saltó del asfalto y recibió los impactos de la metralla.

David quedó tendido en el suelo, tosiendo y jadeando.

Le silbaban los oídos. Se levantó del suelo y se irguió, buscando al tercer terrorista. Una negra humareda lo envolvía todo.

Un olor semejante al que se percibe al encender un fosforo hacía el aire irrespirable.

Zabir estaba tumbado en el suelo. Hizo amago de levantar su fusil.

David dio unos pasos hacia adelante y le disparó en el hombro.

A muchos terroristas les resultaba fácil apretar el gatillo a diestro y siniestro o lanzar una bomba al aire. Sin embargo, no se sentían tan bravucones cuando una persona se les encaraba con una intensa mirada.

En situaciones como aquella, David apenas dejaba aflorar los sentimientos. Iba a matar a aquel hombre. Su reacción era fría y contenida.

Pero Zabir bajó la mirada hacia una mochila que estaba a sus pies. El terrorista sintió ganas de llorar de satisfacción. Estaba rebosante de alegría. Se había consumado su gloriosa hazaña. Sí. Las penalidades y sufrimientos que padeciera no eran más que la antesala de lo que vendría después.

Su mente interrumpió sus pensamientos y, con un quedo gemido, esperó para ir al encuentro de los suyos.

David se percató, se dio la vuelta y buscó dónde protegerse. La explosión de la dinamita fue brutal: destrozó la fachada de los edificios de toda la calle y abrió un enorme boquete donde hacía escasos segundos estaba Zabir. Más tarde, encontrarían trozos de sus huesos al otro lado de la acera.

Por suerte, el santuario musulmán no había sido dañado.

Las estridentes sirenas rompieron el silencio que había seguido a la sonora explosión.

Cuando llegaron las primeras ambulancias y los dispositivos de las fuerzas de seguridad, David Ribas ya había salido de la ciudad.

Los medios de comunicación aseguraron que todo se había debido a una disputa entre bandas del crimen organizado.

Aunque el Gobierno indio supo que era un atentado fallido, hizo todo lo posible para que la identidad de los muertos no saliera a la luz. Se encargaron de difundir noticias falsas. Dijeron, de manera oficial, que la investigación determinaba que las explosiones habían sido causadas por botellas de butano.

Argumentaron que unos terroristas pakistaníes habrían utilizado explosivos más potentes. Y que los cuerpos de las víctimas habrían sido acribillados por pequeños cojinetes, los preferidos por los suicidas, y clavos.

Los testigos fueron amordazados. Aunque al principio hubo quienes dijeron que parecían terroristas pakistaníes, pronto se les llamó conspiracionistas y creadores de *fake news*.

De esta forma, consiguieron impedir que en el estado de Rajastán se iniciara una disputa entre hindúes y musulmanes.

Pero ¿hasta cuándo podrían evitar que prendiera la mecha entre la India y Pakistán?

11

La inmigración ilegal procedente del norte de África lo había desbocado todo.

Durante años, Laura García había desmembrado células terroristas en España a punto de atentar. Pero, en la actualidad, se encontraba con otro peligro mayor: lobos solitarios y grupos armados sin conexión entre ellos para evitar un efecto dominó si eran detenidos.

Los magrebíes eran musulmanes bien distintos. Muy pocos formaban parte de ninguna célula terrorista suicida dispuesta a atarse cinturones de bombas y hacerlos explotar dentro de centros comerciales para volar en pedazos y llevarse consigo a la mayor cantidad de inocentes posible. Y también muy pocos estaban dispuestos a conducir un vehículo a gran velocidad y arrollar a los peatones.

En el Cervantes habían hecho frente al islamismo militante, donde, por un lado, estaban los grupos con base territorial y con objetivos políticos concretos, como Líbano, Palestina, Chechenia o Argelia; y, por otro lado, hacían frente a las células y redes radicales implicadas en la *yihad* mundial.

Pero en los últimos años había aparecido un caso intermedio y muy peligroso que atentaba contra la seguridad y estabilidad de España: Marruecos, cuyos sectores radicales pretendían transformar su propio país en una fortaleza del islamismo ortodoxo y, al mismo tiempo, reconquistar España, el antiguo al-Ándalus, y recuperarlo para su fe.

Laura aparcó la motocicleta dos calles más abajo para evitar ser vista. Se dirigió andando a supermercado Aldi. Iba vestida con unos pantalones holgados, una chaqueta deportiva y una gorra. Cualquiera que la viera, no sabría que era una mujer.

Varun Grover había detectado la señal de un teléfono móvil, cuyo usuario estaba en la lista de las personas más buscadas por el Cervantes. Se lo había hecho saber a Laura y ella, no queriendo perder la ocasión, sin informar a nadie, había salido sola a la calle con el fin de eliminar aquella amenaza.

Óscar estaba reparando daños en una furgoneta.

—¿Dónde está Laura? —preguntó Fabián.

—Ni idea —contestó sacando la cabeza del vehículo—. Quizá en el

gimnasio.

Fabián fue hacia allí.

Tom y otros empleados del Cervantes se ejercitaban con pesas. Se acercó a él, que en ese momento terminaba de hacer sentadillas con una barra llena de discos pesados.

—¿Has visto a Laura?

—No —contestó, y respiró fuerte—. Aquí no ha venido, y mira que es raro. ¿Pasa algo?

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que ha salido sin avisar.

—No lo puede hacer.

Fabián sonrió.

—A ver, listo, ¿por qué no lo puede hacer? Ella es la jefa y puede hacer lo que le venga en gana.

—Quiero decir que no es lo más prudente.

Volvió a sonreír.

—La prudencia no es una de sus virtudes.

Tom se restregó una toalla por la cara; tenía el cabello y la camiseta empapada de sudor.

—Pregúntale a Varun. Ese indio gordito seguro que sabe dónde está.

Fabián sacó el móvil del bolsillo y marcó un número. Tras varios tonos, se interrumpió la llamada.

—No me lo coge.

—¿Ves? Él sabe que tú sabes que él sabe… —Alzó ambas manos al aire—. Vete a verlo.

Fabián asintió y salió del gimnasio.

Cuando Laura llegó al *parking* del Aldi, aquello era un pandemónium.

Había gente cocinando en hornillos de madera, grupos cantando en árabe, sentados en el suelo, compartiendo bolsas de patatas fritas y latas de refrescos; otros hacían carreras sentados en cuclillas dentro de los carros de la compra, empujados entre risas por sus compañeros.

Laura se abrió paso y entró en el supermercado. Menudo espectáculo. Todo había sido arrasado. Estanterías volcadas, productos esparcidos por el suelo.

Había grupos repartidos por el espacio hablando a gritos. Había quien pintaba con rotuladores de colores en las paredes, quien comía pienso para perros, quien abría y desparramaba por el suelo paquetes de espaguetis y quien metía los dedos dentro de los botes de tomate y de pesto. Tres descamisados abrían tabletas de chocolate, las mordían y luego las tiraban para coger otra distinta.

Un grupo de jóvenes estaba entretenido lanzándose naranjas, patatas y todo lo que pillaban dentro de las cajas. El pasillo estaba

repleto de kiwis y plátanos chafados.

Todos lo de los congeladores había sido tirado al suelo. Varios jóvenes comían tarrinas de helados. El suelo estaba empapado de agua.

Laura cambió de pasillo y vio a un hombre dando instrucciones a otros. Se estaban llevando las botellas de agua mineral. Salían por una puerta de emergencia para dejarlas en una furgoneta. Habían vaciado las estanterías. Ahora estaban transportando todos los bidones y botellas del almacén.

—Tú, coge cajas y ayuda a llevarlas fuera —le ordenó a Laura.

Ella hizo lo que le dijo. Dejó dos cajas de botellas de litro y medio en el interior de la furgoneta y cuando volvió, observó a aquel hombre. Era su objetivo. Con disimulo, sacó su móvil y observó la señal de monitorización de Varun: efectivamente, no había duda.

Vio que se dirigía al baño con una linterna de *camping*. En el pasillo, le pegó un bofetón a un joven que abría una lata de cerveza, llamándole la atención por querer probar el alcohol. El chico le pidió disculpas y acabó alabando a Alá más por temor a perder su vida que por una profunda devoción repentina.

Laura llegó a la puerta del lavabo de caballeros cuando el objetivo ya se había escabullido en el interior.

Estaba en penumbra. La única luz provenía de la linterna de *camping*.

El suelo estaba empapado, las tuberías se habían roto. El olor era nauseabundo. Conforme caminaba, sentía una brisa pegajosa removiendo despacio el hedor.

Nadie en los urinarios. Se agachó para mirar por debajo de las puertas de los baños. Solo uno estaba ocupado. Sacó de la espalda su pistola, abrió la puerta de una patada.

El hombre, con los pantalones bajados hasta los tobillos, alzó la mirada, horrorizado. No tuvo tiempo de reaccionar. La primera bala le salió por la nuca tras atravesar el cerebro, manchando de sesos y sangre la pared. La segunda fue directa al corazón. El cadáver quedó tendido hacia atrás sobre el retrete.

Un hombre entró corriendo, vio a Laura y se abalanzó hacia ella. Ella se giró, levantó el brazo y le metió una bala en el ojo derecho.

No podía asegurar que fuera no estuvieran expectantes por saber qué había pasado ahí. Así pues, salió preparada.

Pero, cuando abrió la puerta, todo seguía como antes. Con tanto ruido, nadie se había percatado del sonido de los disparos.

Se guardó la Glock en la espalda y enfiló hacia la salida.

Era tiempo de marcharse cuanto antes.

Varun se frotó los cansados ojos. Aun así, parecía tan incansable como los ordenadores que tenía ante él. Varios monitores proyectaban

vistas de distintas regiones de España.

Él solía lanzar virus que se introducían en ordenadores y sistemas electrónicos. Una vez localizada la información requerida, copiaba todo y la transmitía. Luego, se despojaba de su camuflaje.

En ocasiones, sustituía el programa original por otro que parecía una copia exacta. No había modo alguno de que se detectara ningún cambio en la memoria disponible.

Podía realizar espionaje electrónico en menos de dos minutos a cualquier ordenador del mundo. Obtenía códigos y claves desechados en la papelera, se camuflaba y comenzaba a buscar con rapidez series recurrentes de números secuenciales, y así obtenía las claves para abrir ciertos programas.

Su método era mucho más sofisticado que el empleado por cualquier departamento de ciberseguridad de organizaciones de inteligencia extranjeras. Iba más allá de los métodos de fuerza bruta que utilizaban los piratas informáticos. Lo suya era robo con guante blanco.

La pantalla del teléfono móvil se encendió y sonó de inmediato. Le avisaron de que el director acababa de llegar y quería verlo en la sala de reuniones.

Varun apuró su taza de leche con Cola-Cao y engulló una rosquilla. Fabián irrumpió en la sala de operaciones.

—¿Dónde está Laura? —preguntó.

Varun señaló el monitor. Se veía una señal moviéndose por una calle en dirección al Cervantes.

—Ahora mismo, entrando en el edificio.

Fabián salió de la estancia.

Laura condujo su motocicleta de gran cilindrada por el perímetro de seguridad, estacionó en el subterráneo, cruzó por seguridad interna y después de una comprobación de iris y huellas dactilares y de teclear un código, entró en el ascensor. Recibió un mensaje en su móvil: Julián Fernández la esperaba en la sala de reuniones.

Cuando la puerta se abrió, se encontró a Fabián.

—¿Estás loca? —preguntó airado.

—Necesito un café.

Fabián fue a la máquina dispensadora que había en un lateral del pasillo y apretó un botón. El líquido negro fue cayendo con estrépito dentro del vaso de plástico.

—No puedes aventurarte así —volvió a decir, enojado—. Si te hubiera pasado algo, ¿qué?

—Varun os habría alertado. Él seguía mis movimientos.

—Y cuando llegáramos, ya te habrían hecho picadillo, por decir poco. Una mujer entre hienas, ya me dirás. Me quedaría corto imaginando lo que te podrían hacer. ¿Eres consciente del peligro al

que te has expuesto?

Laura tomó el café de manos de Fabian y tomó pequeños sorbos.

—Por favor, no empecemos.

—Llego a pensar lo que dicen de ti.

—A ver el qué —se encaró.

—Que eres adicta al peligro. Que tienes necesidad de encontrarte en situaciones de máximo estrés. Que tienes cierta inclinación hacia el suicidio.

—Joder, Fabián. Te estás extralimitando.

Le señaló con el índice.

—No voy a permitir que vuelvas a salir tú ahí sola. El ponerte en peligro de esta manera no sé si lo haces por satisfacer una necesidad tuya o por el bien de los ciudadanos.

—Todo ha salido bien. Un cabecilla menos. Ahora, los jóvenes que tenía bajo su mando se han quedado sin líder y se dispersarán.

—Bravo, pero somos un equipo.

Ella hizo una mueca.

—Soy yo la jefa y tomo mis propias decisiones.

—Si te pasa algo ahí fuera, nunca podremos saber qué ha sido de ti. Ni siquiera tendremos un cadáver que enterrar. ¿Por qué no entiendes que tus acciones pueden tener consecuencias? ¿Qué sería de nosotros, la gente que te aprecia, tus compañeros, que tendríamos que salir a buscarte y estaríamos días recorriendo cada rincón de la ciudad? ¿Te has parado a pensar en nosotros?

—Que haya un lugar que marque mi estancia en esta tierra no me preocupa demasiado, la verdad.

—Vaya, qué considerada hacia las personas que se preocupan por ti. Desde luego, tu empatía hacia los demás me embarga.

—Por favor, no te pongas sentimental. —Tiró el vaso a la papelera, y dijo alejándose—: Preparaos porque en breve salimos.

Fabián levantó los brazos y dijo a sus espaldas, en voz alta y tono irónico afeminado:

—Ay, tus palabras me producen un descanso sensorial para mi sistema sensible.

Laura se giró, esbozó una débil sonrisa sarcástica y, antes de doblar la esquina del pasillo, le mostró el dedo corazón estirado.

12

—Este apagón general en España y varias ciudades de Europa ha evitado que los analistas de inteligencia tengan la mente en otras cosas —dijo Laura, sentada frente a Julián Fernández y Varun Grover —. Como el esfuerzo de países musulmanes para construir armas nucleares.

—Explícate —dijo Julián.

—El apagón mantiene al mundo distraído de las intenciones del terrorismo internacional.

—¿Como cuáles?

—La compraventa de armamento nuclear.

—Por eso Varun ha estado haciendo las pesquisas correspondientes —explicó el director, señalándolo con el índice—. Adelante. Ilústranos.

—La madre de todo este asunto se llama Osman Shariff.

—¿Dónde está?

—Aún seguimos averiguando su paradero. Es de origen pakistaní. Poco sabemos de él, excepto que suele ser contratado para acciones de sabotaje como la ocurrida aquí, en Madrid.

—Pues date prisa en dar con él, porque esté donde esté no creo que sea para hacer el bien. —Julián se volvió hacia Laura y preguntó—: ¿Situación en las calles?

—Si esto se prolonga más días, la economía, el petróleo, la inflación, la subida de los precios de los productos esenciales… producirán un efecto dominó y millones de personas sin trabajo. Este apagón no es más que una nueva guerra para desestabilizar a España y al mayor número de países de la Unión Europea y reiniciar el orden mundial.

—Quienes contrataron a Osman Shariff para inutilizar la planta de energía tenían una estrategia planeada de antemano —explicó Julián.

—Eso sin duda alguna —admitió Laura, ladeando la cabeza—. Estamos viviendo unos días demasiado peligrosos. Hay una estructura de células y lobos solitarios por todo el país procedentes del norte de África, especialmente desde Marruecos. Llegan en pateras a distintos lugares, gracias a la Cruz Roja y a esa organización criminal de Open Flower, que los recoge en alta mar y los empuja a la costa. La peculiaridad es que estos terroristas infiltrados entre los inmigrantes

ilegales no se conocen entre sí para evitar fugas de información.

—¿Cuántas ojivas crees que Marruecos podría construir con ayuda de los iraníes? —preguntó Julián al informático.

—Según mi contacto en Israel —contestó Varun—, de momento, ninguna. Pero lo grave es que sí que pretenden enriquecer uranio. La intención del rey alauita es encabezar un programa clandestino para construir un arma nuclear. Y aunque vendan a la opinión internacional que el uranio es una fuente de neutrones para posible uso civil, la realidad es que quieren el uranio deuterio para una sola aplicación: el fosforo metafórico que prende una bomba nuclear. Con la capacidad de una sola ojiva ya se puede destruir una ciudad entera. Imaginaos que en un futuro amenazan con lanzar un misil a Madrid.

—Qué vergüenza —espetó airado el director—. Y saber que desde el año 1991 el Gobierno de España les ha vendido armamento por cientos de millones de euros. ¿Quinientos? ¿Mil? Es una información que me enciende. Muy grave. Muy grave.

—La derecha y la izquierda han provisto a Marruecos —comentó Laura—. Desde luego, no con equipamiento para la policía fronteriza de Marruecos para ayudarlos a que los ilegales no vengan a España. No. En su mayor parte son granadas de mortero y más de treinta millones de euros en cohetes y misiles. Y luego está la cuestión de la venta de drones.

—Desde luego, no ha servido para que no dejen entrar a España a los inmigrantes ilegales —añadió Varun—. La policía de Marruecos no lo impide; al contrario, les abre las puertas de par en par.

Julián se quedó callado. En su cabeza aún bullía el escepticismo sobre Marruecos desarrollando un programa nuclear, pero su corazón se lo creía todo. La magnitud de lo que se estaba desarrollando era casi más de lo que podía sobrellevar: debía tomar una decisión contundente.

—Las guerras del futuro no serán libradas por grandes ejércitos, sino por pequeños grupos —reflexionó en voz alta—, al estilo de los mercenarios de empresas privadas.

—Y por los satélites contra los centros de comunicaciones y los ordenadores del enemigo —añadió Varun.

—No hay que olvidar que los terroristas utilizarán armas biológicas y químicas contra objetivos civiles —dijo Laura—. Los comandos se dedicarán a matar y a huir.

Julián levantó el índice.

—Yo ya cuento con ello. Es lo que llamo «seguimiento del ciclo hidrológico del espionaje». No hay que bajar la guardia. La rivalidad entre los diversos organismos de inteligencia hace que la política de España parezca un baile de flamenco. Es casi tan enconada como entre las facciones religiosas. Por cierto, como medida preventiva ante los

saqueadores, he ordenado colocar alambre de espino en las cercanías del edificio.

—Pero ¿no puede un vehículo a alta velocidad abrirse paso estrellándose contra un muro de alambre de espino? —preguntó Varun.

—Varun, tú ves muchas películas de Hollywood —contestó Laura —. Eso solo ocurre en la ficción. En la realidad, un vehículo a toda pastilla solo podría recorrer escasos metros, ya que acabaría con un amasijo de alambre en las ruedas y los neumáticos explotarían.

—Además, el alambre de espino no suele romperse, es una barrera perfecta —comentó Julián.

—¿Y si se bajan e intentan cortar el alambre?

—En ese caso, saldrás y te enfrentarás a ellos, ¿qué te parece? —contestó ella.

Julián se rio entre dientes.

—Si eso sucediera, dispararemos para alejarlos, pero, si persisten en su intención de entrar en el edificio, dispararemos a matar —añadió Laura.

—Por cierto —comentó Julián observando unos documentos—, según los actuales análisis, los vehículos dejarán de funcionar en breve por la falta de carburantes. Las reservas de gasolina y diésel están a punto de acabarse.

—A este paso veremos a la gente circular a caballo.

—Varun, para usar el caballo como medio de transporte se necesitan arneses, horcajos y otros arreos a los que la gente común no tiene acceso —añadió Laura.

—Vale, entendido. Pero como esta situación se prolongue, nos calentaremos en invierno con madera.

Julián tomó la palabra.

—Si esta situación de emergencia no acaba pronto y se restablece la energía eléctrica, el caos en cuanto a seguridad generará que empresas y particulares contraten a bandas como protección de sus propiedades y bienes. Por otro lado, las fuerzas de seguridad se mantienen en vilo, sin imponer el orden y la ley. El Gobierno los tiene atados de pies y manos. No reaccionan.

—Y esas bandas acabaran convirtiéndose en ejecutores —dijo Laura.

—No solo eso, sino que aumentará el número de grupos armados, que formarán escuadrones móviles que se encargarían de sofocar protestas y revueltas de los ciudadanos creando más anarquía, incendios y asesinados.

—Y si el tiempo sigue pasando sin que se apliquen soluciones, pronto no habrá alimentos —comentó Varun—. Los ciudadanos acabarán con sus provisiones, con sus latas y botes de conserva.

Mirarán a las mascotas del vecino como alimentos y empezarán a pelearse los residentes de un mismo edificio. Escalarán los niveles de violencia y los asesinatos.

—Entonces, solo queda una conclusión —dijo Laura.

—¿Cuál? —inquirió Varun.

—Los habitantes de las ciudades emigrarán al campo. El mundo se volverá cada vez más distópico, una mezcla de lo antiguo con lo moderno. El dinero no tendrá valor y se utilizará el trueque: madera a cambio de carne.

Varun levantó la mano llamando la atención de los dos.

—El agua.

—¿Qué pasa con el agua? —preguntó Julián.

—La paralización de transporte de suministros puede afectar a todo el país hasta el punto de quedarnos sin agua potable dentro de unos días. Este apagón ha paralizado el sistema de administración de hipoclorito sódico para la cloración de agua. Las empresas que tratan el agua para que sea apta para el consumo humano no pueden sostenerse. Según los últimos datos que manejamos, si la situación no cambia en un plazo de cuatro o cinco días, la próxima semana podrían registrarse problemas de carácter grave en la cornisa cantábrica. Al no poder potabilizar el agua, muchos ayuntamientos tendrían que interrumpir el suministro y enviar una alerta sanitaria. Además, el hipoclorito sódico es un componente muy importante en el mantenimiento de las piscinas, ya que sirve para evitar la propagación de enfermedades y eliminar bacterias. Otro de los usos que se le da es la desinfección de material quirúrgico que necesita un alto grado de esterilización.

—Se tendrá que filtrar todo lo que bebemos —dijo Laura.

—Pero ¿sabes lo que ocurrirá? —continuó Varun—. Que como las presas no se pueden accionar manualmente, la gente acudiría en masa a los embalses a rellenar bidones y botellas. Pero como no tendrían con qué transportarla, se asentarían en los alrededores de los pantanos, embalses, acequias, arroyos, estanques… Nuevas poblaciones, nueva ley y orden…

—Y como la gente tendría que caminar desde la ciudad a las afueras, comenzaría la actividad de los asaltadores —dijo Laura—. La sociedad moderna se transformará en vikingos: grupos violentos y numerosos viajando de un lugar a otro, saqueando sin cuartel para sobrevivir.

—La gente se las ingeniará si llegara el caso —comentó Varun—. Recogerían agua de lluvia con barriles y cubos en los tejados.

—Uf, imaginaros cuando la población tenga que recoger agua así y racionarla para lavar la ropa, tirar de la cadena o fregar los platos.

Al cabo de un momento de reflexión, Julián dijo:

—En fin, las consecuencias de que se prolongue el apagón serían terribles en todo tipo de aspectos.

—Querrás decir que, si esta situación se prolonga más días, se puede institucionalizar —sentenció Laura.

—De momento, tú continúa neutralizando a los líderes de las células terroristas que están sembrando la anarquía en las calles. —Entonces, señaló a Varun—. Y tú averigua el paradero de ese saboteador profesional.

—La cuestión radica en saber por dónde buscar —dijo Varun.

—Todo sigue un patrón —comentó Laura.

—Adelante. Veamos —la incitó Julián.

—Veamos —dijo ella, analizando la situación—. Un centro de mando debe tener una densa vegetación que le sirva de camuflaje, una antena de radar, generadores de electricidad, acceso a agua.

—Vamos por partes. Una antena de radar es fácil de ocultar, el agua puede llegar en camión cisterna, con lo cual estarían abastecidos en su escondite sin depender de un pozo cercano o población. Con respecto a los generadores que mencionas, los humos se pueden canalizar hasta un lugar relativamente lejano. Es decir, que drones o aviones dotados de detectores infrarrojos no podrían percibirlos —aseguró Varun.

—De acuerdo —dijo Julián, apesadumbrado—. Entonces eso nos deja con un montón más de emplazamientos distintos.

—Entonces… enfoquémoslo de otra manera —sugirió Laura.

—Ilústranos —dijo Julián, suspirando.

—Aparte del agua, la antena y demás, ¿qué puede haber primado a la hora de escoger un refugio? La seguridad. Conociendo el patrón de un terrorista profesional, podemos deducir que ha elegido —se tocó el dedo índice de la mano derecha— uno: un emplazamiento fácil de defender en caso de ataque. —Hizo lo mismo con el dedo corazón—. Dos: un lugar de difícil acceso.

—Pero… Y es un pero muy a tener en cuenta —dijo Varun—. A pesar de que el agua, la comida, etcétera, sean importantes, hay que tener en cuenta que, como en Afganistán y otros países, los terroristas cambian con mucha frecuencia de lugar.

—Ahí está la cuestión —espetó Laura—. Es decir, que su mejor defensa no es la de estar en un lugar seguro, sino impedir que nadie sepa nunca dónde están.

—¿Qué insinúas? ¿Que tras sabotear la planta en Madrid huyó a un núcleo urbano?

—Claro, no depende de logística alguna. No va a arriesgarse a esconderse en un lugar donde los satélites pueden averiguar su ubicación. Daos cuenta de que, tras este suceso, todos los servicios de inteligencia extranjeros están en alerta máxima, monitorizando

movimientos desde ahí arriba. Hasta al rincón menos poblado le tienen echado el ojo. Los terroristas que pretendían atacar el santuario musulmán en Ajmer en la India no precisaban de apoyo técnico sofisticado, sino que era una misión de fuerza bruta, una acción provocadora. Por tanto, con toda seguridad tienen planeados otros ataques.

Julián asintió.

—Tienes razón. Estoy de acuerdo con tu análisis. De hecho, sigue el patrón que hemos estado viendo desde hace años. Primero, confunde, desestabiliza a tu enemigo. Segundo, cuando tu enemigo está mejor preparado, actúa de modo más elaborado.

—Varun ha dicho que es de origen pakistaní. Esta información nos deja un margen de posibilidades. Está escondido por esa zona.

—Hemos dado en el clavo —exclamo Varun en voz alta en tono triunfal—. Debe de estar en la India o planeando ir, ya que, tras fracasar el atentado en Ajmer, querrá hacer él mismo algo parecido, como en Madrid.

—Ponte en contacto con Hassena y dile que quieres coordinar el trabajo con David Ribas. Hazlo. Hay que borrar de la faz de la tierra a ese elemento. Si con esto podemos frenar las posibilidades de que Marruecos obtenga un misil nuclear con el que amenazar a España, debemos ser lo más contundentes posible. Ese terrorista, Osman Shariff, ha desestabilizado a España poniendo en jaque su seguridad.

Varun asintió con la cabeza repetidamente y marcó el número de Hassena para comunicarle que le enviaba por correo codificado toda la información sobre Osman Shariff.

Le hizo saber que el terrorista podría estar pensando en actuar en alguna ciudad de la India. La mujer le aseguró que pondría en alerta de inmediato a toda su red, incluyendo a David Ribas. Si aquel hombre se encontraba en suelo indio, no tardarían en dar con él.

Pero ¿dónde estaba David?

13

David pasó casi toda la noche caminando después de haber permanecido durante horas escondido en un taller de mecánica a las afueras de la cuidad de Ajmer, donde pudo descansar.

Alejado de la carrera sin asfaltar, se detuvo y se dejó caer al suelo. Observó el paisaje. A lo lejos veía a ganaderos transportando camellos a través del campo desierto.

La inmensa mayoría de los pueblos de la India tenía su propio traje típico. Túnicas, turbantes e incluso el patrón de los tejidos los caracterizaban. La ropa estaba inspirada en la tradición milenaria india, pero, fundamentalmente, se basaba en la funcionalidad.

En Rajastán, el uso del turbante no era por una finalidad religiosa, como en la región del Punjab, sino más bien para protegerse de las bajas temperaturas durante el invierno y de lo abrasador del verano.

David sabía cómo utilizarlo. Cogió del suelo un palo fino y largo. Se sentó en cuclillas. Extendió la tela del turbante y sujetándola con la madera, clavó esta en el suelo como si fuera una sombrilla de playa, e hizo sombra. Así permaneció durante una hora, protegiéndose del indiscriminado sol como si estuviera bajo un toldo.

Al cabo de un tiempo un grupo de ganaderos pasaron a poca distancia y le saludaron. La completa caracterización y los movimientos de David no permitían dudar que no fuera rajastaní.

Les devolvió el saludo y escuchó que su móvil emitía una vibración anunciando una llamada. Hassena le informó del lugar donde un helicóptero lo recogería para llevarlo de vuelta a Bombay.

14

Las fuerzas de seguridad del Estado no reaccionaban a tiempo y, cuando lo hacían, no conseguían acabar con los grupos violentos y las milicias armadas porque, esencialmente, no tenían líderes.

Al segundo día del apagón, ya los coches patrulla de la policía no acudían a lugares donde se producían pillajes. Y aunque desde el Ministerio del Interior hubieran dado la orden expresa de impedirlos y arrestar a los delincuentes y terroristas callejeros, se habrían visto desbordados.

A partir del tercer día, el centro de Madrid parecía una auténtica *no go zone*.

Sin jerarquías, las personas que estaban aprovechando el caos generado por el corte eléctrico se organizaban en células descentralizadas. Aunque algunos analistas de inteligencia deducían que estaban armados y motivados por gobiernos extranjeros para generar la anarquía en España, el *modus operandi* de cada grupo era distinto. De este modo, evitaban que, si caía un grupo, sucediese un efecto dominó, cayendo otros tantos. Cada célula tenía un carácter. Podían estar formadas por veinte personas o por dos o ser lobos solitarios.

En el Cervantes supieron enseguida que, a pesar de estar descentralizados, lo que los unía era que eran expertos en diversas materias.

Aunque no todos habían recibido formación militar, como pasaba en las pandillas latinas, minoría entre los de origen magrebí y de otros países africanos mucho más violentos, siempre había un experto en algo: incendios provocados, sabotaje, guerrilla urbana, explosivos caseros, como cocteles molotov de gran precisión, o, incluso, armas.

La frustración de las fuerzas de seguridad del Estado residía en que no podían infiltrarse en esos grupos. No podían identificarlos. No podían solucionar el caos en las calles de Madrid porque no encontraban cómo acabar con la guerrilla urbana que parecía ya preparada con antelación al apagón. No había cabecillas.

Sin embargo, desde el Cervantes, Varun Grover analizaba el tráfico de mensajes desde teléfonos móviles, determinando las relaciones entre varios miembros de grupos criminales y sus misiones, ya que compartían información entre ellos sin tapujos porque pensaban que

la policía no podía utilizar medios informáticos para detectarlos.

No contaban con que la organización antiterrorista Cervantes existiera.

Pero Varun obtenía no solo información relativa a en qué calles de la ciudad iban a cometer un crimen o cuándo arrasar cierto centro comercial, sino sobre cómo crear bombas caseras y otras opciones de sabotajes. Las tiendas de deportes habían sido saqueadas, especialmente las dedicadas a la caza. De los departamentos de cocina de los centros comerciales y de las carnicerías se habían llevado todo tipo de cuchillos.

Los grupos violentos eran incitados por personas muy preparadas en guerrilla urbana. Los instruían en árabe y en francés mediante mensajes a los móviles. En uno de ellos vio la receta de diversos cócteles explosivos que, al contacto con los ojos, causaban irritación extrema y cuya inhalación tenía efectos anestésicos.

De poco más de cincuenta años, de cabello gris y distinguido, el presidente del Gobierno español había citado a su ministro del Interior, al de Consumo, al de Energía y al de Defensa a una reunión con carácter urgente.

No sospechaban que estuviesen siendo espiados desde la sala de operaciones del Cervantes.

El presidente era un actor avezado, conocía todos los trucos del manual de la actuación, de la improvisación en público: cómo sonreír, cuándo mostrarse implacable, incluso cuándo actuar como figura paternal que vela por los intereses de la gente.

Pero cuando estaba reunido con miembros de su Ejecutivo, prescindía de la taimada sonrisa con la que había cautivado a sus votantes y del tono bonachón que le había encumbrado a la presidencia. Los incautos ciudadanos vieron en él a un hombre humilde y sencillo. Nada de eso. Era un hombre en la cumbre del poder.

Varun Grover y Julián Fernández escuchaban con absoluta claridad lo que acontecía.

El presidente había leído en voz alta un informe de inteligencia. La incertidumbre general acerca del petróleo era una preocupación ominosa. El agua también estaba en la lista porque las últimas precipitaciones habían sido muy escasas. Al escuchar esto, Julián tocó a Varun en el hombro, dándole una leve palmadita de consideración, por haberse adelantado a ese informe.

Además, siguió comentado el presidente, había que sumar que las presas se encontraban agotadas por la sequía del verano anterior y estaban por debajo de los niveles normales; por lo tanto, no harían funcionar la vasta red de centrales hidroeléctricas durante los próximos meses.

Así pues, se esperaba una carencia simultánea de agua, gas y petróleo.

Lo más llamativo de la reunión fue conocer, extraoficialmente, que habían llegado a la conclusión de que la forma más adecuada de salvar al país de la crisis energética que se avecinaba era conceder licencias para construir varias plantas nucleares.

El presidente dio un golpe en la mesa durante su intervención.

—¡Y no podemos seguir cruzados de brazos! No podemos imponer un racionamiento de la gasolina a la población. ¡Por dios, esto no es una república bananera! Pero no vendría mal una campaña social para que la gente utilice más a menudo el servicio público. Ya sabéis, bonos de viaje económicos para el autobús, carriles bici, patinetes… En fin, es que el despilfarro de combustible en Madrid es horroroso. ¿No os habéis fijado lo repúgnate y escandaloso que es ver tantos vehículos circulando por las mañanas por el centro? —Todos asintieron con la cabeza al tiempo que pronunciaban un murmullo de asentimiento.

El ministro de Energía, que había esperado impaciente a que terminara de hablar, intervino:

—Señor presidente, la energía solar y eólica a gran escala están a años de distancia. Poner en funcionamiento plantas nucleares llevará su tiempo. Por lo tanto, lo más inmediato que sugiero para salvar la crisis que se nos avecina es invertir en plantas de carbón.

—No será que no quiere usted fomentar el ahorro porque la energía solar, en realidad, limita ganancias.

—No es así, señor presidente. El costo de la energía solar es muy alto, por no decir que las placas solares no se pueden reciclar y tienen una vida muy corta. Pero es que, además, quizá la solar sea la más contaminante de todas las fuentes de energía. Se necesitarían terrenos inmensos para instalar pantallas.

—Tendremos que expropiar tierras —masculló el ministro del Interior—. Pero esto generará protestas, manifestaciones…

Muy seguro de sí mismo, el ministro de Consumo dijo:

—A los sindicatos los tenemos en el bolsillo —sonrió dulcemente —. No habría manifestaciones de ningún tipo.

—Antes habrá que publicar un decreto ley —añadió el ministro de Defensa—, por lo menos para aparentar ante nuestros socios europeos que el país sigue siendo una democracia.

—Bien, entonces podemos disponer de kilómetros cuadrados de terrenos —dijo el presidente, y preguntó—: ¿Hay algún inconveniente?

—Que la tierra donde se instalen esas placas no podrá dedicarse a ningún otro uso —contestó el ministro de Consumo.

—¿Y para la eólica? —preguntó de nuevo el presidente.

—Olvídese de ella —respondió el ministro de Energía—, salvo para

usos menores y secundarios.

Tomaron la decisión de que, si los técnicos no podrían reparar la planta de energía dañada en el plazo estipulado, tendrían que decretar el inmediato racionamiento y la prohibición de la venta de combustible los fines de semana. También se pusieron de acuerdo en que se pondría en marcha un sistema de cupones.

Además, se decretó la suspensión de todos los acontecimientos deportivos y otros eventos que reunieran multitudes. Se cerraron parques públicos, teatros, cines, centros comerciales, colegios y universidades. El servicio público quedaba suspendido. Todas estas medidas se publicarían en el BOE en breve.

Se programaron restricciones y cancelaciones temporales de vuelos. Se recomendó a los ciudadanos permanecer en confinamiento en sus viviendas. Y se advertía que, si en dos o tres días más la situación energética no mejoraba, se tomarían medidas más drásticas.

Hablaron y discutieron sobre plantas geotérmicas, de carbón, nucleares, nuevos depósitos con reservas y nuevas plantas generadoras; un plan de prevención para evitar en un futuro las consecuencias con las que se estaban enfrentando. Aun así, todos esperaban que la situación volviera a la normalidad antes de que pasara el tiempo límite que necesitaban los técnicos para reparar la planta.

El presidente fue señalando con el dedo índice a cada uno de sus ministros de modo autoritario.

—Quiero que quede muy claro que nosotros representamos a la gente común, a los ciudadanos de a pie, que viven con normalidad y que confían en las compañías de energía estatales que les proveen de calor y luz en sus hogares. Y, por lo tanto, para mantener las fábricas tendremos que tomar ciertas decisiones para privar al pueblo de algunas cosas. Creo en la democracia, aunque últimamente con ciertas reservas, porque a esos ecologistas había que llevarlos a trena y tirar la llave al mar. Se han convertido en fanáticos y están consiguiendo imponer su voluntad sobre la mayoría. Se oponen a todo. Si proponemos algo para mejorar la industria de la energía, ellos muestran su condena, despertamos su ira. Y ya sabemos que no están solos, porque hay gente afín que ayuda a esos que están violentando las calles, los fanáticos islamistas, y arman a pandilleros latinos para quemar Madrid.

Hubo un silencio.

El ministro de Consumo tomó la palabra.

—Señor presidente, si hacemos sufrir al pueblo con carencias de energía, nos encontraremos ante un paro laboral sin precedentes. La crisis se agravará aún más.

—¿Y qué sugieres? —preguntó el jefe del Ejecutivo,

desdeñosamente.

—Privemos a la gente de algo.

El presidente tomó aire antes de hablar y extendió un brazo con la palma de la mano hacia el ministro de Consumo, como cuando se le dice a un animal doméstico que se detenga.

—Guau. ¿Y qué significa eso? —inquirió, sorprendido.

—Un nuevo modo de vida. Imponer de manera indirecta a la sociedad un nivel de vida más bajo. Nosotros somos el gobierno y a través de las compañías de energía se instaurará el cambio paulatinamente.

Una media sonrisa reemplazó ahora la expresión de sorpresa del presidente.

—Tú estás loco —espetó, muy enojado.

El ministro de Defensa tomó la palabra.

—La propuesta igual no es tan disparatada como parece. Quizá sea el momento de hacer un gran reinicio en la sociedad española.

El presidente volvió a golpear la superficie de la mesa con la palma de su mano.

—Vamos a ver —tronó, indignado—, esto ya se está pareciendo a una ópera cómica. Se supone que estamos aquí reunidos para tomar decisiones con sentido común y cierto raciocinio, pero estos últimos comentarios son espantosos.

El ministro del Interior movió la cabeza y sonrió indolente.

—Señor presidente, está usted poniendo la cabeza en el lazo.

—¿Cómo dices? —preguntó con una mirada enfurecida; su cara había tomado un tono rojo.

—Vayamos por partes. En primer lugar, mientras los técnicos reparan la planta de energía dañada por un acto de sabotaje, cumplo con el deber de advertirle que, si no pasamos a la acción, las calles seguirán ardiendo. Ahí fuera estamos en guerra. Uno puede pensar que nada sucede y que nada va a ocurrir y que todo son exageraciones hasta que retumban los tiros.

—¿Qué sugieres?

—A finales de la década de los noventa, dos atracadores asaltaron un banco en North Hollywood, en Los Ángeles, armados con varios fusiles de asalto modificados para disparar en automático y con cargadores de alta capacidad mientras llevaban chalecos antibalas.

—¿Y? —le interrumpió el presidente; lo miraba con la boca abierta, en un gesto de burla.

—La potencia de fuego de esas dos personas mantuvo a raya a las patrullas de policía que acudieron inmediatamente. Los dos atracadores dispararon más de mil balas e hirieron a unas veinte personas en un tiroteo que duró casi tres cuartos de hora. Después de aquel suceso, el departamento de policía de Los Ángeles y otros por

todo los Estados Unidos se armaron con fusiles de asalto AR-15.

—Tenemos a los GEO, la UIP, los GOR. ¿Qué más quieres? —volvió a preguntar el presidente, que no ocultaba su aspereza hacia el ministro del Interior.

—Necesitamos dotar a los policías de nuevas armas más sofisticadas. Proveer de material militar a nuestras fuerzas de seguridad. Crear unidades tipo SWAT, que intervienen en casos de toma de rehenes o detenciones de sospechosos peligrosos que estén armados. —Hizo una pausa y continuó—: Este tipo de unidades estaría equipada con material que incluyese vehículos blindados, armamento, sistema de visión nocturna, uniformes de camuflaje…

El ministro de Defensa levantó la vista, sonriente.

—Ojo con militarizar a la policía. Existe un informe donde se detallan numerosos casos de entradas violentas en casas de personas inocentes y uso excesivo de la fuerza. Además, menos de un diez por ciento de sus intervenciones suelen tener que ver con un atraco con rehenes, una persona atrincherada con un arma o un tirador activo. Solo en algo más de la mitad de sus intervenciones se encontraron armas. Es decir, que no hay justificación para emplear este tipo de unidad policial para realizar detenciones o registros. De hecho, según mi información, más del cincuenta por ciento de las actuaciones de los SWAT causaron daños en la casa en la que entraron, como, por ejemplo, romper una puerta con un ariete.

—Pero tenemos las calles ardiendo —agregó el ministro del Interior, con cierto embarazo; era consciente de que todos los presentes conocían la gravedad de la situación del terrorismo callejero, y que él lo tuviera que mencionar le podría costar el puesto y ser el fin de su carrera—. Ahora mismo, mientras hablamos, bandas latinas y del norte de África están asaltando bancos y hoteles, quemando cajeros, destrozando escaparates para dedicarse al pillaje. Grupos de jóvenes inmigrante ilegales han llegado a Madrid desde distintos puntos de España. Parece todo coordinado. Es inconcebible que no se hayan tomado las medidas necesarias para cortar de cuajo la toma de la capital de España por parte de hordas dispuestas a arrasar con todo lo que encuentran por delante. Según nuestra información, podemos confirmar que, aunque algunos estén actuando de manera espontánea, aprovechándose de la poca seguridad que hay en las calles, otros grupos armados han sido instruidos para venir aquí, armados. En su mayoría, son personas con adiestramiento militar procedentes del Magreb.

—No, el problema no son las bandas latinas armadas y los inmigrantes magrebíes y subsaharianos que asolan barrios enteros —dijo el ministro de Defensa en tono cáustico—. El principal problema lo constituye la élite intelectual que defiende el multiculturalismo: la

idea de que no existe la civilización, sino un batiburrillo de culturas todas iguales.

Mientras los escuchaba, el presidente cavilaba al mismo tiempo que miraba papeles. Movió la cabeza en un gesto de perplejidad.

—En lo que menos estoy interesado es en fomentar una situación sacada de una película apocalíptica de Hollywood con fuerzas militares por las calles. —Se dirigió al ministro del Interior con una expresión de enojo, molesto, a la defensiva—. Lo que nos apremia es reparar la central energética dañada y, mientras tanto, estudiar y promover nuevas alternativas de energía para evitar situaciones como las que nos encontramos —dijo abruptamente, y echando hacia tras, la silla, se levantó—. Os pido unos minutos de receso. Necesito ordenar mis ideas.

—¡Qué manera de crucificarse! —sentenció Julián—. Mientras tanto, la desorganización es tremenda. Ahí fuera, en las calles, no solo están destruyendo mobiliario urbano, sino instalaciones eléctricas, y se necesitarán días o incluso semanas para reemplazarlas o repararlas. El presidente del Gobierno tiene miedo de sacar a las fuerzas del Estado a la calle por la pérdida del rédito político de cara a unas próximas elecciones generales. Lo que está en juego es la supervivencia de este país si no se arregla lo antes posible la planta generadora y de control de energía.

—Como el equipo que está reparando la planta no consiga que esta vuelva a funcionar de nuevo —comentó Varun—, será el ejército el único que pueda mantener la seguridad en las calles. Porque nosotros no damos abasto.

Julián asintió.

—Por cierto, ¿dónde está Laura?

15

Aunque la temperatura iba en aumento, el aire fresco anunciaba la llegada del invierno.

No había farolas, semáforos ni ningún tipo de alumbrado que funcionara; se atisbaban algunas velas en los balcones de las casas.

Laura García y su equipo de operativos eran los únicos que circulaban por la carretera. Conocían la preparación de los grupos terroristas que habían invadido las calles de Madrid.

El crimen organizado había sido armado. Miles de menores extranjeros no acompañados (también llamados MENA) que habían entrado a España manera ilegal, al cumplir la mayoría de edad se habían quedado varados, en la calle. Encontraban su lugar en las bandas juveniles, cometiendo violaciones en masa a chicas. Sin documentación que probase su identidad, la mayoría tenían antecedentes criminales. Robos y hurtos estaban en la orden del día. Este clima, junto con la impunidad con la que actuaban, contribuía a que la sociedad española se embruteciera. Estos grupos salían a calle a cazar.

A esto había que añadir a los magrebíes adultos que habían viajado a Madrid para mantener la anarquía en las calles. Los asesinatos se sucedían como la espuma, incluso entre ellos mismos.

No adoptaban ningún patrón. Incluso daban nombres ficticios a sus líderes; de este modo, si eran arrestados, propagaban información falsa que conseguía desconcertar a las fuerzas de seguridad, que no veían forma de neutralizar al enemigo por esa falta inexistente de estructura jerárquica.

En el Cervantes habían detectado en un parque una reunión secreta de un grupo de siete ultraviolentos. Las grabaciones de la conversación en idioma árabe que habían tomado a través de un dron lo decían todo.

—¡Hay que crear más violencia! ¡Más caos! Y muertes. Muchas muertes. Que la gente tenga miedo a salir.

—No podemos atacar todos los días —dijo otro.

—Nuestros hermanos tienen material distribuido por distintos puntos de la ciudad. Nosotros aún tenemos mercancía en mi taller.

—¿Entonces? —preguntó un tercero.

—Entonces, ¿qué? No es suficiente con quemar cajeros, romper

escaparates y hacer explotar vehículos.

—¿Qué hay que hacer?

—Muertos. Hay que llenar las calles de muertos. Haremos pilas de cadáveres en las aceras. ¿Sabéis por qué? —Hubo un instante de profundo silencio—. Porque de este modo crearemos el miedo y luego el pánico entre los vivos.

Todos se rieron de la forma en la que había pronunciado estas últimas palabras, imitando la forma de hablar de un cantante de rap.

Sin darse cuenta de que eran monitorizados desde el aire, se dirigieron hacia el lugar donde tenían el arsenal.

Una hora después, cuando se encontraban reunidos en el taller, haciendo acopio de material, fueron neutralizados por el grupo operativo del Cervantes dirigido por Laura García.

En el interior del local encontraron todo tipo de herramientas, quincallas y artículos de destrucción: extintores de incendios manipulados, productos para fabricar cocteles molotov, explosivos y mecanismos de precisión, productos químicos importados y armas de distinto tipo, como pistolas, fusiles, escopetas, machetes y muchas navajas. También encontraron mucha comida enlatada, legumbres y frutos secos.

Antes de marcharse del lugar, los operativos pusieron explosivos y los hicieron estallar, causando el derrumbe del edificio.

Todas las ventanas adyacentes se rompieron, lo mismo que los cristales de los vehículos aparcados en la zona. No era un barrio residencial; así pues, no hubo afectados. Sin embargo, debido al depósito de material explosivo, se produjeron incendios violentos que duraron mucho tiempo.

Tras la última intervención, el grupo operativo se encontraba de vuelta.

La furgoneta tenía la carrocería llena de pintura y óxido para dar la imagen de que era un vehículo antiguo que no presentaba amenaza alguna ni tenía nada de valor en su interior.

Habían cruzado Atocha y se dirigían hacia Goya. Cuando entraron en la zona del Retiro, bordeando el parque, desde la derecha les lanzaron varios contenedores contra el vehículo, pero Óscar, al volante, los esquivó con rapidez y suma profesionalidad.

En la sala de operaciones del Cervantes, Varun vio más movimientos y amplió la imagen en la pantalla central.

En el interior de la furgoneta escucharon la voz de alarma del informático que monitorizaba la ruta.

—Ojo, se os vienen encima más contenedores —advirtió.

A pocos metros de distancia, un numeroso grupo de personas bloqueó la calzada. Desde los laterales salieron otros tantos alumbrando la calle con bengalas.

—Salid de ahí, ya —prorrumpió de nuevo la voz de Varun en el interior del vehículo—. Os van a bloquear la salida.

Óscar dio un violento volantazo.

De inmediato, una especie de contenedor modificado golpeó la furgoneta, emitiendo un ruido espantoso.

Óscar apretó el freno y, enseguida, una lluvia de balas comenzó a impactar en la carrocería. Pisó el acelerador para evitar que la furgoneta quedase bloqueada. Sin embargo, los neumáticos del lado derecho reventaron.

Aunque los cristales eran antibalas, no podían permanecer mucho tiempo en el interior, ya que la intención de los asaltantes sería incendiar el vehículo. Esto mismo sucedió.

Una lluvia de cócteles incendiarios golpeó el techo y los cubrió de fuego.

Los ocupantes de la furgoneta cogieron sus rifles de asalto.

De manera automática, el adiestramiento militar les vino a la mente a todos ellos.

—¿Estáis listos? —gritó Laura.

Todos se habían puesto sus mochilas a la espalda.

—A tu orden —gritó Fabián.

—Nos dirigiremos al otro lado de la calle, donde tomaremos posiciones —ordenó ella, con tono imperante.

Salieron de la furgoneta.

Comenzaron a disparar a sus atacantes al tiempo que cruzaban la calzada corriendo y agachándose detrás de los vehículos abandonados.

Óscar se giró y lanzó al interior de la furgoneta una granada. Así, quería evitar que pudieran manipular o utilizar cualquier aparato electrónico.

A sus espaldas, la carrocería pegó un brinco sobre el asfalto y comenzó a arder.

Las armas de sus atacantes eran más ruidosas y emitían un destello más brillante en comparación a los rifles de asalto HK416 A5 que utilizaban Laura y su equipo.

Corrían a salto de mata, en parejas. Siguieron cubriéndose en coches estacionados al tiempo que disparaban y volvían a emprender la carrera.

El fuego de respuesta había cesado. Cuando llegaron a la calzada y tomaron posiciones, recargaron los fusiles. Habían disparado más de cien cartuchos desde que habían salido de la furgoneta.

Fabián y Óscar estaban tendidos sobre la acera, adoptando posiciones de tiro. Tom y Laura permanecían de pie tras un vehículo.

—¿Todo *OK*? —preguntó Laura.

—*OK* —contestaron todos.

Una docena de personas armadas se aproximaba.

—Esta gente se cree que esto es como en las películas —dijo Tom mientras cambiaba ligeramente la postura y seleccionaba una posición predeterminada en su fusil.

Laura apuntó a un hombre armado con un machete que se había subido sobre un coche.

—Esperad a que los objetivos queden al descubierto.

El hombre sobre el capó no dejaba de gritar improperios.

—Parecen drogados —dijo Fabián.

—No lo dudes —aseguró Tom—. Para tener las agallas de hacernos frente, necesitan un buen colocón.

—Joder, por esto ni la policía ni la Guardia Civil salen a la calle —dijo Óscar—. Hasta que no salga el ejército, esto no va a tener fin.

—A mis órdenes —anunció Laura, apuntando al energúmeno sobre el coche—. Uno, dos, ¡tres!

Cada uno comenzó a disparar a sus blancos. Los asaltantes fueron cayendo. Parecían monigotes en un campo de entrenamiento.

Después de consumir un cargador entero cada uno, cesó el ataque.

—A movernos —ordenó Laura, pegando un salto para incorporarse y salir corriendo seguida de su equipo, que recargaba sus fusiles al mismo tiempo—. Tenemos que largarnos de aquí.

Corrieron en paralelo a un bloque de edificios hasta doblar la esquina.

—Laura, en la dirección en la que vamos acabaremos en el Retiro —dijo Fabián a su espalda—, y allí es donde mayor número de enemigos tenemos.

—Así no llegaremos al Cervantes —comentó Tom—. Nos quedaremos sin munición si tenemos que hacer frente a cientos de grupos armados.

Laura habló por su pinganillo mientras los demás revisaban sus armas.

—Varun, ¿a dónde vamos?

—Las posibilidades de que lleguéis aquí a salvo son muy improbables si continuáis en la calle. Ahora mismo, más de cincuenta personas se dirigen hacia vuestra zona. Han dado la voz de alarma, y quieren rodearos.

—Vale, me alegra saberlo. ¿Qué se te ocurre?

—Que os metáis en las alcantarillas. ¿Te acuerdas?

—Las alcantarillas —repitió Laura; los demás se quedaron sorprendidos al oírlo.

—Una vez hablamos de que se podían utilizar en un hipotético caso de ataque con misiles nucleares —dijo Varun.

Ella no lo dudó un instante.

—A las alcantarillas —ordenó.

Fabián corrió hacia la primera tapadera que vio. Se quitó la

mochila del hombro y se puso de rodillas mientras sus compañeros lo cubrían.

Sacó de la mochila un gancho y extendió el mango hasta tener una herramienta firme. Hizo palanca en la gruesa tapa con un cuchillo y levantó la pesada tapa circular de hierro; la arrojó a un lado, emitiendo un restallido incómodamente audible. Luego, lanzó a la oscuridad un lápiz que, al caer al fondo, iluminó el interior.

—A dentro, rápido —ordenó Laura.

Se quitaron todos las pesadas mochilas y se las fueron pasando conforme descendían al interior.

A continuación, Fabián colocó de nuevo la pesada tapa metálica, que se cerró sobre ellos, resonante.

16

Una vez en el interior de la alcantarilla, se ayudaron unos a otros a colocarse de nuevo las mochilas. Se pegaron los fusiles al pecho con la culata alta, apuntando hacia la humedad del suelo.

—Ya estamos dentro —murmuró Laura por el pinganillo.

En la sala de operaciones, Varun observaba en su pantalla el movimiento del equipo operativo.

—Os veo —dijo—. Id recto y ya os avisaré cuando debáis cambiar de ruta.

Enseguida comenzaron a chapotear con las botas. La marcha era lenta y se guiaban solo por la luz de sus diminutas linternas LED. La temperatura era más cálida que en la superficie.

Al cabo de unas cinco horas habían recorrido un kilómetro. Siguieron las instrucciones de Varun, que les decía cuándo torcer a derecha o izquierda o evitar caminar por cierto lugar.

En ocasiones, la alcantarilla se estrechaba con un diámetro de apenas metro setenta. Entonces, caminaban encorvados con las mochilas raspando el techo de cemento.

Durante la marcha pudieron escuchar ruidos de sirenas, lanzamientos de botellas de vidrio e, incluso, reverberaciones de disparos

—No sé si hemos hecho bien metiéndonos aquí debajo —rezongó Fabián, haciendo una mueca.

Al cabo de un tiempo, en una plataforma de cemento, Laura se paró en seco.

—Descansaremos.

—Raciona el agua, Tom —dijo Fabián viendo a su compañero tragar de la botella sin mesura—. No sabemos cuánto tiempo permaneceremos aquí abajo.

—Lo mejor que podemos hacer es compartir las cantimploras —advirtió Laura—. Así nos pondremos un límite.

—Pues empecemos con la de Tom —añadió Fabián, alargando la mano hacia su compañero. Este le pasó su botella.

Se sentaron sobre el húmedo suelo. De repente, oyeron una explosión.

—¿Qué ha podido ser eso? —preguntó Tom.

—Una gasolinera —respondió Fabián.

—No, hombre —dijo Óscar—. Un vehículo, posiblemente un turismo.

—Las cosas se están poniendo muy feas ahí arriba —comentó Tom.

En seguida olieron el humo que se filtraba por el sistema de alcantarillado.

—Esto ya es increíble —admitió Fabián—. Lo oímos, lo olemos, pero no podemos verlo.

Compartieron la misma botella, engullendo pequeños tragos y sin apenas decirse nada.

Continuaron el camino.

Laura iba contando las alcantarillas para poder conocer la distancia recorrida, pero también el final de una calle y la información de que pasaban bajo una determinada calzada o barrio madrileño. Apuntaba la linterna hacia las escaleras bajo cada tapa circular y vislumbraba los números de serie y letras inscritas. Se lo comunicaba por el micrófono a Varun.

Fabián se tocó los bolsillos y gruñó.

Todos se pararon a observarlo.

—Mierda, me dejé mi navaja suiza en la furgoneta —dijo en tono de resignación.

—Ya tendrás tiempo de comprarte una nueva cuando volvamos —repuso Laura

—En breve tenéis que salir. Dos calles más —anunció Varun.

—Chicos, ya estamos cerca —dijo Laura, iluminando una de las últimas tapas.

A la siguiente, se paró en seco.

Con cautela, abrieron la tapa metálica y uno a uno fueron subiendo por las escaleras. Mismo procedimiento que en la entrada: se quitaron las mochilas y se las iban dando conforme cada uno salía. Avanzaron despacio una vez estuvieron en el exterior.

Conforme salían escrutaban en todas direcciones. Todos mantenían el seguro retirado, dispuestos a disparar a la menor provocación.

Se movían en fila. Laura, en vanguardia, hacia señales con la mano y los brazos. Avanzaban en silencio y se tocaban en el hombro, siguiendo el manual de avance táctico militar.

La marcha por las calles desiertas del centro de Madrid seguía siendo rápida y silenciosa.

—Laura, cuidado. Un hombre avanza en tu dirección —advirtió Varun.

Ella se paró en seco. Levantó el puño e hizo una señal al aire.

Un hombre, dando tumbos por la acera, se paró y comenzó a orinar frente a unos contenedores volcados en la calzada. Alzó la cabeza y los vio frente a él.

—¿Quiénes sois? —preguntó en francés, balbuceando; obviamente,

estaba borracho.

Todos se fijaron en que tenía un machete colgando de la cintura.

Fabián dio unos pasos hacia adelante y le susurró en el mismo idioma:

—No te pasará nada si te largas de aquí sin decir nada.

El hombre estaba tan horrorizado que salió corriendo en sentido contrario.

—Laura. Peligro —informó Varun desde la sala de operaciones—. Un coche se acerca a gran velocidad.

Ella levantó el brazo, informando de la noticia que acaba de oír por su pinganillo para alertar a sus hombres.

Un Audi A8 apareció tras la esquina. Salieron cuatro hombres armados y comenzaron a dispararles. Laura y su equipo retrocedieron buscando cobijo detrás de los contenedores.

—¿Cómo han podido saber de nosotros? —preguntó Laura.

—Hay un dron sobrevolando la zona —respondió Varun—. Voy a desactivarlo.

Inmediatamente, cayó del cielo el aparato y se estrelló sobre la calzada.

Laura hizo una señal y todos repelieron el ataque a la vez. Los cuatro asaltantes cayeron al suelo como monigotes de feria.

—Al vehículo —grito Óscar al ver la silueta de dos personas armadas a punto de salir.

Acribillaron la carrocería.

Se acercaron con rapidez. El asfalto estaba lleno de sangre y salpicado de esquirlas de cristales rotos.

Uno de los hombres abatidos dejó de convulsionarse.

—Sigamos —ordenó Laura. Extrajo el cargador del rifle y lo sustituyó por otro que guardaba en un bolsillo—. Ya estamos cerca del Cervantes.

—Una furgoneta a gran velocidad se os aproxima —volvió a advertir Varun.

Laura hizo una serie de gestos con la mano hacia sus hombres, y todos apuntaron a la furgoneta que se dirigía directamente hacia ellos en actitud suicida.

—¡Esperad a tenerla cerca, chicos! —gritó Laura. Cuando el vehículo estaba ya muy cerca, circulando casi en línea recta, volvió a gritar—: ¡Ya!

Los proyectiles atravesaron el parabrisas y acribillaron al conductor. Los casquillos llovían sobre los pies de todos los operativos.

La furgoneta derrapó con violencia hacia un lateral, se adentró en el arcén a mayor velocidad y, dando brincos, se estrelló contra la verja metálica de un supermercado Consum escupiendo humo y vapores.

Laura hizo un movimiento de atención con la mano en el aire.

Apuntaron todos hacia la parte trasera, que sobresalía del comercio.

El portón se abrió y dos hombres que empuñaban pistolas salieron disparando.

Sin embargo, los operativos estaban mejor preparados; sus proyectiles impactaron a los dos terroristas en la caja torácica y en la cabeza, y se desplomaron en el suelo. Uno de ellos chilló mientras era agujereado y se retorció de mala manera hasta que al caer dejó de moverse.

—¡Recargad! —gritó Laura—. Enseñadme el puño cuando hayáis terminado.

Volvieron a recargar los rifles con rapidez.

Alzaron el puño uno a uno.

La escena estaba extrañamente silenciosa después de tantos disparos.

—Se metieron en la fiesta equivocada —dijo Fabián, riéndose entre dientes.

—Chicos, registrad el interior —ordenó Laura a Fabián y a Tom, mientras ella y Óscar permanecían en alerta.

La furgoneta era un auténtico colador. Aún salía humo.

Encontraron un mapa de carreteras con círculos marcados en distintos lugares.

—Esta gente tenía previsto saquear una serie de tiendas y supermercados —dijo Fabián.

—Evidentemente, han estado haciendo todo lo que han podido desde el comienzo del apagón —añadió Tom.

Alertado por los sonidos de un animal, Fabián se alejó unos metros.

—¡Fabián! —gritó Laura a su espalda.

Él no le hizo caso y se inclinó a acariciar un labrador de color canela, asustado, con la cola entre las patas traseras.

Tom y Óscar sonrieron. Laura se giró, atenta a cualquier peligro inminente, y observó en derredor. Fabián no dejaba de hacer carantoñas al animal, que se dejaba rascar la barriga con absoluto placer.

De repente, un hombre apareció de la nada con un machete al aire, dispuesto a descargarlo contra la cabeza de Fabián.

Laura le disparó en la cabeza. El perro salió corriendo y se perdió calle arriba. La víctima se desplomó hacia atrás con los brazos abiertos, derrumbándose contra el suelo, donde dejó un reguero de sangre.

Fabián se incorporó, dio un bufido. Laura se puso tensa.

—¿Ahora qué? ¿Vas a criticarme por mi modo de reaccionar? Que si voy en plan justiciera, independiente, con poca empatía, ¿eh?

Fabián hizo una mueca de desagrado y volvió junto a sus

compañeros.

—Lo siento —repuso.

Laura se acercó a él y abriendo el pulgar y el índice como si fuera una pistola, apretó el dedo contra la base de su cráneo.

—¡Pum! —exclamó, rechinando los dientes, mostrando su ira. Fabián no se inmutó—. Eres un profesional y cualquier actuación sensiblera de este tipo puede suponer tu muerte y ponernos a todos en peligro.

—No volverá a ocurrir —respondió en voz alta mirando a Laura y a sus compañeros.

—Bien. ¡Sigamos! —ordenó.

Se pusieron en marcha.

Al avanzar se fueron encontrando vehículos incendiados o solo abandonados, baterías de coches tiradas en las aceras, bloques de motores por las calzadas.

Llegaron a salvo al Cervantes.

Pocas horas después, ante la sorpresa y alegría de todos, se restableció la energía eléctrica. Los técnicos habían conseguido reparar la planta generadora dañada. Poco a poco, la ley y el orden se restablecerían.

PARTE TRES

EL SABOTEADOR

17

Era ya de noche en la India. A tres kilómetros del centro urbano, una brisa helada se colaba entre las piedras y los peñascos de la colina.

Sobre un altozano, un hombre cortaba el último trozo de alambre. Esa parte de la valla cayó. Entonces, cogió una mochila, que contenía paquetes de explosivo plástico, y la pasó por el agujero. Después, se deslizó por él.

El suelo de tierra y gravilla crujía bajo las gruesas suelas de sus botas. Se guardó el pesado cortador de alambre en el cinturón. Se colocó unas gafas de visión nocturna y echó un vistazo muy despacio alrededor.

Quería evitar ser descubierto por alguna patrulla de policía que merodeara por el lugar. Vio abajo las luces brillantes y desparramadas de las chabolas en los suburbios de las afueras de Bombay.

Nada. No había peligro alguno. Se quitó las gafas, que le privaban de campo de visión y, por tanto, de anticipar un peligro mientras caminaba, y comenzó a ascender entre los árboles y arbustos bajo la noche solitaria.

Llegó a la cerca que rodeaba el edificio. La operación de esa noche involucraba causar la mayor avería posible en la planta de energía que aprovisionaba a la ciudad. Aquel acto de sabotaje sería solo un ensaño. Tenía previsto quedarse por allí y perpetrar un atentado de mayor envergadura, esta vez con muchas víctimas mortales.

Si todo iba bien, el daño que iba a provocar con un apagón diezmaría la moral de la población, dándole margen de maniobra y disposición para pensar en su siguiente operación.

De nuevo, hizo uso del pesado cortador de cable. Cuando se inclinó para pasar por el alambrado, se le enganchó la ropa en la punta de un alambre. Tiró y sintió el desgarrón de la tela. Echó la mano atrás, cogió el alambre. Doblándolo con sumo cuidado, consiguió soltarlo de la prenda. Entonces, siguió sin más dificultad.

No había vigilancia en aquella zona. Tenía dos enormes trasformadores enfrente de él. En el principal colocó un explosivo plástico que llevaba en la mochila. Luego añadió los detonadores e instaló el cable que conectaba con los reguladores de tiempo.

Hizo lo mismo en el segundo, manejando la carga delicadamente,

asegurándose contra una explosión prematura. Conectó los alambres de los detonadores y consultó su reloj.

Tenía diez minutos para recorrer el camino de vuelta y llegar a la motocicleta que había dejado escondida colina abajo. Estaba convencido de que el Gobierno regional indio tardaría mucho en organizar una reacción ante la carencia de energía. Típica burocracia india: comenzarían a echarse la culpa unos a otros hasta que, por unanimidad, decidieran que, por el bien de todos, tendrían que reparar los transformadores.

Tenía estos pensamientos en la cabeza mientras se arrastraba fuera cuando oyó el ruido del motor de un vehículo. Se paró a escuchar.

A esa hora de la noche, ningún residente de la zona se atrevería a ir por allí. Entre otros motivos, los indios solían evitar salir al campo de noche por miedo a los leopardos y a los animales salvajes que, en busca de comida, se internaban en la periferia de las ciudades.

La carretera de tierra que subía hasta allí estaba llena de curvas. El reflejo de los faros se veía proyectado en los árboles y arbustos. Cada vez era más pronunciado el ruido del motor. Entonces, lo identificó: era un viejo *jeep* Maruti-Gypsy de la policía.

Con la mochila a cuestas y el pesado cortador de alambre en el cinturón, corrió hacia un lugar pedregoso lleno de matas. Se aplastó contra el suelo justo cuando el todoterreno tomó la última curva e iluminó con los faros el lugar.

Miró su reloj. Lo que le preocupaba era la proximidad de la explosión. No podía permanecer mucho tiempo en el lugar donde estaba.

El *jeep* paró. Un oficial, que ocupaba el asiento de copiloto salió, orinó y volvió al interior. Siguieron el serpenteante camino, bordeando la colina, para regresar a la carretera principal por el otro lado del altozano.

Tan pronto se fueron, el hombre echó a correr hacia abajo. Tropezó una vez y se recobró. Saltaba los arbustos que se encontraba por el camino; pisó una piedra al caer y creyó doblarse el tobillo. Ignorando el dolor, continuó a toda prisa.

Entonces, le alcanzó el ruido de la explosión. Primero tembló el suelo, como si fuera un terremoto sacudiendo la tierra. Entonces se escuchó un estallido retumbante desde lo alto de la colina.

Unos segundos después tuvo lugar la segunda explosión, tan fuerte como la anterior.

Continuó corriendo mientras el cielo se iluminaba de destellos amarillos y azules. Las llamas del aceite de los transformadores quemándose enseguida iluminaron la zona.

Tenía que huir lo antes posible; de lo contrario, su presencia se vería desde cualquier punto del camino. Si el *jeep* daba la vuelta,

podrían ver a un hombre escapando del lugar.

Consciente de la necesidad de desaparecer lo antes posible, saltó en su motocicleta, arrancó y, derrapando sobre la tierra, aceleró violentamente.

Estaba extenuado por la carrera. Sin embargo, era un hábil conductor y conducía la moto rugiente a toda prisa con absoluta profesionalidad.

Entonces, al tomar la curva del camino para acceder a la carretera principal, alzó la mirada a lo lejos: había conseguido su propósito. La mitad de la ciudad de Bombay se había quedado sin luz.

18

La energía volvió a Madrid y sus alrededores.

Los habitantes de las ciudades volvieron a sus viviendas. Muchos se habían marchado al campo y dispersado por los montes tras los rumores, que corrían de boca en boca, acerca de que los centros urbanos podrían ser objetivos de ataques nucleares y bombas sucias por parte de grupos terroristas.

Incluso había gente que ya tenía asumido que, si la situación se prolongaba por mucho más tiempo, la vela y el vapor se impondrían para suministrar alimentos y el transporte de personas.

Se calculó que durante los siete días de apagón había habido veinte mil robos y cinco mil allanamientos con violencia.

Desde el Gobierno se dijo que los asesinatos por disparos a grupos violentos habían sucedido entre bandas rivales de delincuentes luchando por la hegemonía en las calles. Lo que no se dijo fue que ocurrió aprovechando la pasividad absoluta de las fuerzas de seguridad del Estado, atadas de pies y manos por la inoperancia y las indecisiones de un gobierno que pensaba que su imagen pública acabaría dañada si declaraba la ley marcial en el país.

El Cervantes accedió a la investigación oficial sobre la explosión en la mayor planta generadora y de control de energía de Madrid. El Gobierno quiso silenciar los motivos para no perder votos y evitar que la oposición exigiera responsabilidades y, por tanto, dimisiones en la ya debilitada coalición. Pero la planta había sido saboteada.

Varun señalaba en la pantalla digital de su ordenador. Julián Fernández estaba de pie a su lado.

—Es decir, según tú, el terrorista Osman Shariff tenía información sobre la distribución de energía en Madrid.

Varun tecleó en su consola mientras hablaba.

—El edificio principal del generador es muy complicado. Hay seguridad privada y cámaras. Solo una persona autorizada podría haber accedido al interior. Debió de hacerse pasar por un técnico y anduvo por las instalaciones sin levantar sospechas. Llevó maquillaje y consiguió un pase oficial.

—¿No tendría ayuda en el interior?

—No. He estudiado las grabaciones que he podido rescatar de la base de datos de la empresa de vigilancia privada y no veo la

conexión. Actuó en solitario. —Golpeó con el índice una tecla en su consola y se retrepó en su asiento.

En las imágenes se veía a una persona vestida con mono de trabajo y una mochila a la espalda.

—Pero en la entraba le habrían registrado los de seguridad y hecho pasar esa mochila por el detector de metales.

Varun apretó a una tecla poniendo la imagen en pausa y retrocedió la grabación hasta que se vio al individuo entrando en el edificio.

—Utilizó un tipo especial de inhibidor para bloquear la señal del detector.

Julián refunfuñó.

—Te agradecería que siempre me mostraras las cosas desde el principio.

—Disculpa, jefe. Creía que querías saber cómo puso la bomba.

—Sí, pero para eso debo tener toda la información y analizar la situación —dijo enfadado—. Tú limítate a darme a conocer la información, que seré yo quien tome las decisiones, ¿de acuerdo? Cualquier cosa que pases por alto porque no la consideras relevante, igual para mí sí que lo es. ¿Queda entendido?

—Entendido, jefe.

Varun pulsó de nuevo la tecla y vieron cómo el hombre cruzaba la entrada y caminaba por el interior del edificio.

—Sigue con tu explicación.

—Entones, Osman Shariff se dirigió a esta parte. —Señaló en otra pantalla un plano—. Cuando llegó a esta zona, que es lo más cerca que podía acceder al eje principal del enorme generador de energía, sacó el explosivo y lo ubicó ahí, y puso en funcionamiento un mecanismo de tiempo.

—¿Qué tipo de explosivo utilizó?

—Uno muy sencillo.

—¿Cómo de sencillo?

—He accedido a los informes de los expertos de explosivos que colaboraron en la investigación. Por lo visto, el saboteador utilizó una pequeña carga que, al ser detonada, sale propulsada como si de un proyectil se tratase y destruye todo lo que se encuentre a su paso, incluso es capaz de penetrar en placas de hierro y acero. Por eso, las cañerías de vapor y gas que salían de la caldera quedaron inutilizadas.

—De acuerdo. Utilizó un explosivo *así de sencillo* —dijo enfatizando con tono irónico las últimas palabras—. Ahora veamos cómo escapó el sujeto.

La persona tomó el camino de vuelta sin que la molestaran, llegó hasta la entrada y salió tan tranquilamente al exterior, pasando desapercibido por el personal del centro.

Vieron cómo se produjo la explosión y cómo comenzó a elevarse

un humo espeso y negro.

Varun fue pasando hacia adelante las imágenes hasta que se vio al equipo de bomberos llegar al lugar del siniestro.

—Ahora muéstrame cómo llegaste a la conclusión de que se trataba del tal Osman Shariff.

—La investigación de la policía no ha obtenido ninguna clave acerca de su identidad. No saben quién es. Sin embargo —rebobinó las imágenes y mostró al individuo agarrándose a la barandilla metálica de la escalera justo cuando subía y se cruzaba con dos trabajadores—, hizo este gesto inocente para echarse a un lado y dejarles paso. Un movimiento que no tiene su importancia, pero dejó su huella.

Varun tecleó en su consola y mostró fotogramas maximizados del lugar donde el saboteador puso la mano.

—Se lo envié a mi contacto israelí para cotejar las huellas —siguió explicando—, y mediante sus programas, dieron con el terrorista. —En la pantalla apareció una foto de perfil—. Este es Osman Shariff.

Tenía la piel morena. Los ojos eran de color avellana, claros y medio ocultos por pesados párpados bajo unas cejas gruesas y pobladas. La nariz larga, algo encorvada. El cabello parecía una peluca. No se parecería en nada en la actualidad, sin duda.

—¿Lo has localizado?

—Sí.

—¿Dónde está ahora mismo?

—Informé en su momento, como me dijiste, a Hassena, por si acaso el sospechoso acababa por allí. Ahora se lo he confirmado.

—¿Qué planeará hacer en la India? —preguntó Julián, reflexionando sobre el asunto.

—Visto lo que ha sucedido, nada bueno, desde luego —contestó.

—Vaya, y ¿qué ha sucedido?

—Una explosión en una planta de energía eléctrica al norte de Bombay.

—Pero ¿no te he dicho que me des las noticias desde el principio?

19

Hacía un calor enervante y opresivo en toda la India, especialmente en Bombay. Ese día se esperaba que un frente desde el mar Arábigo llevara un aire más fresco, un alivio, por breve que fuera, para la población.

Millones de aires acondicionados acababan de dejar de funcionar y un número aún más elevado de ventiladores de techo se habían apagado de repente, dejando que se detuviesen las palas poco a poco.

Los refrigeradores y congeladores dejaron de funcionar. Había quien se aliviaba de las altas temperaturas restregando contra su cuerpo bolsas de guisantes y brócoli congelado, cada vez más blandas.

Los jóvenes de las chabolas se tiraban desde las rocas al agua del mar e, incluso, a depósitos de agua. A final del día, familias enteras acampaban con tiendas de campaña en la playa y se refrescaban en la orilla.

Lo que estaba ocurriendo en la capital financiera de la India no había sucedido jamás. No había habido antes una interrupción intencionada del servicio de energía. Los apagones en la India estaban a la orden del día, pero eran por zonas y por escaso tiempo.

Bombay había sido una ciudad consentida, mimada y dependiente de enormes cantidades de energía. Había quien, con estos argumentos, justificaba el corte de electricidad. «Dependiente y devoradora de energía, Bombay ha sucumbido», decían los analistas.

«Pero ¿hasta cuándo?», se preguntaban sus habitantes.

A las pocas horas, el Gobierno de la ciudad aprobó el uso de la reserva disponible. A pesar de que un ejército de técnicos y auxiliares había sido movilizado a la planta de energía para solucionar a la mayor brevedad posible el problema, el ministro jefe del estado de Maharashtra apeló a la ciudadanía a ser consciente de la situación para hacer un uso básico de la electricidad. Dijo que las próximas horas serían cruciales.

Por televisión, radio y redes sociales, recomendó el uso moderado de los aparatos eléctricos; especialmente, que se redujera el consumo de los frigoríficos y el aire acondicionado.

El político pidió cooperación durante aquellos momentos y reclamó paciencia.

—Debemos evitar el caos —agregó desdeñosamente—. No

debemos exceder la provisión de reserva que tenemos. Si llegara el caso, tendremos que tomar medidas estrictas, como cortes parciales.

Sin embargo, evitó mencionar que, desde las diez de la noche hasta la siete de la mañana, se reduciría el voltaje que se suministraba a las zonas más pobladas de Bombay. Los más pobres siempre eran los primeros en sufrir las consecuencias.

—Si la situación se prolongara, el último recurso sería someter a zonas de la ciudad a un apagón total.

El gabinete de prensa del ministro llamó a esos cortes eléctricos «restricciones temporales» para evitar el pánico entre los ciudadanos y minimizar los ataques verbales de la oposición, que aprovechaba la situación para hacer política.

El calor había disminuido algo, pero no mucho. La brisa procedente del mar refrescaba. Ya era media tarde, hora punta del tráfico que bloqueaba las carreteras principales de Bombay.

David Ribas conducía su motocicleta Royal Enfield cuando el tráfico se detuvo. Sorteó varios autobuses y coches, cuyos pasajeros habían bajado a la carretera. Uno de ellos le dijo que parara porque no podría continuar.

Puso el caballete junto a un camión cargado de electrodomésticos. Caminó unos pocos metros y descubrió el motivo de aquel tremendo atasco.

Cientos de mujeres vestidas de forma tradicional obstaculizaban el tráfico con una fila de neumáticos de tractor.

Una de ellas, con el *ghoonghat* en la cabeza gritó insultos contra el gobierno y prendió una de las llantas.

Varios hombres alrededor de David mostraron su preocupación por que aquel disturbio estuviera provocado por mujeres.

Llegó la policía con actitud arrogante. Al contrario que si fueran hombres, las mujeres indias no se solían sentir intimidadas ante las autoridades y comenzaron a increparles.

No pensaban moverse hasta que el gobierno les pusiera electricidad. Se quejaban de que en unas zonas de la ciudad había suministro, pero en la de ellas, no.

Un agente quiso ganar protagonismo y se atrevió a decir que igual no habían pagado la factura. Comenzó a recibir tantos golpes con chanclas entre insultos que sus compañeros se lo tuvieron que llevar magullado.

La policía sabía que, por ser mujeres, no podía sacarlas de allí a rastras.

Al cabo de un par de horas, David jugaba a las cartas con varios conductores, sentados en círculo sobre el asfalto, cuando un juez y el inspector de la comisaría de la zona llegaron.

Todos se acercaron curiosos para presenciar cómo se desenvolvía

la situación.

Hablaron con las mujeres con la intención de que entraran en razón. El juez les explicó que había habido una avería importante en una planta de energía.

Aun así, ellas no pensaban moverse. Al final, se firmaron unos documentos y el juez se comprometió a llevar dos generadores a la zona para que al menos ellas tuvieran un suministro básico de electricidad mientras se reparaba el que había sido dañado.

Por fin, se reanudó el tráfico.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó David tomando asiento frente a Hassena.

—Mejor —contestó—. No voy a permitir que el cáncer me arrebate a pedazos la existencia. —Hizo un gesto desdeñoso—. Pero no quiero hablar de esto.

David asintió.

—De acuerdo —dijo, al cabo de un instante.

Ambos permanecieron un momento en silencio. Él sabía que Hassena lucharía para vencer la enfermedad. No se rendiría.

—¿Has comido?

—No he tenido tiempo —contestó él, moviendo la cabeza—. Pero la verdad es que no tengo hambre.

—Tonterías. —Hassena se levantó de su escritorio—. Vamos al salón a comer algo juntos. Tengo todo preparado.

Llamó por el interfono y dio la orden de que sirvieran la comida.

Tomaron asiento en una mesa ancha junto a la pared. Las ventanas estaban abiertas de par en par y los ventiladores de techo funcionaban a su velocidad máxima. Era una temperatura agradable.

Hassena no tenía problema con el suministro de energía, pero aun así lo administraba, evitando hacer uso del aire acondicionado en todo el edificio durante el día y solo encendiéndolo por la noche.

Tres criados les sirvieron huevos revueltos, *chappatis* con *ghee*, yogur y *pickle* de mango.

Cuando dio el primer bocado, David descubrió que, después de todo, tenía hambre, y comió con gusto.

Terminaron con un té *masala* muy fuerte y dulce, que tomaron en el sofá.

—Cuanto más radicales son, más difícil es agarrarlos —Hassena reflexionó.

—Nunca es fácil cuando se trata de fanáticos.

—Más fácil es comprar un helicóptero a China e introducirlo en Pakistán desmontado.

—¿Desmontado? —preguntó David.

—Sí, ya sabes, por piezas. En cargamentos por separado. Por avión, por barco o por tierra se van enviando las piezas. No es tan difícil

como se pueda pensar. Es más, estoy seguro de que varios países realizan actividades de este modo.

—¿Tienes alguna información sobre ese terrorista que ha saboteado la planta de energía?

—Tengo en la calle a todo el mundo pendiente de echarle el guante.

—Que yo sepa, en Bombay no existen las presas de altos muros cuyos enormes saltos de agua se utilizan para generar energía hidroeléctrica —dijo David—. Ni siquiera hay presas concebidas como embalses para riego, redistribución…

—Esos embalses suelen contener más de cuarenta millones de metros cúbicos de agua y suelen estar en el sur de la India, donde llueve mucho más.

—¿Entonces? Ya podemos descartar algo. Que no pretende dejar sin energía eléctrica a toda la ciudad.

—¿Qué quieres decir?

—Evidentemente, ese saboteador ha creído que sumiría a Bombay en el caos. Pero, como sabemos, esa planta no distribuye toda la electricidad de la ciudad. Pretende algo mayor.

—Esa persona anda por las calles de esta ciudad estudiando un posible objetivo para ejecutar un atentando de bandera falsa. Igual que intentaron los tres terroristas que abatiste en Ajmer, que buscaban de este modo que India y Pakistán sacaran musculo nuclear —explicó Hassena—. Al atacar a ciudadanos inocentes en territorio de la India, hacen que los ciudadanos, ya de por sí muy patrióticos, se solivianten, exigiendo que el Gobierno responda a los agresores en igual o mayor medida. Los fundamentalistas islámicos necesitan de forma desesperada debilitar los lazos entre India y Pakistán.

—Y defender su territorio hace que los pakistaníes tengan la sensación de luchar por la libertad, en lugar de ser ellos los agresores por permitir que un puñado de grupos terroristas campen a sus anchas por el país, montando sus campos de entrenamientos no muy lejos de las montañas.

—Los países musulmanes son un auténtico hervidero. Son como tiburones entre ellos. Los sunitas no quieren mezclarse con los chiitas.

—Es lo que sucede en Siria, Irak y Turquía.

—Si el día de mañana los sunitas forman un nuevo Kurdistán, la zona se convertirá en un auténtico avispero. Se abalanzarían unos sobre otros sus cuatro ramas internas: malikitas, hanafitas, shafitas y hanbalitas. Date cuenta de que en países como Israel hay diferencias de opiniones políticas. Uno puede ser socialista y otro de derechas o, incluso, de una rama ortodoxa. Pero todos, israelitas, judíos y musulmanes, coexisten a pesar de ellas. Lo mismo se puede decir en Occidente con el cristianismo. Pero no sucede lo mismo en los países

musulmanes, que se odian a muerte porque las diferencias religiosas dentro del islamismo son muy profundas y serias.

—Estoy convencido de que, si consiguen el objetivo de enfrentar a la India con Pakistán, los terroristas islamistas lo utilizarían para infiltrar células en ciudades, pueblos y montañas. Instalarían campos de entrenamiento en lugares remotos de la India desde donde enviar comandos a las grandes ciudades.

—Exactamente es lo que estaba pensando —dijo Hassena—. Esa es la razón por la que los terroristas entraron en la India por Rajastán y no desde Cachemira: porque pretendían iniciar el enfrentamiento entre los dos países y, una vez hecho, utilizar el desierto de Rajastán como zona de guerrillas al puro estilo de Afganistán, que perdure durante años, debilitando la zona fronteriza con Pakistán. Hoy en día, cruzar el Thar no es tan duro como lo fue en el siglo pasado.

—Y, a su vez, se intensificarían las infiltraciones terroristas desde el norte, en Cachemira, abriéndose varios frentes para las fuerzas indias.

— ¿Te imaginas lo que significaría que se declarasen en guerra India y Pakistán? —preguntó Hassena—. ¿Cuánto tardarían en amenazarse con sus armamentos nucleares?

—O con armas químicas.

—Los grandes perdedores serían los ciudadanos inocentes de ambos bandos.

Una ráfaga de disparos zumbó sobre sus cabezas. David saltó hacia Hassena para cubrirla con su cuerpo.

20

Un guardaespaldas entró apresurado. Una bala en la cabeza lo impulsó hacia atrás, y se desplomó en el suelo.

David miró a Hassena a la cara.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella asintió, mirando hacia el cuerpo ensangrentado de su guardaespaldas.

David corrió hacia la ventana y vio entre la multitud a un hombre alejándose; espaldas anchas, movimientos atléticos.

Más empleados armados entraron en la estancia.

—Lleva cuidado, David —gritó Hassena mientras él salía corriendo de la habitación.

Una vez en la calle, se montó en su moto y arrancó de inmediato. Vio desde la distancia al pistolero subiéndose a su vez en una *scooter*.

Comprendió que sería difícil alcanzarlo yendo por esa misma calle, así que tomó otra dirección. Aprovechando la potencia de su Royal Enfield, acortaría distancias y lo alcanzaría por sorpresa en una intersección.

Cruzó la calle a toda velocidad justo cuando el semáforo se puso en rojo y, con un giro a la derecha y otro a la izquierda, sorteó el tráfico que le venía de frente.

Serpenteando entre tanto vehículo, consiguió alcanzar la *scooter* del pistolero. Lo tenía a la vista. Decidió mantener la distancia. El pistolero no se había percatado de que lo estaban siguiendo, ni siquiera se había vuelto hacia atrás.

Lo persiguió por entre el tráfico y por calles retorcidas y estrechas. La *scooter* fue frenando al llegar a un almacén.

David aparcó a una distancia prudencial y vio cómo entraba el pistolero. Soltó su moto y corrió hacia la puerta, que se estaba cerrando. Se coló por debajo justo a tiempo.

Se escondió detrás de unas cajas. Había dos vehículos aparcados y el lugar desprendía un fuerte olor a aceite y humedad.

—¿Ha muerto Hassena? —preguntó una persona en inglés con un marcado acento indio.

—No lo sé —contestó quien acaba de entrar—. Salí del lugar lo más deprisa que puede.

David se percató de que el pistolero era extranjero, con un

marcado acento de Europa del este, ucraniano o ruso. Había tenido encuentros con sicarios que hablaban el inglés con el mismo acento.

—Tenías que haberte ceñido al plan y asegurarte de que estaba muerta.

—Ese hombre, el extranjero que tiene como empleado.

—¿Qué pasa con él? ¿Lo mataste?

—No lo sé.

—¿Tu eres idiota? Si nuestro jefe se entera de que ninguno de los dos está muerto, la responsabilidad caerá sobre nosotros.

—¿Qué hacemos ahora?

Cogió una pistola y la cargó.

—Ir allí y asegurarnos de que has matado a alguno de los dos.

—Pero… la zona estará protegida por sus hombres. Igual la policía ha llegado al lugar. Yo no me puedo exponer tanto.

—Prefiero intentarlo antes de que nuestro jefe se entere de que le hemos fallado.

—Sugiero que esperemos.

—Si no te aseguras de que uno de los dos muere hoy, no cobrarás.

El pistolero asintió, abrió el maletero de uno de los coches y sacó dos granadas.

—De acuerdo. Lanzaré esto desde la distancia.

—Pero, en esta ocasión, no te marches sin estar completamente seguro de que has matado a Hassena o a ese empleado extranjero que tiene.

David se deslizó con sumo cuidado hasta poder echar mano al interruptor de la luz. Cuando la apagó, los dos hombres se sobresaltaron.

El pistolero corrió hacia un lateral, donde había una puerta, pero David se adelantó y le golpeó en la cabeza con el cañón de su pistola. Cayó al suelo de hormigón.

El otro hombre empuño su arma y efectuó un tiro en la oscuridad. David disparó dos veces, y su adversario soltó un gemido.

David subió el interruptor. Fue hacia el pistolero y lo agarró del cabello.

—¿Quién te ha contratado?

—No te lo voy a decir.

—Te aseguro que la persona a quien has intentado matar tiene empleados a quienes les gustaría forzarte a hablar. Ellos conocen muy bien métodos de tortura inimaginables. Dime quién te ha contratado y no te llevaré ante Hassena.

—Me da igual lo que hagas.

Justo al acabar de pronunciar estas palabras, su cuerpo se arqueó y empezó a ahogarse. David se guardó rápidamente la pistola a la espalda, en el cinto del pantalón y se inclinó, intentó abrirle la boca.

Ya era demasiado tarde, sangre y espuma borboteaban. El pistolero había mordido una cápsula de cianuro escondida en la cavidad de una muela.

Dos hombres entraron de súbito. Un tercero lo hizo por otra puerta lateral.

David los observó. A pesar de su corpulencia, eran matones de barrio aficionados a sacar músculo y a ponerse enormes a base de proteínas en polvo. Indisciplinados, duros y violentos.

Las agencias de *casting* de películas de Bollywood solían contratarlos a través de terceros para hacer de extras. Ellos estaban encantados, no por el dinero, sino por permanecer a escasos metros de los idolatrados actores de cine indio.

—Chicos, será mejor que me digáis para quien trabajáis. Así podréis largaros de aquí sin que os haga daño.

Se rieron. Uno de ellos sacó una navaja.

—Te lo advierto, no te acerques —dijo David.

El hombre sonrió y se lanzó contra él con la navaja por delante. David solo tuvo que agarrarle del brazo y doblárselo con rapidez. La clavó una, dos, tres veces en la garganta del hombre, que comenzó a dar tumbos chorreando de sangre. Lo empujó contra los otros dos, que se apartaron de inmediato.

David no esperó, pasó al ataque. Los quería vivos, así que no iba a usar la pistola.

Al primero le dio un golpe directo en la nariz que lo hizo caer de rodillas. Inmediatamente, le propinó un rodillazo en pleno rostro, y se desplomó de costado.

El otro saltó hacia él, pero David, moviéndose hacia un lateral, le propinó un puñetazo en pleno estómago que lo dejó doblado. Lo agarró del cabello y lo estrelló contra la pared, donde rebotó antes de caer al suelo boca arriba.

Personal de Hassena ató y amordazó a los dos hombres. Los empujaron al interior de una furgoneta y les pusieron una capucha.

Tras varios minutos de tránsito por las calles de Bombay, la furgoneta frenó. Los sacaron a empellones del vehículo y de un empujón los dejaron caer a bordo de una lancha.

David y otro hombre más se los llevaron a mar abierto.

Tras alejarse de tierra, les quitaron con brusquedad las capuchas.

—¿Para quién trabajáis? —preguntó David, sentado frente a ellos.

El mar comenzó a agitarse.

—Te juro que no lo sabemos —contestó uno de ellos.

—¿Por qué te iba a creer? —gritó David para hacerse oír entre el zumbido del motor y el fuerte oleaje—. A ver, dadme una pista, intentadlo.

—El que contrató al sicario ucraniano era ruso o alemán, pero

tenía acento extranjero —añadió el otro.

David resopló. Desde hacía años, grupos de asesinos a sueldo extranjeros viajaban a la India para asesinarlo. Tanto él como Hassena eran objetivos. En un principio, sufrían tres o cuatro intentos cada año. Luego, dejaron de ser tan recurrentes; enviaban a asesinos profesionales, que tenían fama de ser rápidos y eficaces, una vez al año o cada dos. Hasta entonces, David les había dado muerte.

El oleaje comenzó a zarandear la lancha de manera inquietante. La zódiac cabeceaba ante cada embestida, bajando y subiendo a merced del oleaje espumoso.

Una fuerte ola alzó la embarcación y sus ocupantes salieron despedidos de sus asientos. Uno de los hombres aprovechó la situación y se lanzó de cabeza contra David. El español lo agarró y lanzó fuera de la embarcación.

El otro hombre se puso de pie e intentó lanzar una patada al piloto, pero la lancha hizo un violento giro, perdió el equilibrio y cayó al agua.

El furioso oleaje no les dejó ver a los gánsteres ahogándose en el mar.

—No se han olvidado de ti ni de mi —le dijo Hassena a David cuando volvió a reunirse con ella—. Estoy segura de que cuanto más tiempo trascurra, el precio por tu cabeza será mucho mayor que el mío.

David sonrió tristemente porque lo que decía era verdad.

—En circunstancias extremas, solo hay una forma de mantenerse vivo.

—¿Y es?

—Estar a la altura. No bajar la guardia. Mantenerse en forma. El día que comience a perder mis cualidades será el principio de mi fin.

—Vamos, vamos —añadió Hassena, dirigiéndole una leve sonrisa —. No nos pongamos dramáticos. Suficiente tenemos ya.

Un grupo de empleados reparaba los daños causados en el interior de la habitación. Mientras, otros colocaban sendos ventanales con cristales gruesos y tintados.

David los señaló.

—¿Y eso?

—No quiero que vuelva a suceder —dijo Hassena—. Una impudencia haber tenido las ventanas abiertas. A partir de hoy, este edificio estará ventilado con aire acondicionado centralizado. Adiós a las ventanas abiertas de par en par.

En otro rincón de Bombay, un niño que jugaba al *cricket* junto con sus amigos prestó atención a un hombre que, por su forma de caminar y su vestimenta, le despertó la curiosidad.

El joven les hizo un gesto a sus compañeros y corrió a aproximarse

al desconocido.

Lo fue siguiendo durante un tiempo. Cruzaron una zona donde había muchos artesanos trabajando dentro de sus viviendas, carniceros halal, tejedores y floristas.

El desconocido pasó frente a un templo hindú y siguió caminando con aire despreocupado por entre el gentío.

El chico sacó un móvil de su bolsillo y marcó un número.

Hassena recibió la llamada.

Hizo una señal a David, indicándole la importancia de aquella conversación. Apretando un botón, puso el modo de manos libres.

Ambos escucharon la descripción que el chico hizo de aquel hombre, que se asemejaba al de la fotografía que Hassena había distribuido por las calles.

Ella ordenó al joven, de forma tajante, prudencia y no entablar conversación con el sospechoso. Antes de colgar le dijo que siguiera vigilándolo y que David llegaría en breve.

21

Las consecuencias de la participación de Pakistán en el conflicto de Cachemira fueron muy perjudiciales para la India.

Lo lógico habría sido dividir el reino de Cachemira en sus partes constituyentes; es decir, la zona budista de Ladakh y la hindú de Jammu, para la India, y las zonas musulmanas, para Pakistán.

Pero no se hizo así por las enconadas opiniones e intereses de los políticos, en detrimento de los beneficios para la población civil.

Los impulsos religiosos como fin para alcanzar las ambiciones políticas se convirtieron en una táctica muy común.

En la década de los sesenta, Nehru estuvo a punto de encontrar una solución antes de su muerte, pero no lo logró. Más tarde, en la década de los ochenta, cuando murió su hija Indira Gandhi, los cachemires se encontraron aún más ignorados de lo que habían estado desde la independencia. Y, ya en los noventa, la situación se agravó aún más.

Lo que sucedió entonces fue que las calles se llenaron de exaltadas protestas. La gente portaba pancartas y gritaba consignas incendiarias.

Pakistán quiso echar leña al fuego. Apoyando a los musulmanes de Cachemira, se involucró en el conflicto.

En su día, Jinnah, el fundador de Pakistán, definió la verdadera cara de los gobernantes y líderes que solo buscaban fama, poder y protagonismo en la historia: «Puede que a Gandhi le guste vestir como un campesino, pero a mí me gusta hacerlo como un caballero».

A pesar de que a aquel político musulmán le gustara disfrutar ocasionalmente del alcohol y vestir trajes de chaqueta que compraba en la londinense Hannover Street, de que hablara un perfecto inglés con acento británico y de que su esposa adorara presumir de un generoso escote, no vio ninguna contradicción con que en Pakistán se promoviese la herencia islámica o mongola para unir a sus ciudadanos, convirtiendo el urdu en lengua oficial.

Años después, cuando los militares tomaron el poder, fueron más allá del enfoque inicial de Jinnah y desaparecieron de los libros de texto contenidos «no islámicos» y se describió a la India bajo una luz más maligna.

Un hecho curioso sucedió al principio y al final de la guerra de la Unión Soviética con Afganistán.

El general Zia-ul-Haq, primer líder pakistaní en mezclar la política con la religión, consideraba al director de la CIA por aquel entonces como «un colega». Tanto es así que su «alma gemela» americana permitió al ISI, el servicio de inteligencia pakistaní, que preparara a la guerrilla que luchaba en Afganistán contra el ejército soviético y, además, monitorizara las operaciones.

Curiosamente, el asesor de la seguridad nacional del presidente Carter era de origen polaco. Zbigniew Brzeinski odiaba a muerte a los rusos. Alentando a los talibanes, Brzeinski declaró en 1998: «¿Qué es más importante en la historia del mundo? ¿Los talibanes o la caída del imperio soviético? ¿Unos islamistas exaltados o la liberación del Este y el fin de la guerra fría?».

Tres años después, la organización Al Qaeda, ubicada en Afganistán, bajo el liderazgo de Osama bin Laden, lanzó los ataques del 11 de septiembre.

En los inicios de 2022, la administración Biden, utilizando a Ucrania como excusa, provocó a Rusia de tal manera que esta, a pesar de las reiteradas advertencias a la OTAN, tuvo que defenderse.

Por entonces, con dinero del contribuyente norteamericano se habían financiado laboratorios bioquímicos para la creación de virus al estilo del COVID-19, y se había entrenado y militarizado al batallón neonazi Azov para atacar a los ciudadanos ucranianos prorrusos, además de instigar al Gobierno de Putin hasta niveles extremos con amenazas de extender el dominio de la OTAN hasta sus fronteras. Entonces hubo quien recordó las declaraciones que pronunció Brzeinski, sustituyendo las palabras «talibanes» e «islamistas» por «neonazis».

El Gobierno de Pakistán, que había llenado de escuelas islámicas y madrasas su frontera con Afganistán con el fin de crear una nueva generación de jóvenes fanáticos que abrazaran la yihad islámica para matar a comunistas e infieles, en vez de domesticarlos cuando terminó la guerra, los envió a la frontera con Cachemira, a entrenar jóvenes reclutas y a matar indios.

Mientras tanto, el Gobierno engañaba a Occidente: recibía de Estados Unidos miles de millones de dólares al año para que el ejército pakistaní eliminara la amenaza del terror islamista en sus montañas.

Pero, en realidad, los estadounidenses financiaban a líderes militares y políticos oportunistas y corruptos de un resquebrajado estado pakistaní que eran capaces de atacar a sus propios aliados religiosos con fines oscuros y motivados por una connivencia con terceros firmada entre bambalinas.

El Gobierno de la India era espectador ante tanta prueba del desfalco del dinero del contribuyente americano, que acababa financiando al terrorismo en su frontera a través de una red de espías,

intermediarios, comisionistas, generales, organizaciones gubernamentales, políticos y burócratas de Pakistán.

La economía de Cachemira, que en el pasado tenía fama de ser la Suiza de la India y se sostenía gracias al turismo, estaba ahora orientada a abastecer a cientos de miles de soldados indios que eran enviados allí para desentrañar las complejidades de la región y acabar con las redes del terror.

Había tantos paramilitares fuertemente armados, alambres de espino, búnkeres, maniobras militares, detectores de minas antipersona en puentes y carreteras, que se había institucionalizado la presencia de tropas. El arraigo era tal que encontrar gente autóctona parecía algo accidental.

El motivo estaba en que el Gobierno de la India solo podía imponer su voluntad en la zona con un gran número de reclutas, ya que sus supuestos súbditos tenían otro aspecto físico, hablaban otro idioma y seguían otra religión.

Si los jóvenes musulmanes de cachemira gritaban *azadi* —libertad — y se mostraban dispuestos a enfrentarse a las fuerzas de seguridad de la India, ¿por qué Pakistán no iba a ayudarles? Así fue cómo permitió que cruzaran sus fronteras. El ejército y el ISI, el servicio de inteligencia pakistaní, les suministraron armas y los prepararon en campos de entrenamientos en las montañas.

De este modo, arraigó aún más el conflicto entre ambos países. El resultado fue la muerte de muchos civiles y soldados indios inocentes que estaban desplazados en la zona, cumpliendo con su deber.

La minoría de cachemires que eran hindúes indígenas, llamados *pandits*, fue víctima de atrocidades cometidas por los musulmanes más radicales, que los presionaban para expulsarlos del territorio. El Gobierno de la India no tuvo más remedio que permitir a la policía y al ejército sofocar aquella ola de violencia con más violencia.

Tras los acontecimientos del 11 de septiembre, se afianzó el fundamentalismo islámico en la zona. Ya formaban parte del paisaje urbano del valle de Cachemira los nidos de ametralladoras, los sacos de arena, los vehículos blindados, las alambradas, las calles repletas de policía paramilitar. El aeropuerto de su ciudad más importante, Srinagar, parecía una base militar con redes de camuflaje y cañones de fusiles asomando en cada esquina.

La familia de Osman Shariff, seguía una rama humanística y mística del islam, la llamada sufí, muy común en Cachemira. Su padre se dedicaba a coser y a bordar alfombras tradicionales para ganarse la vida.

Ya de muy joven, no era muy buen estudiante, y el maestro solía pegarle con un palo, aunque aquello no le ayudara a mejorar en sus estudios. Su padre lo llevó ante un *pir*, un maestro sufí. Este hombre,

que tenía fama de hacer milagros y ver el futuro de las personas, le dijo al joven Osman dos cosas: que debía difundir el islam sin violencia y que jamás fuera codicioso hasta tal punto de sentir el deseo de poseer bienes materiales no esenciales.

Eran los tiempos más duros, en los que los separatistas musulmanes de Cachemira luchaban contra las fuerzas indias.

El joven Osman dejó de asistir a la escuela, ya que no encontraba ningún aliciente ni motivación; al contrario, allí solo recibía golpes.

Comenzó a trabajar en el taller donde su padre cosía y bordaba alfombras de lana y algodón.

Un día, las fuerzas de seguridad indias asaltaron la vivienda de la familia Shariff. El padre escondió al joven Osman en una buhardilla, ya que los paramilitares indios tenían fama de llevarse consigo a los chicos más jóvenes y torturarlos para crearles tal trauma que, en la edad adulta, fueran incapaces de afiliarse a grupos terroristas.

Pero, durante la inspección a la vivienda, un vecino entró y causó un gran alboroto y, entre empujones y gritos, los indios lanzaron por una ventana a la pequeña hermana de Osman, que se rompió en la caída la columna vertebral. Pocos meses después, murió. La joven tenía dieciséis años.

Al joven hijo de aquel vecino se lo llevaron consigo al cuartel acusándolo de ocasionar a propósito aquella trifulca. Tenía también dieciséis años. Lo desnudaron, lo rociaron con agua y, con una batería de camión, le aplicaron electrochoques. Después, lo violaron con un palo de bambú e, incluso, le clavaron un clavo en la mandíbula.

Cuando fue liberado estaba en tal estado que las consecuencias le dejaron impedido de por vida. Un brazo y una pierna quedaron paralizados. Poco tiempo después, se suicidó lanzándose por un puente.

Osman desoyó a sus padres y con quince años se marchó de casa. Decidió cruzar la frontera y viajar a Pakistán con el firme deseo de recibir entrenamiento militar.

Cuando llegó al lado pakistaní de la frontera, lo llevaron a un campo de entrenamiento dirigido por el ISI y expertos muyahidines que habían luchado contra el ejército de la Unión Soviética en Afganistán.

El día que tuvo por primera vez un Ak-47 en sus manos, juró venganza por la muerte de su hermana. No descansaría hasta causar el mayor daño posible a la India.

Ahora se encontraba en Bombay para conseguir su objetivo.

22

—Está en la tienda *gourmet* Kampala, de Lokmanya Nirala Road —dijo Hassena—. Elimínalo antes de que acabe haciendo daño a alguien. Ese hombre debe de morir; de lo contrario, un atentado de falsa bandera a gran escala provocará tarde o temprano un conflicto entre India y Pakistán.

La tienda se hallaba en un centro comercial. Aquella zona era muy transitada por turistas y personas con alto poder adquisitivo, expatriados residentes en Bombay, empleados de consulados y de conocidas corporaciones extranjeras, sobre todo. Había puestos de comida callejera que los guías turísticos mencionaban como «lo mejor de Bombay».

Para llegar al lugar, David condujo su motocicleta por bulliciosos laberintos de calles en los barrios musulmanes, cruzó por entre los puestos donde vendían bolsos de piel, cables metálicos, pescado fresco y pollo desmenuzado. Estuvo a punto de atropellar a una cabra del tamaño de una ternera.

Percibió el profundo olor sabroso del pollo *tandori* con *masala* que un cocinero preparaba en su pequeño tenderete en plena calle. Además, en una olla tenía hirviendo té *masala* con un fuerte olor a cardamomo.

Con edificios de estilo victoriano cuyas fachadas estaban asoladas por el tiempo y el salitre del mar, el lugar tenía un inconfundible atractivo para el visitante.

—Págame un plato —le dijo el niño sonriendo.

David le devolvió la sonrisa y asintió.

—Está bien —dijo sacando unos billetes del bolsillo. Tendiéndoselos al vendedor, ordenó—: Un plato especial.

—¿Solo? —preguntó el niño, levantando las manos como si estuviera indignado—. Una cocacola.

—Y un vaso grande de té con mucha leche —pidió David al vendedor, ignorando su comentario.

—Y en el plato quiero mucha cebolla —dijo en voz alta el niño—. Y *chutney*, mucho *chutney*. Y curry. Mucha salsa de curry.

El vendedor asintió y se puso a sacar un pincho del horno.

—Dime, ¿sigue ahí dentro? —preguntó David.

—Está ahí, pero ojo… —comenzó a decir y se quedó callado.

El crío no dejaba de prestar atención al plato especial que le estaban preparando.

—Di.

—Está armado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó David, inclinándose a la altura del pequeño. Lo agarró del brazo, forzándolo a prestarle atención—. ¿Le has visto con una pistola?

Él asintió y ladeó la cabeza hacia David.

—Debajo de la camisa tiene una pistola en una cartuchera, como en las películas de policías —contestó mirándole a los ojos para luego desviar su atención al pollo empapado de *masala,* que tenía un color anaranjado.

David le acarició el pelo.

—Bien, campeón.

—¡Págame una cerveza! —espetó sonriendo de oreja a oreja.

David hizo, en broma, amago de pegarle un bofetón. El vendedor y el crío se rieron de su cómico gesto. David les devolvió la sonrisa mientras se alejaba en dirección a la tienda *gourmet*.

23

En el exterior, junto a la entrada, un guardia de seguridad uniformado de una empresa privada permanecía sentado sobre un alto taburete. A ratos, cuando no estaba leyendo el periódico local en *marathi*, volvía sus ojos entornados hacia la calle.

Cuando David se acercó, lo miró desdeñosamente y luego murmuró un saludo pasando la página del periódico.

La tienda era muy grande y había muchos extranjeros comprando productos ayurveda. El aire acondicionado estaba a tope.

Junto al mostrador, una dependienta explicaba a una pareja los beneficios de la *kombucha* que elaboraban ellos mismos.

Tomó uno de los pasillos. Olía a velas de distintos aromas, a perfume y a incienso. Al doblar una esquina, lo vio.

Tenía la cara muy grande y morena y una barba bien cuidada, con mimo, una de esas barbas teñidas que hay que mantener durante el día, para lo que se tiene un estuche con los artilugios necesarios para conservar el aspecto pulcro.

Llevaba un pantalón chino ancho, de color caqui, y camisa blanca remangada hasta los codos. Sobre su espalda, una mochila. Tenía unas gafas de sol sobre su cabello castaño largo, revuelto y enmarañado.

Aquel hombre no inducía una sonrisa.

Osman Shariff estaba mirando unos botes de *ghee* orgánico. Entonces, notando que estaba siendo observado, levantó la mirada y permaneció completamente inmóvil.

David percibió en sus ojos su falta de expresión y profundidad. Ese hombre había experimentado con la muerte. Aquellos ojos no eran capaces de expresar el menor sentimiento y, por supuesto, menos aún compasión.

David quedó a la espera del gesto que delatara al terrorista, un indicio. Pero Osman desvió de repente la mirada y miró al frente, manteniéndose rígido, ignorando a aquel extraño. «¿Quién es? ¿Un agente encubierto?», se preguntaba.

En situaciones violentas, Osman sabía cómo evitar exteriorizar síntomas de tensión. El miedo bloquea las funciones psicológicas y desemboca en el desierto de la duda. No en él, que se consideraba un profesional del camuflaje; controlaba y dominaba sus sentimientos. Excepto cuando uno suelta involuntariamente orina en los calzoncillos

o, en una situación extrema, se llega a defecar en los pantalones, Osman era consciente de que una persona solo demuestra su miedo en el grado en que uno se permite hacerlo.

David se dio cuenta de lo profesional que era. Evidentemente, esperaba una reacción suya para evaluar el peligro en el que se pudiera encontrar.

—¿Quién es usted? —le preguntó Osman de sopetón.

Por un instante, David no dijo nada y dio unos pasos más hacia adelante, mirando al frente.

—No importa cómo nos llamemos. Para mí, eres un enemigo.

Osman lo miró fijamente a los ojos, un terrible error, porque, por un instante, se sintió paralizado. Los hipnóticos ojos de David Ribas le parecieron ventanas a un mal peor que el que él mismo pudiera crear, un antagonista que rezumaba experiencia con la muerte.

Agarró un bote de cristal y se lo lanzó con fuerza. David lo esquivó. Osman se dio media vuelta y salió corriendo por el pasillo, tirando todos los productos expuestos y las estanterías a su espalda para bloquear a su perseguidor.

Alertado por el ruido, el guardia de seguridad entró. Osman desenfundó su pistola, extendió su brazo y apretó el gatillo.

Los clientes corrieron hacia la salida.

Osman cogió a la dependienta por el cuello y la arrastró hacia un lateral del establecimiento, manteniendo el frío metal de la boca de la pistola apretado contra la sien de la mujer, que comenzó a sollozar.

David pasó por encima de una estantería volcada y levantó su arma.

—Déjala marchar —dijo. Se dio cuenta de que la empleada estaba embarazada—. Suelta a la mujer y dejaré que salgas de aquí antes de que venga la policía.

—No sé quién eres ni cómo has dado conmigo.

—Ni lo sabrás. Pero yo sí sé quién eres tú.

—Te felicito. Me reafirma que no saldremos de aquí pacíficamente.

David dio unos pasos adelante.

—Podemos terminar bien o muy mal.

Osman soltó una carcajada.

—Para esta mujer, desde luego terminará mal.

—Déjala marchar y discutiremos.

—¿Discutir? No sé quién eres. ¿CIA? ¿Mossad? ¿Interpol?

Los labios de David se curvaron en una mueca.

—Frío, frío. No trabajo para ninguna agencia extranjera.

—¿Entonces?

—Primero suéltala. Te diré quién soy y te propondré una sugerencia.

Osman apretó el cañón de la pistola contra la cabeza de la mujer,

que no dejaba de llorar.

—De los tres, creo que soy el único que no tiene miedo a la muerte. Cuéntame esa sugerencia y seré yo quien decida si me conviene o no.

David buscaba una posición de disparo sin que la mujer corriera peligro. Tenía enfocado el punto vulnerable, el tiro a la cabeza.

—Te he dicho que la sueltes.

Osman vio la mirada de David.

—Si disparas, ella morirá también. La muerte de esta mujer y su bebé serán responsabilidad tuya.

David Ribas perdió seguridad en sí mismo. La causa era un dolor que se arrinconaba y laceraba en su cerebro. Su esposa Cristina, embarazada, había muerto hacía unos años a manos de unos terroristas durante el asedio al hotel Taj Mahal Palace.

Pero tenía que actuar. Matar a Osman le daría un sentido de justicia para que su vida errante en la India desde aquel trágico episodio tuviera significado. No permitiría que la mujer muriera; su disparo tenía que ser certero.

Osman se movía despacio hacia la puerta de salida. Sin duda, sabía lo que el desconocido tenía en mente. Cuando llegaban a la puerta, levantó su pistola para golpear a la mujer en la cabeza, pero ella notó ese movimiento y le propinó un codazo en el costado.

Osman la empujó con brutalidad en dirección a David, que no tuvo más remedio que bajar el brazo y sujetarla para que no se cayera al suelo.

Cuando se giró, levantando el arma, Osman ya había desaparecido.

24

David salió a la calle con el brazo pegado al costado y la pistola al muslo, fuera de la vista. Escuchó un silbido. Vio al chico que le hacía señales. Osman se dirigía al metro, donde intentaría ocultarse y huir de la zona.

Cuando Osman bajó corriendo las escaleras, respiró el desagradable olor que desprendía el túnel para acceder al andén. Paredes sucias, suelo gris, mugre, hollín y pestilente aroma a orín.

Miró atrás. Entre la gente no vio al hombre que le había hecho frente. Tomó aire despacio e intentó mantener la calma. Observó la pantalla. En breve, el convoy llegaría al andén, él se pegaría a los pasajeros y en dos o tres paradas se bajaría y desaparecería.

Tendría que llevar más cuidado. Igual debería permanecer oculto por cierto tiempo antes de cometer un nuevo atentado.

Se consideraba un terrorista de guante blanco más que un hombre de acción. Ya en una edad madura, buscaba trabajos con cierta distinción que constituyesen un estímulo para su inteligencia.

Por este motivo, en España se había encargado del sabotaje a la planta energética más importante.

Crear atentados de falsa bandera se había convertido en su especialidad. Había comenzado su actividad como terrorista a sueldo en varios conflictos en países africanos. Ahora se encontraba en Bombay para originar una escala de tensión que culminara con el enfrentamiento con armas nucleares entre Pakistán e India.

Últimamente, había pensado en retirarse por un tiempo a algún lugar recóndito del sur de Asia. Quien solía contratarlo para realizar trabajos delicados le había pedido que cobrara menos. Algo imposible e inútil, porque cuatro obstáculos se oponían: su adicción a las mujeres, su pasión por el lujo, el amor al dinero y el deseo de jubilarse con toda clase de privilegios.

Pero ahora debía estar en alerta. Aquel hombre había surgido de la nada y, con su presencia, lo amenazaba todo.

Observó a un hombre que se acercaba demasiado al borde del andén, sobrepasando la línea amarilla. Cuando lo vio doblando la cintura y mirando en dirección a la llegada del tren, tuvo el impulso de acercarse rápidamente y empujarlo.

Era su instinto asesino. Tuvo el imperioso deseo de cometer ese

crimen como desahogo de la excitación que había sufrido en la tienda *gourmet* hacia escasos minutos. Matar a aquel paseante, a aquel don nadie, a aquel insignificante ser, le traería tranquilidad, sosiego.

De repente, las lejanas vibraciones del tren tomaron fuerza; aumentaban gradualmente conforme se acercaba el convoy. Osman vio cómo el hombre se echaba hacia atrás cuando el metro entró retumbando en la estación.

Chirriaron los frenos y el tren se detuvo.

Las puertas se abrieron con un chasquido.

Osman entró en el vagón, giró a la derecha y se situó de pie frente al andén, observando a las personas que entraban por si alguno de ellos fuera una amenaza.

«¿Cómo ha podido dar conmigo? ¿He estado bajo vigilancia durante mucho tiempo? ¿Me habrán traicionado las mismas personas que me contrataron?».

En el atentado a la planta energética de Bombay había puesto un cuidado profesional, como siempre presumía. No habría ni huella ni imagen que lo delatase. Su perfil era secreto. Se consideraba a sí mismo inviolable. De hecho, ahora tenía pensado en causar el mayor número de muertos posible en un popular centro comercial y dejar pruebas para los investigadores con el fin de que llegasen a la conclusión que los autores eran pakistaníes. De este modo, se elevaría la tensión entre India y Pakistán hasta causar una guerra nuclear entre ambos países.

Se cerraron las puertas y el convoy arrancó tras una fuerte sacudida que hizo que todos los pasajeros se inclinaran primero hacia atrás y luego hacia adelante.

Otra estación. El tren chirrió al tiempo que entraba en el andén.

Una ola de pasajeros salió y otra entró.

Osman pudo comprobar una vez más el carácter de los indios: la inconsciente necesidad de ser el primero. Igual que cuando el avión aterriza y se mueve por la pista. Aun informando los asistentes de vuelo que no deben desabrocharse el cinturón hasta que una luz lo anuncie, los pasajeros indios corren a levantarse con su equipaje de mano y a ponerse delante del rebaño por darse el gusto de ser los primeros en desembarcar.

Esto lo había visto en otros países, pero Osman sabía que la peculiaridad de que sucediera en la India implicaba que el número de muertos tras una estampida era muchísimo mayor.

Los indios, por lo general, durante una estampida no se paraban a ayudar a sus congéneres; al contrario, si para sobrevivir debían pisotear a un niño entre los peldaños de una escalera y así poder ponerse a salvo, lo hacían o lo empujaban hacia atrás.

En una ocasión, quiso comprobarlo y en un centro comercial

atiborrado de gente por ser día festivo debido a una festividad religiosa, gritó «¡Fuego! ¡Fuego! ¡Corred!». La gente, sin pararse a pensar o verificarlo, se apresuró a salir del edificio a codazos. Hubo quien se cayó por las escaleras mecánicas y se rompió una pierna. Otros cayeron al vacío por el hueco de las escaleras. Otros fueron empujados al suelo sin ser asistidos por nadie.

Esta era una faceta dominante en la India; por eso era peligroso encontrarse en lugares donde había concentraciones de gente.

El tren dio unas sacudidas, se oyó un zumbido que se convirtió en estrépito y el convoy continuó su ruta.

Osman observó los rostros de los pasajeros que tenía delante. Detectó la máscara de los usuarios del metro: una total indiferencia, una absoluta falta de empatía hacia las personas en derredor. En un lateral estaba la parte reservada para las mujeres; en otro, la de los hombres. En otra zona parecía no importar el género.

No pudo evitar que el sofocante ambiente del interior del vagón le afectase. El sudor brotó por su cara y todo su cuerpo.

«Cómo odio a esta gente ordinaria», pensó. «Me repugnan las imperfecciones de esta sociedad sucia, hipócrita, egoísta, que nadie pretende cambiar, aunque supieran cómo hacerlo».

Dos niños muy delgados estaban agarrados a los reposabrazos al tiempo que jugaban a conducir el tren a lo largo del túnel. Uno silbaba y el otro imitaba los sonidos de una locomotora.

De repente, los dos chiquillos le miraron, sonriendo uno, a carcajadas el otro, buscando su aprobación y su indulgencia por el ruido que hacían en su juego. La confianza que expresaban le conmovió y Osman les sonrió a su vez.

El tren, de nuevo, dio unas sacudidas antes de frenar en un andén.

La puerta del vagón se abrió y entró una ráfaga de aire caliente, como si una bola de fuego hubiera ido rodando hasta el interior. Un tropel de pasajeros salió al tiempo que otros entraban al ya congestionado vagón.

Entonces, vio a su amenaza.

Vaciló un instante, luchando contra el impulso de salir él también del vagón y echar a correr, pero ya era tarde.

David Ribas entró en el último momento y se quedó apoyado en un lateral completamente tranquilo. Sacó el arma y se dispuso a aproximarse.

Osman agarró por el cuello a un niño y le puso la pistola en la sien.

El chico comenzó a llorar, su hermano también, la madre gritó histérica pidiendo piedad, que no le hiciera daño. Los pasajeros se arrinconaron en los extremos del vagón, asustados.

—¡Lárgate cuando las puertas se abran! —gritó Osman para hacerse oír entre aquella algarabía.

David percibió su voz tranquila, sin inflexiones. Aquel hombre era muy capaz de meter una bala al niño aunque tuviera que morir después.

La madre estaba de rodillas con los ojos vertidos en lágrimas. El niño estaba tan petrificado que parecía un maniquí. Su tez morena ahora era de un color grisáceo. Osman apretó su pistola y el pequeño notó cómo ardía la carne de su cuello bajo la presión.

David sonrió.

—Mira, te seré sincero. No saldrás de aquí. Si tuvieras algo que ganar, lo comprendería. Pero nadie te va a pagar por lo que hagas. ¿Para qué arriesgarte tanto a estas alturas? Deja al niño.

—El riesgo está en todas partes, imbécil. Hasta al respirar puedes inhalar un virus mortal. Si no quieres arriesgarte, también habrá que dejar de respirar. ¿Quién eres? ¿Un mercenario?

—Digamos que soy una persona a la que le importa más la aventura que la paga.

—Ah, un mercenario.

—No exactamente, pero vivo una vida más excitante que gloriosa.

—Escúchame —dijo Osman, esta vez más despacio—. No sé quién eres. Me da igual para quién trabajas. Pero si no sales del vagón cuando las puertas se abran, le meteré un tiro a este niño.

El convoy llegó a la siguiente estación.

Las puertas se abrieron con un chasquido. La muchedumbre de pasajeros, entre apretujones y codazos, salió en tropel al andén y, sin preocuparse de si pisaba o aplastaba a quien se tropezaba y caía al suelo, se digirió como un rebaño en estampida escaleras arriba, en dirección al exterior.

David vio cómo una señora mayor era aplastada. Sin esperar un instante, corrió en su auxilio.

Aquel momento lo aprovechó Osman empujando al niño hacia su madre. Echó a correr fuera del vagón y se lanzó desesperado a las vías, internándose en el túnel.

David puso a salvo a la magullada anciana y se lanzó a la persecución de la oscilante silueta a cierta distancia.

El oscuro túnel estaba poblado de sombras. Por detrás, voces violentas de los pasajeros gritaban desde el andén, rebotando contra las paredes y levantando eco.

David, aun siendo mayor que Osman, poseía un mejor físico y estaba a punto de darle alcance.

—¡Quieto! ¡Suelta la pistola! —le gritó con el brazo levantado, apuntándole con su arma.

Osman giró en redondo, pero, en vez de soltar la pistola, la dispuso para responder. Tarde. Vio el fogonazo en el cañón de David Ribas. Palpitándole el corazón, cayó contra el rígido metal de las vías del

metro.

El disparo resonó como un trueno que se repitió como en el túnel del horror de un parque de atracciones.

Después, el túnel pareció mucho más sombrío que antes y el silencio, más profundo.

La bala le había penetrado en la cabeza, a la altura de la frente. El cuerpo de Osman quedó desplomado de espaldas.

Durante la posterior investigación a fondo sobre los detalles de aquel suceso, no se pudo esclarecer quién era la víctima. El cuerpo fue mutilado por un vagón de tren que se aproximó a la estación, que frenó justo antes para evitar colisionar con el convoy ya detenido en el andén.

Los testigos hablaron de un tiroteo y de una segunda persona armada. Pero las cámaras de seguridad internas de la estación, sorprendentemente, no guardaron las imágenes durante los minutos en los que sucedieron los hechos. Había un salto de tiempo, como si alguien hubiera recortado y eliminado esa porción en concreto de las grabaciones.

Con prisas por cerrar el caso, no se llevaron a un laboratorio muestras de ADN. Se evitó mencionar que se hubiera cometido un crimen y la policía de Bombay calificó el suceso como un «infortunado» accidente.

25

En la India, el Gobierno obvió que hubiera sucedido un sabotaje en la planta de energía. Achacó el apagón al exceso de consumo durante la época del año más calurosa. Se organizó una campaña para concienciar a la población de la necesidad de ser moderada y responsable.

Mientras tanto, en España, la situación mostró claramente que momentos de crisis como el que había sucedido podían repetirse. Se requería tomar precauciones y preparar los medios necesarios para para afrontar tal situación.

Las consecuencias de la avería en la planta de suministro de energía eléctrica causaron una toma de conciencia en la sociedad española.

Los expertos comenzaron a considerar los efectos que pudiera haber a largo plazo si se produjera una insuficiencia de energía. «Un paro laboral catastrófico, además de reducir los niveles de vida drásticamente», mencionaban en sus informes.

Por este motivo se propuso ignorar los acuerdos con la Unión Europea y mirar por los intereses de España. Hubo políticos que, en su acostumbrada actitud de Poncio Pilatos, quitaron importancia al asunto. Pero otros funcionarios públicos propusieron invertir en energía nuclear mejorando el mantenimiento de las actuales plantas. Se programó una inversión millonaria para la construcción de una planta especial a las afueras de Madrid, capaz de producir millones de kilovatios, suficientes como para abastecer a las mayores poblaciones del norte de España.

En una segunda y tercera fase, mencionaron que se construirían otras tantas plantas en otros lugares estratégicos de la geografía española.

Otra novedad estaba en el combustible, el carbón. Así pues, de inmediato se propusieron nuevos planes de financiación para el desarrollo de yacimientos carboníferos.

Sin embargo, desde la oposición se criticó mucho este proyecto, ya que argumentaba que la extracción del carbón contaminaba el medio ambiente. Pero se sugirió implantar tecnología moderna para tratar de solucionar los posibles problemas de contaminación, como filtros especiales que limpiaban los gases de sulfuro, además de otros tantos

aspectos, como la mejora de las condiciones y seguridad de los trabajadores.

Además, se propuso invertir en la extracción de litio en los yacimientos del norte de España y se protegieron los intereses del país frente al apetito de empresas extranjeras por apoderarse de la extracción de sus tierras raras, minerales con propiedades únicas muy codiciados por el sector de la alta tecnología para la fabricación de teléfonos inteligentes, motores de vehículos eléctricos o turbinas eólicas.

De este modo, fueron surgiendo nuevas ideas y proyectos para superar la insuficiencia de energía en un posible escenario a corto plazo.

También se realizaron estudios sobre los métodos más efectivos para reducir la dependencia en el petróleo y lograr un ahorro en costos presentes y futuros.

Desde el Cervantes, a través de un chat privado cuyas comunicaciones pasaban por diversos cortafuegos, Laura García le mostró su alegría a David porque se encontrara bien y su agradecimiento por haber acabado con la amenazada que representaba Osman Shariff.

—Tenemos que mantenernos alerta —dijo Laura— y estar prevenidos ante las nuevas amenazas que vayan surgiendo por innovadoras que estas sean. No basta con monitorizar desde un despacho el terrorismo en internet, que ofrece nuevas oportunidades a los fanáticos para cometer actos terroristas, además del reclutamiento de simpatizantes y adeptos. Hay que seguir a pie de calle más que nunca y hacer uso de fuentes humanas.

—Bueno, sabes tan bien como yo que ellos enseñan que la única seguridad de obtener la salvación eterna para un musulmán es morir como un mártir por la yihad, como un terrorista suicida. Un alivio para escapar de las cadenas terrestres. Sin embargo, hay que mirar más allá. Los autores intelectuales, los que mueven los hilos, con el terror pretenden coaccionar y subyugar a sociedades enteras.

—Me viene a la cabeza una frase del autor de *Pigmalión*: «Aprendí hace mucho a no luchar con un cerdo. Tú te ensucias y al cerdo le gusta».

—Efectivamente. Porque lo que vamos a ver es que hasta los países occidentales acabarán usando el terror sobre la población. Se convertirá así el terrorismo en una cáscara vacía que puede contener el relleno que mejor les convenga a los gobiernos en cada momento. Tal como pasó con los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid.

—Y ¿qué nos sugirieres, David? ¿Qué más podemos hacer? —preguntó ella—. En España seguimos distintas estrategias para luchar contra el terrorismo, incluso la impulsada por la Unión Europea,

estructurada en torno a cuatro principios: prevención, protección, persecución y reacción.

—Solo una cosa.

—¿Cuál? Dime.

—Algo que dudo sepáis ni tengáis tiempo de hacer.

—Pero ¿qué cosa? Porque aquí todos nosotros hemos sido formados con los más sofisticados entrenamientos.

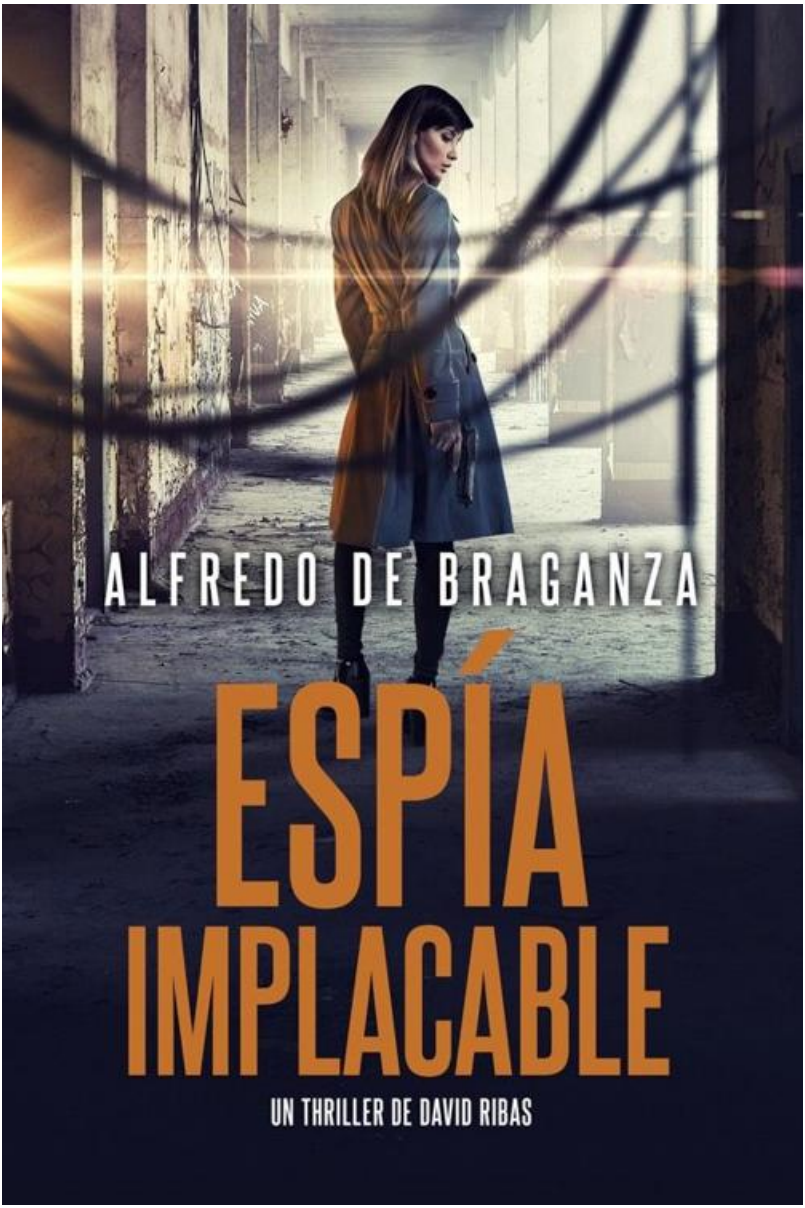
—Eso está muy bien. Pero será inútil frente a lo que se avecina.

—Pero, entonces, ¿de qué se trata?

—De rezar. Rezar mucho.

FIN

David Ribas regresa en la decimoquinta novela de la serie: ESPÍA IMPLACABLE. Obtenla pinchando **AQUÍ**



Puedes encontrar todas las novelas de la serie David Ribas aquí:
Serie David Ribas

NOTA DEL AUTOR

Quisiera mencionarte que mi mejor recompensa como escritor es que tú, estimado lector, hayas disfrutado de la lectura de esta novela. Para mí es de suma importancia tu opinión, ya que me ayudará a compartir con más lectores lo que percibiste al leer mi obra.

Si estás de acuerdo conmigo, te agradeceré que publiques una valoración y opinión honesta en la tienda de Amazon donde adquiriste esta novela.

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:

Amazon.com
Amazon.es
Amazon.com.mx

Muchas gracias.
Alfredo

ÍNDICE

Créditos
Prefacio

I. EL CAOS: VIOLENCIA Y SAQUEOS
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

II. A PRUEBA DE FUEGO
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16

III. EL SABOTEADOR
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25

Nota del autor